



ALFONSO BULNES

BULNES

1799-1866



EMECÉ EDITORES, S. A. - BUENOSAIRES

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Copyright by Emecé Editores, S. A. - Buenos Aires, 1946.

A LA MEMORIA DE MI PADRE,
EL GENERAL DON MANUEL BULNES PINTO
(1842-1899),
Y A LA DE MI HERMANO,
EL GENERAL DON MANUEL BULNES CALVO
(1880-1927).

I

DE MONTAÑESES A INDIANOS

DON Toribio Alfonso de Bulnes, abuelo del futuro General, fué el fundador de la familia en Chile. Los investigadores que han mencionado su nombre le dicen procedente de "las montañas de Burgos", denominación genérica usual en la época y cuya vastedad geográfica cubría más de una de las provincias vecinas o enclavadas en la cadena cantábrica. En realidad, venía de "la Montaña", región típica del extremo septentrional, que más tarde había de producir una generación literaria brillante y ser cantada por ella.

El apellido era toponímico, y arrancaba del lugarejo de Bulnes; según el "Nobiliario" de Montemayor, que suelen citar los genealogistas y cuyo manuscrito guarda la Biblioteca Nacional de Madrid, las armas familiares traían "rojo con cruz llena de plata". Y agrega Montemayor: "Esta casa anda unida con la del apellido de queto. del dho. consejo de Cabrales", del que el lugarejo dependía.

Bulnes corresponde hoy día a la provincia de Oviedo, y sigue teniendo en Cabrales su ayuntamiento.

En época desconocida, la familia pasó de la vertiente montañosa en que Bulnes se asienta a la otra vertiente, y fué a radicarse en la cercana villa de Potes, donde el solar se conservaba indemne hasta la reciente guerra civil en la madre patria. El autorizado publicista don Fernando Márquez de la Plata, que recorrió los sitios antes del holocausto, lo describe así:

"En la plaza principal de Potes se levanta la venerable casa de los Bulnes, ofreciendo con sus tallas y labrados grandísimo interés para los investigadores. Toda es de sillería, apareciendo en su planta baja cuatro elegantes arcos que soportan los muros blanqueados. De carácter netamente montañés es el grueso alero que corona las patinadas piedras. La entrada señorial de la mansión queda debajo de uno de los arcos. Arranca de junto al portal ancha escalinata, en la que el mismo arte del alero, obra de tallistas regionales, vuelve a tener representación. Están las esculturas alternadas con austeros paredones blanqueados, produciendo la sensación de algo de tiempos espléndidos y lejanos.

"En la fachada principal de la casa aparecen tres pomposos escudos de armas en piedra. El principal de ellos es el de los señores de la mansión, pudiéndose ver, a pesar de los ricos motivos ornamentales que circundan el cuartel, el siguiente letrero, esculpido en la piedra:

"Armas de Bulnes.

"Los otros dos escudos pertenecen uno al famoso linaje montañés de los Cossio, y el otro a la asturiana familia de los Noriega, cuyos solares radican en Colombes." (MÁRQUEZ DE LA PLATA, *Arqueología Nobiliaria*.)

Nada queda hoy día de la mansión sino el muro de la fachada, con los escudos, que alcanzó hace pocos años a contemplar y describir el señor Márquez de la Plata: el 30 de septiembre de 1937, ante la aproximación a la villa de las tropas de Franco, los rojos que la ocupaban incendiaron a Potes, y las llamas consumieron sesenta y dos edificios, y entre ellos el solar de los Bulnes, que se había alzado allá por los años de 1630. El fuego devoró todo cuanto dentro del solar se guardaba, los objetos y los recuerdos quedados de las generaciones pasadas¹.

El paisaje de Potes, población cabecera de la Liébana,

¹ Datos comunicados, junto con las partidas parroquiales aquí citadas, por don José María Bulnes Arenal, cabeza actual de la familia en la villa de origen.

está dominado por la imponente presencia de los Picos de Europa, masa caliza en que se perfilan claramente tres macizos: el oriental de Andara, el occidental de Covadonga y el central de Bulnes; en este último yergue su recia mole y atrae a excursionistas atrevidos la peña que lleva el nombre de Naranjo de Bulnes. Es un paisaje severo el de la Liébana, una hoya hidrográfica amplia y profunda, que el cerco de montañas hace difícilmente penetrable y que, por esto, fué en el curso de la historia ibérica un baluarte contra las invasiones: allí se encuentra Covadonga, y hermanado a su nombre el del heroico Don Pelayo; allí Porlier resistió a Napoleón.

De la vega de Liébana, cubierta de cultivos generosos, sustentadora de ganados, la vista va prendiéndose en bosques impenetrables que a trechos la salpican, y asciende por las laderas plantadas de viñedos, por rocas superiores arboladas de vegetación espontánea, hasta dar en las cumbres desnudas de vida vegetal. Todo allí se produce, y satisface una holgada economía agraria, y la clausura topográfica mantiene los usos ancestrales sin contaminación.

Es aquélla una región de hidalgos, de devoción y de esforzada cacería; quien haya seguido *Peñas Arriba* a Pereda, montañés por antonomasia, sabe del ambiente local y de sus tipos, y conoce también los riesgos del cazador de osos que pueblan las rocas altas.

El nombre de Toribio que dieron a aquel vástago de la familia que había de trasladarse a Chile merece ser un nombre predilecto en la Liébana, pues a menos de una legua de Potes se levanta el antiquísimo Monasterio de Santo Toribio de Liébana, patrono de la región, cuya fundación remonta a fecha imprecisa anterior al siglo XIII. Es sitio de romerías, al cual llegaban en la antigüedad reyes y grandes personajes, a orar en la tumba del Santo y a venerar el mayor trozo de la cruz de Cristo conservado hasta hoy por fieles, y que Santo Toribio trajo de Jerusalén a mediados del siglo V. Antes hubo allí un

Monasterio bajo la advocación de San Martín de Tours.

Comparte con Santo Toribio la devoción de los pobladores San Beato de Liébana, flor de vieja santidad y autor de bellos códices miniados.

La vida económica y administrativa de la Liébana se concentra en Potes, como allí se reúnen también las aguas del Deva y del Quiviesa, que confluyen junto a sus viviendas y que los pobladores salvan sobre el secular puente de piedra. La villa es triste y hospitalaria, dice el genuino escritor montañés Juan García, seudónimo consagrado en las letras de don Amós de Escalante; y Pérez Galdós, que en Potes detuvo su excursión por Cantabria, la llama "indescriptible, pues no hay fórmulas a propósito para pintar las casas jibosas de la calle principal, estrecha y negra como alma de usurero". Y agrega:

"Hay, sin embargo, algunas hermosas casas solariegas, y la plaza de soportales es no sólo transitable, sino buena y casi casi bonita. Desde allí se ve un torreón señorial de agradable aspecto y la grandiosa perspectiva de la montaña, cuyos grandes y escuetos picos parecen dedos que están tocando el cielo."

Afirman geógrafos autorizados que aquel paraje es uno de los más hermosos y sobrecogedores de España.

Hasta hoy día, descendientes de la familia Bulnes por línea de varón permanecen aferrados a la vida ancestral y mantienen ejemplarmente la hidalguía heredada. Otros se marcharon antes: les sacaron, al parecer, vicisitudes económicas, y anteponiendo cada cual al apellido topónimo el respectivo materno, dividieron la estirpe en tres ramas: los González de Bulnes, los Díez de Bulnes y los Fernández de Bulnes¹; y unos pasaron a Chile, otros a México y otros a Inglaterra, de todos los cuales subsiste, como en España, descendencia.

¹ Dato comunicado por don Santiago Fernández de Bulnes, de la rama inglesa.

Don Toribio Alfonso nació en Potes el 15 de mayo de 1733, y fué bautizado, en la iglesia parroquial de San Vicente Mártir, el 31 del mismo mes. Era hijo legítimo de don Manuel de Bulnes y Castillo y de doña Manuela de Corzes y Linares, vecinos de la villa. Los abuelos del recién nacido habían celebrado matrimonio en la misma parroquia en 21 de junio de 1708, hijo legítimo el primero de don Mateo Pérez de Bulnes y de doña Antonia del Castillo, vecinos también de Potes, en cuya villa el abuelo había sido bautizado en 29 de septiembre de 1682. Doña Manuela de Corzes era hija legítima de don Marcos de Corzes y de doña Micaela de Linares.

Y hasta aquí solamente pueden entroncarse hoy día las generaciones, pues en la guerra civil desaparecieron también los restantes archivos parroquiales.

Tradicción verbal repetida entre los descendientes chilenos afirma que don Toribio Alfonso llegó a Chile en un barco llamado el *San Martín*, nombre grato en los mares de Cantabria y vinculado, como hemos visto, a la Liébana. Si la fecha de la llegada se ignora, tuvo ella forzosamente que ocurrir en plena juventud, para debida interpretación de los pocos sucesos que de su vida se recuerdan. Aparece de modo cierto radicado entre nosotros en 1761, pues consta de documentos que en marzo de ese año remató en Concepción, en subasta general de los diezmos de la diócesis, los del partido de Chillán. Acredita esta negociación la solvencia moral del rematante, ya que en 1766 se practicó la liquidación del contrato ante la Junta de Diezmos del Obispado, y se declara en ella satisfecha cumplidamente por Bulnes la cantidad correspondiente a los dos reales novenos, al Hospital y a las Vacantes Episcopal y de Canonjía.

La caligrafía de Bulnes, al solicitar la liquidación, es correcta, sobria y denota cultura; no se registran en el texto las faltas que en la época abundaban; la firma guarda las mismas características, y si va acompañada de

adornos que le restan sobriedad, en ellos sí se ajusta al gusto corriente de esos años.

Por el mismo tiempo en que don Toribio Bulnes re-mató los diezmos de Chillán, la ciudad de Concepción, donde tuvo lugar la subasta, vivía incierta de su emplazamiento futuro: el terremoto de 1751, catástrofe última de una larga cadena de catástrofes acaecidas a Concepción durante los siglos coloniales, convenció a los representantes administrativos de la monarquía de la necesidad de trasladar la ciudad a asiento más seguro. Desde los días inmediatos al terremoto, un cabildo abierto acordó el abandono del valle de Penco y la instalación en el valle de la Mocha; pero nueve años después el acuerdo era aún tema de controversia ardiente, y los parciales del gobernador de Chile, entre los cuales se contaban elementos locales prestigiosos y la Orden de los Jesuítas, se debatían contra el bando que encabezaba el tenaz pastor de la diócesis. Muerto el obispo y cambiado el gobernador, pudo iniciarse, en 1764, la traslación.

El 26 de noviembre de ese año se repartieron los solares de la nueva Concepción, delineada en manzanas regulares a usanza tradicional, y el primer solar de la manzana quince fué adjudicado a don Toribio Alfonso. Cabe mencionar de paso que el solar contiguo quedó otorgado a otro vecino, registrado en las listas con el nombre de Juan Antonio Quevedo, apellido que pronto veremos asociado al de Bulnes. La manzana en que ambos solares colindaron distaba una cuadra de la plaza, y sólo cedía en preferencia a las que enmarcaban inmediatamente su perímetro.

Probablemente en la fecha en que los solares se adjudicaron, o muy poco después, don Toribio Alfonso casó con doña Manuela de Quevedo y Hoyos, hija de don José Antonio de Quevedo y Hoyos, que bien puede haber sido el mismo que en las listas de vecinos fundadores

anda con el nombre de Juan Antonio, y de doña Buena-ventura de Ovando.

Y nada más podemos agregar a la intermitente biografía del primer Bulnes establecido en Chile.

Las dos familias de que procedía doña Manuela de Quevedo y Hoyos —los Quevedo y Hoyos y los Ovando— estuvieron radicadas primero en el Perú. No sabríamos precisar el origen peninsular de ellas, si bien en la Montaña santanderina se encuentra a menudo entre los pobladores el apellido Quevedo y también el de Hoyos.

Los Quevedo usaron siempre el apellido compuesto, quién sabe por qué motivos de preferencia, y antes de aparecer en Concepción, se les encuentra en Copiapó. Allí y desde 1713, un don Gavino de Quevedo y Hoyos, comisario general en cierta región minera del Perú, firma escrituras de préstamos cuantiosos otorgados anteriormente en aquella región minera, y somete a juicio arbitral diferencias ocurridas en la explotación de la plata. Era seguramente hombre de iniciativas, pues uno de esos préstamos lo concedió a un don Luis de Sapiaín para que instalase en Copiapó un ingenio real de moler y beneficiar metales de oro. Su letra fina, pequeña, algo adornada y arcaica, atestigua cultura no ordinaria, y hace sospechar vida doméstica holgada su condición de propietario de tres negros, llamados Domingo, Antonio y Matías Mateo.

El apellido de Quevedo y Hoyos desaparece de los registros públicos de Copiapó en 1721; pero ciertamente la familia siguió formando parte de la sociedad local, puesto que en 1762, dos años solamente antes de que el presunto suegro de don Toribio Alfonso estuviese registrado como vecino de Concepción, un don José de Quevedo y Hoyos ejercitaba en Copiapó las funciones de Corregidor, Justicia Mayor, Lugarteniente de Capitán General y Alcalde Mayor de Minería.

Tres hijos vieron la luz en el hogar de don Toribio

Alfonso: don Manuel, don Juan de Dios y don Antonio de Bulnes y Quevedo, y una hija, doña Manuela. Don Antonio, que se dedicó al comercio, casó con doña Carmen Valdovinos. Doña Manuela contrajo matrimonio con don Isidro García del Postigo. Don Juan de Dios entró en el sacerdocio, y ya conoceremos brevemente sus rasgos. Don Manuel, militar, unió su vida con doña Carmen Prieto y Vial, hermana del que fué después general y presidente de la República, don Joaquín.

De los cuatro hermanos, nos detendremos en don Manuel, por ser el padre del personaje que estudia esta biografía, y en don Juan de Dios, cuyo carácter es digno de recuerdo.

Don Juan de Dios fué uno de los primeros colegiales del recién fundado Seminario de Concepción, y recibidas las órdenes mayores, inició una carrera que le llevó de parroquia en parroquia, de Nacimiento a Talcahuano, y a Larqui y a Chillán. El cura Bulnes era realista empedernido, y al estallar en el país la revolución de Independencia se marchó al Perú, que prolongaba la lealtad al soberano. Con la primera expedición que mandó el virrey a someter a los rebeldes de Chile, a las órdenes del general Pareja, el cura volvió a sus tierras de origen, y puso al servicio de la expedición su cabal conocimiento del país. Favoreció la suerte, tras intervalo adverso, a los patriotas, y Bulnes emigró de nuevo hacia las mismas leales comarcas vecinas. Era un hombre de audacia increíble, y el mismo año en que se alejó retornó en misión confidencial del virrey y desembarcando clandestinamente, en noche cerrada, en la costa de Arauco, estableció el contacto entre las fuerzas realistas del sur que se encontraban separadas por larga distancia, y a cada jefe hizo llegar los mensajes del virrey. Su misión eficaz ayudó a la desorganización del ejército patriota, y cumplida, partió al Perú a dar cuenta, y pronto salió acompañando al general Ossorio como guía de su expedición a Chile, con

la cual se llevó a cabo la Reconquista de todo el país. Utilizaba el cura Bulnes en sus empresas una vasta red de comunicaciones personales, y solía él mismo echarse al mar, para largas travesías, en lanchones costeros. Finalmente, cuando Chile alcanzó la Independencia, el cura se ausentó para siempre, y quedó temporalmente en el Perú, en una canonjía de la Catedral de Arequipa, mientras el Perú acató a la metrópoli; libertado el Perú, fué a terminar su vida en España, en la misma región asturiana de donde sus antepasados procedían, y era en 1825 canónigo de la Catedral de Oviedo y comendador de la Orden de Isabel la Católica. Nunca más quiso oír hablar de sus parientes de Chile.

Su hermano don Manuel entró en la carrera militar, y formó parte también del bando realista cuando sobrevino la revolución; su posición, sin embargo, se hallaba más comprometida que la del cura, por su entroncamiento matrimonial con la familia patriota de los Prietos. No fué rectilínea como la del cura su acción, y en la discordia entre las fuerzas patriotas de O'Higgins y Carrera, se le vió servir en los cuerpos del primero, con el cual mantuvo amistad hasta después de haberle vuelto los sucesos de la guerra a las filas realistas; con los patriotas quedó hasta septiembre de 1814, fecha en que desertó hacia el sur a unirse con Ossorio. La última actuación conocida de don Manuel de Bulnes, aparte de su encuentro con su hijo Manuel en filas contrarias en Chillán, que narraremos más adelante, es una gestión suya hecha en Lima, en 1819, ante las autoridades virreinales, para dejar acreditados los servicios distinguidos prestados por él a la causa monárquica durante la revolución chilena, ya entonces consagrada por el triunfo definitivo. Tocó informar la solicitud al ilustre e inflexible funcionario de la antigua Gobernación de Chile don Judas Tadeo de Reyes, trasladado a la administración virreinal, quien informó larga y decisivamente sobre los méritos contraídos por

Bulnes al servicio del rey. El informe está fechado en Lima, a 29 de diciembre de 1819, y termina así:

"Bulnes sufre la misma expatriación (la de los criollos que, como el señor Reyes, salieron de su país), dejando abandonada su casa, hacienda y familia..."

La fecha del informe y la constancia expresa de la existencia de don Manuel de Bulnes en el Perú desvirtúan la afirmación registrada en algún acreditado libro de genealogías de que don Manuel fué muerto en los alrededores de Parral en ese mismo año 1819. En Lima murió, de muerte natural, sirviendo todavía en el ejército realista; había partido al Perú siguiendo a Ossorio, en los últimos meses de 1818, y su muerte parece haber ocurrido poco después de la fecha del informe transcrito. La afirmación del libro de genealogías queda además destruída con el hecho consignado por Alberdi, en su Biografía del General don Manuel Bulnes (hijo), de que éste repatrió, después de su triunfo sobre la Confederación Perú-Boliviana, los restos de su padre.

La Independencia había dispersado a la primera generación chilena de los Bulnes.

II

CONCEPCIÓN – JUVENTUD

PERO empezaba una nueva generación. Del matrimonio de don Manuel de Bulnes y Quevedo con doña Carmen Prieto y Vial nacieron dos hijos varones, don Manuel y don Francisco, y una mujer, doña Carmen. Ambos varones tomaron la carrera de las armas, y ya que este libro está dedicado a contar la vida de don Manuel, de don Francisco diremos de paso que alcanzó hasta el grado de coronel en el ejército chileno, dejó memoria de oficial meritorio, y además desempeñó largos años la Intendencia de la Provincia de Concepción.

Don Manuel nació en la ciudad de Concepción el 25 de diciembre de 1799¹, cuando la ciudad tenía apenas treinta y cinco años de existencia oficial en su actual emplazamiento.

La ciudad había sido cambiada, como ya vimos, pero el escaso apartamiento elegido no alcanzó a variar las condiciones de vida, ni las características del paisaje y del clima, y así también de una a otra parte trasladó el vecindario los rasgos seculares del ambiente social.

Se ha de percibir, al contemplar en su total duración la vida de don Manuel Bulnes, una acusada concordancia suya con el destino que la ciudad natal cumplió en la formación de la sociedad chilena, casi diríamos una determinación. La modalidad de la existencia de Concep-

¹ Esta fecha es la mayormente admitida, si bien no ha sido comprobada.

ción, al través de dos siglos y medio de Conquista y Colonia, refleja mejor que cualquiera otra agrupación urbana, mejor que Santiago mismo, las peculiaridades que distinguieron a Chile de las otras posesiones españolas en el continente, los acentos dominantes y constantes de la vida chilena en esos siglos.

Concepción nació —en 1550, nueve años apenas después que Santiago— predestinada a una alta vida de servidumbre al bien común. Ya a mediados del siglo XVII, dijo de ella el cronista Santiago de Tesillo:

“Es la ciudad de la Concepción cabeza de las fronteras, plaza de armas del ejército, puerto de mar donde se desembarcan y distribuyen los situados, y donde estuvo fundada la primera Real Audiencia que hubo en aquel Reino de Chile...”

Avanzando a tientas en un territorio desconocido, don Pedro de Valdivia claveteó la extensión conquistada con ciudades y fuertes emplazados donde un fin estratégico los requeriría, y en la improvisada tarea demostró una intuición genial. En la marcha hacia el sur, cruzó su camino la ancha corriente del Bío-bío, frontera de difícil vado que apartaba hacia el norte tribus indígenas más o menos dóciles, y hacia el sur feroces tribus de guerreros, y entendiendo lo que el río significaría para las armas de España, delineó junto a él y cerca del mar, que depararía a los pobladores otra vía de escape y también de aprovisionamiento, una nueva ciudad, bajo la advocación de la Concepción de María. Por esto fué la ciudad “cabeza de las fronteras”, al decir de Tesillo; Frontera había de llamarse, hasta la segunda mitad del siglo diecinueve, toda la extensa región boscosa del otro lado del Bío-bío, donde las armas de la República tuvieron que seguir combatiendo con montoneras de indios bravíos.

Por venir de allende el río la amenaza contra la estabilidad de la Conquista, y contra los bienes y las vidas de los españoles pobladores de una y otra partes del te-

rritorio, las fuerzas militares más importantes del Reino, como entonces se denominaba a Chile, se concentraban en Concepción; desde sus cuarteles, se cerraba el paso hacia Santiago con la línea de fuertes del Bío-bío, y desde ellos se atendía a la defensa de las ciudades y los puestos avanzados, enclavados más allá del río fronterizo. De aquí el llamar Tesillo a Concepción "la plaza de armas del ejército". Y conservaba todavía este rol cuando estalló la revolución separatista.

Lo que dió a Chile una fisonomía propia entre todas las colonias hispano-americanas, en los siglos que duró el coloniaje, fué la guerra sin tregua contra la raza autóctona, que en las otras posesiones vecinas se sometió temprano. La guerra fué en Chile la nota dominante de la vida colectiva; la guerra, su costo y su dirección preocupaban sobre toda otra cosa a la Corte cuando de Chile se trataba; la guerra, su licitud y sus excesos llenaban la actividad pastoral de los religiosos, y encendían la controversia moral de los defensores de los indios y propiciadores de métodos distintos de conquista, con aquellos más dóciles a las conveniencias de los que se enriquecían en las minas y los cultivos; la guerra y sus hazañas inspiraban de preferencia a los poetas, que trocaron la oscura carnicería de Arauco en tema de epopeyas; la guerra y sus riesgos, que alcanzaban a todos, eran la trama de la existencia en campos y ciudades. Concepción, donde la guerra tenía el centro natural de gravitación, hubo de expresar mejor que ciudad alguna los rasgos peculiares de Chile.

Si Concepción tomó la parte del sacrificio, a Santiago le cupo la administración general del Reino; sin embargo, aunque temporalmente, fué Concepción también la sede administrativa y la ciudad capital. En 1565, al ver la discordia subsistente desde la muerte de don Pedro de Valdivia, Felipe II la atribuyó más que a inepticia de sus gobernadores, a errado emplazamiento de la ciudad

cabecera, y creó para Chile una Real Audiencia, con derecho de gobierno político y militar y con residencia en Concepción; diez años solamente duró la mudanza, pero nunca olvidó Concepción que su existencia abnegada fué una vez recompensada con la dirección superior del Reino.

Los doscientos sesenta años que median entre la fundación de la ciudad y la revolución de Independencia, están jalonados para aquélla por una sucesión de catástrofes, propias unas de la guerra, ajenas otras a toda influencia humana, y conducentes todas a forjar en las generaciones pobladoras un perfil de estoicismo que muy bien se añade a la misión de la ciudad. A los cuatro años de fundada, fué asaltada, saqueada e incendiada por los indios; repoblada en 1555, fué el mismo año vuelta a destruir por el cacique Lautaro; don García Hurtado de Mendoza la asentó de nuevo en 1558; a los doce años escasos, el terremoto de 1570 derribó las viviendas, y el mar desbordado invadió su perímetro y al retirarse arrasó con todo lo subsistente, mientras los vecinos contemplaban su ruina desde lo alto de una loma. Vuelta a construir la ciudad, asomaron en los mares del sur los barcos de piratería, y en 1587 vió Concepción en su rada los que traía Cavendish, y más tarde corría de cuando en cuando el rumor medroso de que se aproximaban otros corsarios sajones u holandeses. Soportaba la ciudad las amenazas de la indiada al mando del hábil mestizo Alejo, cuando un nuevo terremoto, al caer la noche del 15 de marzo de 1657, la echó otra vez a tierra, y luego salió el mar con tal caudal que, al retirarse, dejó un barco abandonado en el solar de un vecino.

Se pensó entonces en volver la espalda en definitiva a la ciudad rebelde a asentamiento; pronto, sin embargo, el ánimo estoico se impuso y la reconstrucción comenzó, y al año siguiente al terremoto, el vecindario parecía gozar de existencia normal.

Aparte de la lucha con la naturaleza y con los elementos humanos vecinos y forasteros, daba sobriedad al perfil social el trabajo rudo, eventual y moderadamente remunerador de que los vecinos subsistían; el trigo, la cebada y el maíz pagaban su cultivo, pero eran inferiores los rendimientos a aquéllos obtenidos en las estancias del norte, y escasos los suelos disponibles, costosa la adaptación de las tierras, e incierta por la cercanía de la indiada la suerte de las sementeras. De las viñas se lograban excelentes productos, mas el lento desarrollo de las plantaciones hacía su cultivo aún más precario. Los ganados se multiplicaban en las praderas generosas, sujetos a que de tarde en tarde los aborígenes asaltasen las estancias y arriasen a la espesura la riqueza formada con paciencia.

El comercio intermediario no apareció en Concepción sino en el siglo XVII, cuando la llegada del Real Situado de que hablaba Tesillo —la suma destinada por la metrópoli para auxiliar al pago de las tropas de Chile— trajo periódicamente a Concepción una partida considerable de dinero. Eso sí, si la remesa no llegaba o sufría retardo, las tropas padecían miseria y caían sobre los vecinos contribuciones extraordinarias que entorpecían el lento crecimiento de los patrimonios.

Eso era la antigua Concepción, y eso siguió siendo la nueva: escuela de disciplina, de trabajo, de sobriedad, de abnegación, de paciencia, de vida lenta y profunda como las aguas del Bío-bío que cerca de ella se vaciaban en el mar.

Una última catástrofe, el terremoto de 1751, la sacó definitivamente de su secular asiento, como vimos, y determinó a los vecinos a trasladarse al valle de la Mocha, donde se instaló, entre los hogares fundadores, el solar de los Bulnes.

Tales características del medio ambiente en que vió la luz don Manuel se han recordado aquí como una clave de su vida personal y del criterio con que actuó cons-

tantemente y sin medir esfuerzo al servicio del país; ellas anticipan su temple austero y modesto, callado y decidido, sus usos alternados de coraje y prudencia, su ecuánime y justa personalidad.

Los movimientos iniciales de la revolución de Independencia, que partieron verticalmente muchos hogares y transversalmente las generaciones, encontraron a Bulnes saliendo de la infancia. En su hogar, la rama paterna, en especial su padre y su tío el cura, quedaron vinculados a la causa realista; la rama materna, y en especial su madre y sus tíos, abogado uno de nota y resuelto propagandista de las ideas nuevas, futuro general el otro y presidente de la República, se sumaron a la opinión patriota. El niño, como suele en todo momento de cambios sociales, se orientó con la familia materna hacia novedad.

La lucha ideológica tuvo en Concepción resonancia y ardor extraordinarios, y trascendió de modo determinante a la suerte del país, gracias a los personeros que encabezaron uno y otro bandos. Puede decirse que fué Concepción, por contar entre sus residentes al doctor Martínez de Rozas, la ciudad que preparó el ambiente de Santiago a la lucha por la Independencia, y la que tuvo en sus manos la dirección de la primera Junta de Gobierno Nacional. Martínez de Rozas, hombre de talento singular, de carácter alternativamente resuelto y circunspecto, de madura ilustración, de experiencia profesional y administrativa, captó la confianza y fué el asesor obligado de los últimos mandatarios españoles, y a sus tretas debió la designación el último de ellos, García Carrasco, a quien disputaba el cargo otro de los jefes militares.

Desde que la invasión de España por Napoleón y la abdicación del rey y su heredero crearon para Chile la discusión de la legitimidad de los gobiernos, Martínez de Rozas, apartado ya de cargos públicos y radicado en Concepción, empezó a polarizar la resistencia criolla, y formó

en Concepción un centro clandestino de juventud adepta a sus principios.

La primera Junta de Gobierno, designada en el Cabildo abierto de Santiago de 18 de septiembre de 1810, contó a Martínez de Rozas entre sus vocales, y de 1810 hasta mediados de 1811 fué él el alma de la patria incipiente. Más tarde habría de troncharle la ascensión de Carrera.

El bando opuesto en la ciudad del sur, al cual Martínez de Rozas y sus secuaces sometieron a acatamiento, disponía de las influencias máximas que la época podía ejercitar sobre el vecindario: la autoridad religiosa, los jefes militares con sus cuarteles, los funcionarios de la administración. A la cabeza de estas filas se encontraba el obispo Navarro Martín de Villodres, llegado de España poco antes de iniciarse la convulsión, y que en junio de 1810, previendo el estallido inminente, anatematizó en una pastoral la discusión de las ideas políticas; y no era el obispo la primera autoridad religiosa del sur tan sólo, sino también la mayor jerarquía católica del país, pues la diócesis de Santiago se encontraba por entonces vacante. Tras del obispo, seguían los frailes franciscanos del Colegio de Chillán, fanáticos, y la mayor parte de los que servían parroquias. Y tras de éstos, y de los jefes militares y administrativos, se congregaba el elemento social pasivo y obediente, más numeroso que el descontento en una ciudad, como Concepción, formada en la disciplina.

Durante los dos años y medio transcurridos desde el 18 de septiembre de 1810 hasta marzo de 1813, Concepción permaneció regida por el bando patriota, y fué en ese período, en noviembre de 1811, cuando el niño Bulnes, no cumplidos aún los doce años, obtuvo plaza de cadete en el Batallón de Infantería de Línea, entre cuya oficialidad se contaba su padre, sometido al régimen del momento.

Pero en marzo de 1813 las cosas sufrieron un vuelco total: la expedición enviada por el virrey del Perú al

mando del brigadier Pareja desembarcó en las costas cercanas a Concepción y obligó a las autoridades a capitular; el padre de Bulnes, al ver restablecido el régimen realista, obtuvo que a su hijo, que seguía de cadete hasta fines de noviembre de 1813, le fuese ofrecido un cargo de ayudante del brigadier; pero el adolescente, apoyado sin duda por la madre, logró declinar el ofrecimiento y abandonar las armas.

Para no violentar al joven y tranquilizar el ambiente familiar, fué Bulnes enviado a Santiago, ciudad que había de permanecer por año y medio todavía en manos de los patriotas, y allí se le matriculó en el Colegio Azul, como pupilo del marqués de Encalada; en Santiago quedó hasta que el desastre de Rancagua, en octubre de 1814, dió fin a la Patria Vieja, y colocó de nuevo a Chile bajo la autoridad de la metrópoli.

El Colegio santiaguino fué disuelto por estas autoridades, y Bulnes regresó a Concepción. Bien se advierte el temple de sus tempranas convicciones en el hecho de no haber reingresado a los cuarteles, para lo cual los parientes paternos habrían dispuesto de reforzado valimiento. Durante la Reconquista, período prolongado hasta comienzos de 1817, el joven improvisó en Talcahuano actividades de comerciante, en unión de otro joven extranjero con cuya carrera paralela le asociaba la suerte; ambos volverían a encontrarse, en la edad madura, en la conducción de una brillante empresa guerrera internacional, y ambos serían más tarde llamados al mando supremo en sus patrias respectivas. Fué el socio de Bulnes en Talcahuano el futuro mariscal y presidente del Perú don Ramón Castilla, que peleó unido gloriosamente con Bulnes para destruir la Confederación Perú-Boliviana de Santa Cruz.

Al declinar el período de la Reconquista, ante el rumor de haber transmontado la cordillera el Ejército Libertador chileno-argentino de Mendoza, el jefe militar de Concepción, el bravo coronel Ordóñez, amigo del padre de Bul-

nes y visitante habitual de su hogar, descubrió en Bulnes y en su hermano Francisco dos de aquellos peligrosos sujetos a quienes debía mantener alejados de toda acción subversiva posible, y en unión con otros doscientos patriotas, en su mayoría vástagos de familias acomodadas, fueron sacados de Concepción e internados en la isla de la Quiriquina, vigilados y alimentados un tiempo, abandonados más tarde al hambre y a la extenuación. A media noche arrancaron los esbirros a los jóvenes Bulnes de su hogar, y varios meses duraron las miserias de la pena precautoria. Vivieron errantes, cazando animales mientras tuvieron proyectiles, alimentados de solas yerbas después. Cuando, por la proximidad de nuevas operaciones militares, Ordóñez retiró de la isla la guardia que custodiaba a los patriotas para sumarla a sus fuerzas, los relegados entregados en definitiva a su suerte desarmaron las pocas chozas existentes, ataron los maderos con enredaderas, y fueron botándose al mar, a la aventura de las precarias balsas, por grupos sucesivos, en la oscuridad de las noches. El mar desarmó muchos de los transportes, y treinta o más de los prisioneros perecieron ahogados; las corrientes arrastraron a los demás, y en las balsas subsistentes o cogidos de los dispersos maderos, fueron arrojándolos a la extensa costa que media entre Tomé y la desembocadura del Itata. Ya las cosas habían cambiado en la Frontera; las avanzadas del Ejército Libertador, vencedor en Chacabuco, tenían a Ordóñez encerrado en Talcahuano, y los caminos de la costa a que arribaban los desterrados estaban vigilados por destacamentos chileno-argentinos, que dispensaron acogida cordial a los temerarios navegantes. Pronto el coronel Las Heras, jefe de las fuerzas avanzadas en el sur, comunicó a Santiago la nómina de los rescatados, en la cual Bulnes no aparece; su nombre figura en la lista complementaria y poco numerosa de los aún perdidos. Cuenta Alberdi que Bulnes logró desembarcar en la playa de Penco.

Y en este punto, triunfantes las armas chilenas, pero aún no lograda la victoria definitiva, comienza la verdadera carrera militar de Bulnes.

Los sucesos que determinaron el atrincheramiento de Ordóñez en Talcahuano, la concentración en esa plaza de todos sus recursos militares y entre ellos la guardia que custodiaba a los relegados en la Quiriquina, se desarrollaron rápidamente. Corrió primero un rumor sordo y creciente del paso de los Andes por las fuerzas chileno-argentinas; se supo en febrero en Concepción la presencia en el sur del destacamento que Freire condujo por el paso del Planchón; el 22 de febrero se tuvo conocimiento del desastre realista en Chacabuco; en marzo, Freire, que había cumplido con impaciencia de valiente sus instrucciones de Mendoza de mantenerse en Talca, cruzó el Maule y fué ocupando las ciudades; en abril, la división despachada de Santiago al mando de Las Heras se unió con Freire, y el 5 de este mes, una semana apenas antes de la evasión de los relegados en la Quiriquina, el ejército patriota ocupó a Concepción.

En ese mismo mes llegó a la ciudad el director supremo don Bernardo O'Higgins, a quien Bulnes conocía y admiraba largo tiempo, como visitante de su hogar, y la presencia de O'Higgins le arrastró a tomar de nuevo las armas. En junio de 1817 obtuvo Bulnes su título de teniente 1º en el Batallón N° 2 de Guardias Nacionales, y en noviembre pasó de la Guardia Nacional al Ejército de Línea, como porta-estandarte del Escuadrón de Cazadores a Caballo. Según su foja de servicios, en diciembre era alférez de la escolta directorial.

La guerra se encendió de nuevo en la Frontera; los dos campamentos, el realista y el patriota, permanecieron por meses extrañamente separados por la corta extensión de tres leguas que media entre Talcahuano y Concepción, terrenos pantanosos que la estación inverniza hacia in-

transitables; pasivo el primero y en espera de recursos que el virrey habría de despachar contra los insurgentes dominadores; activo el otro y extendiendo la ocupación por los pueblos del sur del Bío-bío. Fueron éstos los días de gloria de Freire; su valor temerario le llevaba de éxito en éxito, del combate del Gavilán a la toma de la importante plaza de Arauco; y más tarde, desde noviembre hasta fines de diciembre, pudo Bulnes aprender a las órdenes de Freire altas lecciones de iniciativa y denuedo militares.

A fines de noviembre, ya O'Higgins estimó necesario atacar el reducto realista, desde el cual se fomentaban las montoneras en una y otra márgenes del Bío-bío. La empresa era difícil, no tanto por las fuerzas encerradas en Talcahuano, sino por las hábiles defensas de fosos y parapetos construídas por Ordóñez. El plan de asalto, impuesto por el prestigio del general Brayer, francés que había servido bajo Napoleón, fué torpemente concebido o contrariado por el azar o la incompetencia en la ejecución, según opuestamente afirmaron después Brayer y los chileno-argentinos, y la acción del 6 de diciembre, primera que menciona nominalmente la foja de servicios de Bulnes, fué un fracaso patriota.

Un fracaso que no habría importado sino nuevas y más bien concebidas tentativas, a no mediar la noticia que por esos días llegó a O'Higgins de otra expedición que el virrey Pezuela había encomendado a su yerno el general Ossorio, el mismo reconquistador del país en 1814, y cuyo arribo era inminente. En la ignorancia del plan de operaciones del invasor, todo aconsejaba a los patriotas, y así lo dispuso San Martín, abandonar la Frontera y agrupar las fuerzas de resistencia en el centro del país.

Fueron otros días negros para Concepción, como aquéllos que la ciudad vivió repetidamente en siglos pasados. A fines de diciembre comenzó la evacuación, y el 5 de enero de 1818 pudo la guarnición de Talcahuano reocupar

la ciudad. Ante la amenaza de arribo del refuerzo realista y el temor a represalias, salió de Concepción, de los pueblos que habían caído en manos de patriotas, de los campos y todo centro poblado, una larga columna de decenas de miles de habitantes, que, a pie algunos, montados otros, en vehículos lentos muchos, se alejaban de sus hogares rumbo a Santiago o a ciudades intermedias, cargando lo que podían salvar de bienes y recuerdos. Otra columna de ganado avanzaba paralela, para asegurar la subsistencia de los chilenos y privar de alimentos al invasor. Los flancos de la emigración los protegía custodia militar.

¡Hasta la vista, ciudad otra vez sometida a expiación de la causa nacional!, ¡hasta la vista, y no adiós, "cabeza de las fronteras", escuela en que el joven Bulnes ha templado su civismo! Mientras la polvareda que a él le envuelve, levantada por tropas, familias y rebaños, se aleja en el horizonte, Concepción, donde aún no penetra la autoridad realista, sufre otra vez el saqueo de montoneras y bandidos, y ve alzarse de sus solares las llamas de los incendios.

III

LA GUERRA A MUERTE

CUANDO el ejército chileno iniciaba su retirada hacia el norte, desembarcó en Talcahuano la expedición de Ossorio, y O'Higgins pudo escuchar, mientras vadeaba con sus tropas la corriente del Itata, las salvas que saludaban en el puerto lejano el arribo de los realistas.

Comenzó entonces un curioso tanteo de planes y movimientos entre dos enemigos que ignoraban sus fuerzas respectivas; tocaba al invasor determinar si llevaría por tierra continuada las operaciones, como lo aconsejaba la aparente fuga de los chilenos, o si, cumpliendo las instrucciones que traía del virrey, reforzaba a Talcahuano y reembarcaba en seguida las tropas hacia San Antonio o Valparaíso y daba directamente a la capital un golpe definitivo como el que supo asestarle en 1814. Por la otra parte, San Martín tenía su ejército principal acantonado en Las Tablas, cerca de Valparaíso, en previsión de este segundo y más temible movimiento de Ossorio, y vacilando en lógica perplejidad, optaba por esperar el curso de los acontecimientos en el sur.

Ossorio al fin se decidió por la persecución y avanzó con su ejército hacia el norte; diremos, por lo que interesa al tema de esta biografía, que de la división formaba parte el capitán don Manuel de Bulnes.

El río Maule separó de la zona central del país el campo de las operaciones; Ossorio, fuerte de 5.000 hombres, pudo ocupar a Talca abandonada, y ante este avance que

definía la estrategia enemiga, San Martín despachó hacia el sur el ejército de Las Tablas, con el cual las armas independientes reunieron 6.000 hombres. La avanzada patriota fué puesta al mando de Freire, encargada de vigilar a Ossorio y de hostigar sus movimientos, y en esa avanzada servía el alférez Bulnes.

Era arrogante militar, ya lo hemos visto, el jefe de la avanzada, y con arrogancia le secundaron en Quechereguas sus subalternos, un grupo de 170 hombres, Bulnes entre ellos, que acometió a la vanguardia realista y, creyendo inferior su número, le intimó rendición. Pero súbian de 400 jinetes los enemigos y, salidos del engaño, los chilenos pelearon bravamente en vez de retirarse; a no mediar refuerzo patriota, su temeridad habría dado un triunfo a los realistas.

Fué el combate de Quechereguas la primera muestra dada a Ossorio de que los chilenos no huían hacia el norte, y una advertencia que le aconsejó replegarse nuevamente hacia Talca, que había quedado atrás. Ese combate marcó el instante en que las tácticas de uno y otro bando se cambiaron, y al repliegue de los realistas acompañó, a escasa distancia intermedia, el avance de toda la fuerza patriota, con San Martín y O'Higgins a la cabeza. Las dos columnas enemigas cruzaron aceleradamente el Lircay, separadas por legua y media, en una igual decisión de tomarse la delantera para decidir la acción en campo propio.

Y en la extraña conformación topográfica de los llanos de Cancha Rayada, inmediatos a Talca, que habían sido también sitio de encuentro en anteriores campañas, sobrevino la noche fatal, el ataque sorpresivo de Ordóñez a las tropas patriotas, cogidas en un cambio de posiciones; en el desbarajuste, pareció perdida la Independencia, y sólo días más tarde, al reunirse los dispersos, renació la esperanza. El alférez Bulnes no había de olvidar aquella

noche triste en que se creyó contar entre los muertos o los prisioneros a su hermano Francisco.

Muy poco después, el 5 de abril, quedó reparado para la patria y para Bulnes, con el sol de Maipú, el recuerdo lunar de Cancha Rayada; allí los soldados del alférez se midieron nuevamente con el intrépido Ordóñez, que comandaba el flanco derecho realista y que encontró en esa acción el fin de su meritoria carrera. Once días más tarde, el alférez recibió en premio sus despachos de teniente 1º.

Dice Vicuña Mackena, y están los historiadores en acuerdo:

“Después de la batalla de Maipo, los chilenos cometieron el mismo error que habían padecido después de Chacabuco, y lo agravaron. Deslumbrados por el brillo y la magnitud de victorias campales obtenidas a las puertas de una capital opulenta que no había sentido sino a lo lejos el fragor de las armas, olvidaron que el sur de Chile había sido siempre el campo de batalla de la República...”

Aquí en el sur de Chile, tierras donde tuvo su solar, donde vivió su juventud y que, sin duda, modelaron su temple cívico, van a destacarse ahora las capacidades del joven teniente Bulnes, y va éste a conquistar grado a grado la jerarquía hasta el de coronel. Volvió a esa porción del territorio nacional pocas semanas después de haber peleado en Maipú, con el mismo regimiento de Cazadores que allí tuvo participación decisiva.

Era por entonces Bulnes un mozo que no había cumplido los veinte años; alto, corpulento, de crespo cabello rubio, de expresión varonil constantemente bañada en afeblidad por sus ojos azules; la calma de los movimientos no dañaba a su incansable actividad, y entre los Cazadores mismos tenía conquistada reputación de jinete atrevido; parco en palabras y severo en las filas, gustaba no obstante de charlas amistosas de camaradas, y tranquilo de humor,

solía encenderle el rostro la violencia súbita de una sangre impetuosa.

El primer hecho de armas en que le vemos de nuevo figurar en el sur, contra tropas de Ossorio replegadas, es el ataque a Chillán en julio de 1818, e inciden en la acción circunstancias tan ajenas a la vida corriente de los hombres, que bien merecen ser contadas una vez más.

Un jefe realista acantonado en Chillán despachó un destacamento de 200 hombres a las órdenes de su segundo, el capitán don Manuel de Bulnes, a amenazar a un grupo de patriotas establecido en los campos de que iban adueñándose los fugitivos en la Villa de Parral, grupo resguardado por las tropas despachadas a Talca al mando del jefe argentino Zapiola. Corrían todavía días de 1818. El capitán Bulnes cumplió su misión.

En cuanto Zapiola tuvo conocimiento de los hechos, puso 100 hombres al mando del guerrillero, también argentino, Cajaravilla, con el encargo de rescatar la población tomada por el capitán Bulnes. Satisfecho el encargo, pidió el capitán Cajaravilla refuerzos a Zapiola para ejecutar igual empresa con la más importante plaza de Chillán; Zapiola le envió un escuadrón de Cazadores, del cual formaba parte el teniente Bulnes.

Con los 400 hombres así reunidos, Cajaravilla avanzó, y pronto se encontró ante Chillán. Dentro de la plaza estaba ahora el capitán Bulnes, y entre los que llegaban a asaltarla, el teniente su hijo. Acordada por los atacantes la intimación de rendición, el teniente solicitó de su jefe la calidad de parlamentario para notificarla, y en tal carácter trató con su padre, parlamentario del otro bando. La historia es parca en detalles de sucesos tales; pero se sabe que la entrevista fué cordial, que el hijo pretendió convencer al padre de la conveniencia de abandonar una causa definitivamente perdida y de adherir nuevamente a la causa nacional, que el padre se mantuvo en negativa y aconsejó a su hijo que fuese leal a aquélla a la cual estaba

serviendo, y que un estrecho abrazo selló la despedida. Tal vez fué éste el último encuentro de ambos en la vida: el ataque patriota subsiguiente quedó rechazado con pérdidas de los dos bandos; patriotas y realistas retiraron sus posiciones, y el capitán Bulnes marchó poco después a Concepción, de donde en septiembre de ese año 1818 se alejó rumbo al Perú y en compañía de Ossorio.

Se cierra en este punto la historia de las campañas regulares de la Independencia, y comienza la crónica confusa de una larga carnicería, que a trechos breves tomó la apariencia de guerra regular, y que fué siempre, y aun en tales ocasiones, temible bandolerismo secundado por la indiada feroz, en su mayor parte al servicio de los realistas.

No obstante este carácter irregular, el alzamiento general del sur, desde Chillán hasta los confines de la región boscosa, puso una y otra vez en alarma y hasta en peligro efectivo a la capital y a todo el centro del país, que desguarnecido en 1820 por el arrogante envío de la Expedición Libertadora chileno-argentina del Perú, corrió el riesgo de perder dentro de las propias fronteras lo que fuera de ellas y en el arsenal de la resistencia se pretendía imponer.

Prisionero Ordóñez en Maipú, vuelto Ossorio a la sede virreinal, y llamado más tarde a Lima su sustituto el coronel Sánchez, no quedaron en Chile como representantes de la causa realista sino jefes de partidas volantes, gavillas de salteadores, y las tribus araucanas dispuestas secularmente a la lucha contra el blanco, antes contra el conquistador peninsular, ahora en favor de él contra el criollo.

A partir del río Maule, aquel territorio inmenso y casi impenetrable entonces, inundado en los inviernos por las lluvias constantes, cortado otra vez por los ríos en la época de los deshielos, cerrado por las quilas, las lianas y los bosques, cuyos senderos y vados sólo conocían los prácticos, por lo general hombres de fuga o correrías; y también

las enseñadas fértiles de cordillera arriba, que brindan con sus frutos sustento al aborigen, en sus praderas talaje a los ganados, y abren portezuelas de escape hacia la otra banda, pulularon de partidas saqueadoras que se juntaban para disponer de las armas quedadas en manos de soldados realistas, y para marchar con ellas al asalto de los campamentos patriotas y de las ciudades sometidas a la nueva soberanía.

Reinó entonces, en todo el inmenso territorio, una forma de pelear que era como el estertor de las grandes campañas pasadas, una forma que con justicia ha quedado en la historia con el nombre de "la guerra a muerte". ¡Ay de las mujeres cogidas en las poblaciones asaltadas! ¡Ay de los prisioneros! ¡Ay del parlamentario! Sangre y más sangre, llamas y más llamas; hachazo, lanzada o descuartizamiento; vileza y más vileza bajo la enseña del Rey.

¿Por qué la historia ha de verse obligada a recordar a aquellos hombres cuya enorme mayoría bien merece ser nómina de presidio? Y, sin embargo, le es fuerza recordarlos, porque contra ellos se gastaron durante años los esfuerzos de la República, y porque el virrey de Lima, directo representante del monarca en ésta su perdida posesión, seguía concediendo a esos indignos los títulos militares, títulos siquiera, ya que los libertadores chileno-argentinos del Perú le impedían proveerles de refuerzos influyentes en la guerra irregular que sostenían.

No encuadran en la historia las figuras de Vicente Benavides, ni la del cura Ferrebú y su hermano Mariano, ni la de Zapata, ni la del hacendado Bocardo o el oficial Elizondo, ni los cuatro hermanos Pincheiras. Traidor sucesivamente a los dos bandos Benavides en sus primeros años de soldado oscuro; díscolo y cruel; vanidoso y cobarde; criollo burlador de todo convenio; asesino que, en una pieza y a la luz de candiles, hizo sablear a un grupo de prisioneros, y que echó otra vez la caballería araucana, lanza en ristre, sobre el anciano general Alcázar y el gober-

nador de la plaza de Los Ángeles, cogidos con pérfida arteria. Indigno de ministerio sacerdotal el cura Ferrebú y no menos sanguinario que el hermano. Hombre rudo Zapata, antiguo y duro capataz de arrieros. Tan siniestros y desalmados como las bandas de pehuenches que les seguían, los hermanos Pincheiras. Menos crueles Bocado y Elizondo en cuanto personalmente obraban, pero responsables por autorización expresa de degüellos, incendios, violaciones. Todos y tantos otros caudillos reclutaban sus huestes con el incentivo proclamado de botín, lujuria y sangre a discreción.

Cabe exceptuar no más de la triste galería del período que aquí comienza, si bien negándole el rango de militar profesional, a aquel don Juan Manuel de Pico, peninsular de cierta ilustración y de más vastas concepciones y recursos humanos, caudillo improvisado como los otros, severo con los suyos, terrible y sin escrúpulos con el adversario.

La guerra tenía que ser a muerte, cuando tales hombres encabezaban uno de los bandos, y a muerte la practicó siempre, y a muerte la autorizó de modo explícito Benavides en sus instrucciones de agosto de 1819:

“El comandante de partida que, en acción de guerra o fuera de ella, hiciese prisioneros y no los pueda conducir a donde se consideren seguros, los pasará por las armas, prestándoles los divinos auxilios que se pueda proporcionarles. Pero de ningún modo otorgará la vida a ningún paisano que encuentre en guerrilla o con las armas en las manos y se les justificare ser insurgentes.”

No faltó la respuesta adecuada; alternadas con órdenes de los gobernantes propias de su mayor cultura, que tendían a imprimir a las operaciones una modalidad regular, y también con la treta política de ofrecer a los guerrilleros indultos generales que incitarían al desbande, dió alguna vez el gobierno chileno instrucciones como éstas:

“Todo soldado o sirviente del enemigo que se halle disperso será

fusilado, aunque convendrá hacer algunos prisioneros para tomar noticias y comunicarlas al gobierno inmediatamente.”

Si esto autorizaban los superiores ¿hasta dónde llegarían los subalternos, cuando las acciones se libraban entre partidas desmembradas, a grandes distancias de los comandos y simultáneamente en todos los ámbitos de una región vastísima e incomunicada? La sangre corría desde Parral a Valdivia y desde la costa a los cajones andinos.

Pocos meses después del asalto a Chillán, en cuyos preliminares sirvió de parlamentario, el teniente Bulnes se encontraba en Concepción, entre los Cazadores de la Escolta Directorial, a las órdenes del intendente Freire. Allí junto al Bío-Bío, que habría de pasar y repasar tantas veces, le cogió la conflagración general de la Frontera.

En diciembre de 1819, un destacamento de Cazadores completaba la escasa guarnición de Yumbel, que en total ascendía a 111 hombres; Bulnes estaba entre ellos. Las bandas de Bocardo, Elizondo y Zapata que, al decir de los partes de la época, traían 658 hombres, atacaron esa plaza vital para el control de la Frontera. El severo y valiente capitán Quintana, que custodiaba a Yumbel, en vez de replegarse situó a sus soldados sobre un cerro, que en su recuerdo lleva ahora su nombre; en los movimientos de las tropas, tocóle a Bulnes defender la entrada de un desfilaro, y allí se mantenía en lucha cuerpo a cuerpo con el feroz cacique Mariluán, y ya éste le alcanzaba con su lanza e iba a atravesarle, cuando el tiro certero de un soldado chileno quebrantó el brazo del indígena e hizo caer la lanza. La conducta impertérrita de Bulnes en Yumbel ayudó a salvar la plaza.

Algunas acciones ejecutadas por Bulnes en 1820 en las jurisdicciones de Coelemu y La Florida, que Freire puso a su cargo personal, llamaron la atención del gobierno, y el 3 de agosto de ese año firmó en Santiago el ministro Zenteno una comunicación a Freire que decía:

“Sírvasse US. prevenir a este bravo y distinguido oficial que sus servicios, tanto en la disolución de la partida de Pereira como en su aprehensión y en los demás que ha prestado ínterin se halla operando aisladamente, son considerados por el Gobierno con el más alto aprecio, como que sabe preferir y premiar el verdadero mérito, y para que este oficial tenga un testimonio que siempre le evidencie esta verdad, S.E. se ha dignado conferirle el grado de Capitán del Ejército con fecha 1º del corriente.”

Por entonces, tomaba ascendiente en la Frontera el flamante teniente coronel Pico. En septiembre de ese año, hallándose las fuerzas chilenas repartidas —Viel en Yumbel, O'Carrol en Rere, Alcázar en Los Ángeles— y Freire con el comando en jefe en Concepción, Pico atravesó el Biobío con sus huestes y cayó sobre las tropas de Viel, quien, maltrecho, aceleró su reunión con O'Carrol dejando a Pico entrada en la importante plaza de Yumbel. Por lo demás, al no buscar revancha inmediata, Viel cumplía las instrucciones de Freire, que le había despachado a reunir aceleradamente todas las guarniciones para detener a Pico. Al saber Freire en Concepción la derrota de Viel y la amenaza que las fuerzas enemigas cernían sobre O'Carroll y sobre Alcázar, aún separados, despachó en su ayuda un escuadrón de 84 Cazadores al mando del comandante don José María de la Cruz, entre cuya oficialidad iba el capitán Bulnes; ya estaban asociados estos dos nombres llamados a engendrar frecuentes y contradictorios encuentros. Era pequeño el refuerzo de Cruz, y así lo estimó el comandante, pero Freire se negó a aumentarlo por estimar invencibles a sus Cazadores, aun en número pequeño. Unidos Viel, O'Carrol y Cruz, la operación salvadora habría sido su reunión con la guarnición de Alcázar en Los Ángeles; pero quiso el destino que esto no se pudiera o ni siquiera se intentase, y la lucha con Pico hubo de trabarse en desventajosas condiciones. Otorgado a O'Carrol, joven oficial del ejército inglés que entraba a servir a Chile,

el mando de las tropas, el valiente comandante las lanzó contra el enemigo, que había vuelto a aparecer, y simulando Pico una fuga, obligó a los patriotas a una inútil y fatigosa persecución. Era éste un ardid preparado, y pronto sorprendió a los chilenos un círculo de humos que se levantaba de los bosques, señal convenida para el alzamiento en armas de las tribus indígenas y para la incorporación de refuerzos de fusileros. Se encontraban los adversarios en uno de esos llanos húmedos que se cubren de plantas de recias y grandes hojas llamadas pangues por los pobladores y que les dan sustento y medicina, llanos que por tal razón toman en la Frontera el nombre de pangales. En el Pangal, la retirada de Pico cesó de pronto, y sus tropas dieron vuelta para atacar a los chilenos; sobrevinieron la confusión y la derrota, y a la derrota siguió una matanza de jefes, oficiales y tropas de la patria; entre las vidas perdidas, se contó la del propio O'Carrol, cogido prisionero y pronto ajusticiado. Encerrados, al decir del comandante Cruz, "en un corral de sables y de lanzas", perecieron allí todos los infantes, todos los artilleros menos dos de sus hombres, y numerosa caballería. Tan sólo los Cazadores de Cruz se salvaron con pérdidas escasas; de entre sus hombres, sobresalió la conducta personal del capitán Bulnes, referida por Vicuña Mackenna en estos términos:

"Su propio caballo (el de un valiente realista adolescente, muerto al retirarse del campo los Cazadores) sirvió empero a otro jinete digno de heredarlo. Fué éste el Ayudante de Cazadores don Manuel Bulnes, que había hecho prodigios de valor y cansado de tal manera su montura en la refriega, que si su primo Cruz (el comandante) no lo protege, parece como O'Carrol en manos de los guerrilleros. La conducta de este joven Capitán había sido tan conspicua en esa prueba, que en medio de las aclamaciones de todos sus camaradas, el General Freire le nombró desde aquel día su Ayudante de Campo."

La suerte total de la Frontera y la seguridad de Santiago mismo ante las posibilidades de ofensiva que la victoria del Pangal abría a los realistas quedaron dependiendo de la guarnición que el general Alcázar mantenía en Los Ángeles desde hacía dos años, y a la cual la falta de caballería y de abastecimientos y pertrechos en cantidad suficiente había impedido salir a batir al enemigo. Lo urgente era reunir esa guarnición con la de Concepción, y tal fué la orden que Freire mandó a Alcázar, en la cual le indicaba el paso del río que había de elegir para evitar el encuentro con las tropas de Pico. Pero el oficial de Cazadores encargado de llevar el mensaje fué cogido y muerto por el enemigo, y el astuto Pico cambió la comunicación por otra de bien imitada caligrafía, que llevó al infortunado Alcázar, veterano ilustre de las guerras de emancipación, al vado de Tarpellanca indicado por Pico, donde éste le aguardaba y donde el ejército patriota y todo el vecindario de Los Ángeles —mujeres, niños, enfermos y ancianos— que había seguido tras él para no quedar abandonado a la soldadesca y a la indiada, halló cruel exterminio.

La eliminación casi total del ejército del sur obligó a Freire a abandonar a Concepción y a encerrarse tras de las fortificaciones de Talcahuano. Los soldados que no pudieron seguirle retrocedieron hasta Parral, y así del Maule al sur sólo quedó el reducto de Talcahuano bajo soberanía patriota. Una convulsión de terror sacudió a las poblaciones, y de las filas chilenas desertaban día a día los soldados. El clamor de Freire al gobierno de la capital se estrelló en esos momentos con el desvalimiento del gobierno, cuyos recursos en hombres, armamentos y dineros seguían gastándose en la Expedición Libertadora del Perú, que zarpó por esos días. Sólo el retardo de Benavides y Pico en avanzar hacia Santiago libró a la nación de perder a manos de montoneras la independencia lograda contra ejércitos regulares.

Entretanto, Bulnes con la caballería de Cruz se habían juntado a Freire en Talcahuano.

La situación del sur obligó al gobierno a sacar de la nada medios de evitar un nuevo derrumbe de la soberanía; en realidad, no era tarea desconocida para los dirigentes de la nación, que de la nada habían sacado la empresa que acometía al virreinato. El Director Supremo solicitó con urgencia del parlamento facultades extraordinarias, y con ellas logró despachar al sur una división al mando del coronel don Joaquín Prieto; si la división lograba juntarse con las tropas de Freire, le quedaría reservado a éste el comando general de la Frontera.

Dos meses quedó después Freire encerrado en Talcahuano, falto de recursos y sin que Prieto, acantonado más al norte, se le reuniese. La inminencia de la miseria y del hambre le obligó a romper el cerco de Benavides, jugándose el todo por el todo. El 25 de noviembre de 1820 salió de Talcahuano la caballería, y se desplegó en las vegas contra el enemigo, que parecía dispuesto a atacar; cargó con tal denuedo esa fuerza impaciente, que Benavides emprendió la fuga. Reinaba un contagio de exterminio, y hasta el ecuaníme ayudante Bulnes mostró en esa ocasión uno de los escasos rigores que de él registra la historia, al hacer matar en el campo a dos prisioneros desarmados que traía uno de sus hombres por delante de su caballo.

De las Vegas de Talcahuano avanzaron los patriotas sobre Concepción, y allí, dentro de la ciudad, acometieron nuevamente por la Alameda a las fuerzas de Benavides; una nueva carga de la caballería desbandó en corto rato al enemigo hacia las riberas del Bío-bío. "Ya no había brazos para tanto sablear", dice uno de los oficiales patriotas, y otro agrega que la corriente "negreaba de godos que se ahogaban".

Con estas dos acciones impuestas por la desesperación, la guarnición de Talcahuano quedó en salvo para opera-

ciones futuras, y el destino de Benavides primero, y tras de él el destino de todos sus satélites, entraron en declinación.

Pero había de ser para la patria un ocaso trágico todavía.

Desde su escondrijo de Arauco, adonde huyó después de la derrota y al ver que los hombres de Freire no cruzaban en su alcance el Bío-bío, premeditó su nuevo plan siniestro: mientras Freire escuchaba a su parlamentario el cura Ferrebú, que le transmitía una fingida propuesta de armisticio, Benavides puso a sus huestes en marcha sigilosa hacia Chillán, con orden general a las partidas de ir incendiando todas las poblaciones que atravesaren.

Ardió en efecto la Frontera; ardían San Pedro, Santa Juana, Nacimiento, Talcamávida, San Carlos de Purén, Santa Bárbara, Yumbel y Tucapel, cuando Prieto supo en Chillán, en diciembre de 1820, que Benavides, Pico, Bocardo, Zapata, sus soldados y los indios llanistas y los pehuenches se acercaban a su cuartel general. Se dispuso rápidamente la defensa, y un sangriento combate se libró a las orillas del río Chillán sin dejar definida la contienda. Una prenda quedó en manos de los patriotas: el cadáver del guerrillero Zapata, lacerado en el río mientras sus hombres le llevaban herido.

El coronel Prieto, figura de primera línea entre los grandes militares de la época, hombre de características psicológicas distintas de las de Freire y anotadas por todos los historiadores, intentó apaciguar la Frontera por métodos que Freire no acostumbraba, por bandos en que ofrecía indulto general a los montoneros que abandonasen la causa que servían; muchos se presentaron ante Prieto, y en entrevista personal en que éste desplegaba ladinadas artes de convicción, pasaban al servicio de las armas y de la administración patriotas. Esta nueva política provocó la dispersión de los caudillos nuevamente hacia el sur; tan sólo los Pincheiras quedaron en la zona

ocupada por las armas chilenas, encerrados en su inexpugnable escondite de la montaña.

Poco después, en setiembre, la vanguardia del ejército de Benavides, fuerte éste de 1.500 hombres y acompañado de todas las partidas y caudillos que antes quedaron dispersos, vino a acampar en el Itata, interponiéndose entre Chillán y Concepción. El 2 de octubre se presentó otra vez ante Chillán, y Prieto salió a esperarle en el terreno vegoso que de él le separaba. Desconcertado Benavides por los primeros movimientos del adversario, huyó hacia las montañas, y Prieto, reforzado con caballería recién llegada de Concepción —los incansables Cazadores de Cruz— se lanzó tras de él en medio de un temporal, escenario adecuado para el desenlace que iba a sobrevenir. La noche cogió a los patriotas en la espesura de un bosque, y allí supo el coronel que las montoneras acampaban en las Vegas de Saldías, a dos leguas de distancia. Hacia allá movió Prieto a sus hombres; las luces primeras del alba del 10 de octubre mostraron a Benavides, lanzándose a la cabeza de sus tropas, en la corriente del Chillán, y los chilenos se echaron sobre los fugitivos. Fué ésta una acción decisiva en la vieja contienda, y a pesar de ello, no corrió sangre patriota. A Bulnes confióle Prieto una partida de tiradores de su regimiento, y fué el joven oficial quien definió la suerte del encuentro. Dice Zañartu, compañero de acción que iba al mando de una partida de Dragones:

“Los tiradores volvimos a ocupar nuestros puestos y marchamos, siguiéndonos el ejército. Pero como Bulnes era más valiente, llegó con sus 80 Cazadores y destrozó las caballerías que mandaba Rojas y se hallaba colocado a la vanguardia de su infantería, que fué derrotada sin tirar más que unos cuantos tiros, pues sus mismos compañeros lo atropellaron en la arrancada. Así es que los otros comandantes de tiradores no alcanzaron ni a untar la hoja del sable, a no ser que lo hubiéramos hecho en la sangre de los muertos.”

El 13 de febrero de 1822 entró en Santiago un grupo extraño, cuyo centro ocupaba un hombre montado en un asno desorejado, y vestido de uniforme de coronel español; llevaba terciada al pecho una banda de papel, y sobre el sombrero de felpa un letrero que decía: "Yo soy el traidor e infame Benavides." Viéronle cruzar los curiosos la calle de Ahumada, y detenerse el grupo en la esquina en que se alzaba la cárcel. Era el fin de un período.

Abandonado de los suyos después de ser desbandados en las aguas del Chillán por los tiradores de Bulnes, vagó entre bosques y montañas el caudillo en sus tierras de Arauco; se echó un día al mar en una lancha, esperando en llegar a cobijarse en Lima bajo el resguardo del virrey; pero la lancha atracó en la costa chilena de Topocalma por haberse agotado el agua de los odres. ¿Imprevisión o conjura? Lo cierto fué que en tierra le rodearon hombres avisados de su presencia, y que entre ellos llegó a la capital. Tramitado el sumario, pagó en la horca sus crímenes diez días después de la llegada. Colgó el cuerpo de luz a luz ante miles de espectadores, y separados del tronco la cabeza, los brazos y las piernas, fueron los miembros desparramados por las ciudades del sur, que reclamaban oficialmente los despojos para atestiguar a los vecindarios con su vista la certidumbre del fin del montonero; el tronco se quemó aquella noche en los suburbios de la capital. Un año después, un viajero francés vió todavía la cabeza de Benavides en una jaula de fierro, sobre un poste, en los arrabales de Concepción.

Ya por entonces Mariano Ferrebú también había sido fusilado.

La acción decisiva de Bulnes en el combate que ha quedado con el nombre de las Vegas de Saldías movió al coronel Prieto, su tío, a confiarle el mando de división, de una de las dos divisiones con que Prieto intentaría poner término a la guerra de la Frontera sacando el

debido provecho del desbande del enemigo. En noviembre de 1821 partió Bulnes a atacar a Pico, a Bocardo y al cacique Mariluán, seguido de 385 jinetes, 100 infantes, un grupo de artilleros a cargo de un cañón, algunos guerrilleros y la indiada fiel. Prieto se reservó la jefatura de otra división más fuerte, y ambas debían reunirse en las márgenes del Imperial después de dejar despejadas las zonas atribuidas respectivamente.

En Nacimiento, supo Bulnes que Pico se hallaba en las inmediaciones, fuerte de 800 hombres, y tuvo con él dos encuentros sucesivos, de desarrollo a trechos desfavorable, pero pudo en ambos derrotarle. Alentado con el éxito se internó en la difícil maraña; un mes anduvo con su gente en marcha penosa y entrecortada de combates, hasta que en las orillas del Imperial, que eran su meta, libró con los indígenas una acción agotadora que le obligó a recogerse a los centros de provisiones sin haberlo logrado reunirse con Prieto. Ese mes de campaña había extenuado a las tropas y mermado la caballada; el hambre sobrevino y obligó a destinar a raciones las últimas bestias; la larga columna siguió a pie la jornada de regreso, alimentándose de manzanas silvestres, y los estragos de aquel episodio, semejante a la conquista del siglo XVI, quedan patentes en una anécdota final que transcribimos de Vicuña Mackenna:

“Cierta día, después de esta terrible campaña de cuatro meses, anunciaron al General Freire, en su palacio de Concepción, la presencia de un hombre de aspecto selvático, con su rostro envuelto en las guedejas de una larga melena y cubierto su cuerpo por un poncho raído y lleno de insectos inmundos. Aquel hombre, especie de mendigo, enflaquecido por el hambre o la intemperie, era el joven y bizarro Capitán Bulnes que volvía de su entrada a la tierra.”

En marzo de ese mismo año 1822, el gobierno de la

República premió los abnegados servicios de Bulnes con el grado de sargento mayor.

No había terminado el mes, y ya Bulnes se encontraba de nuevo, unido a las tropas del comandante Lantaño, en persecución de Pico y de Bocardo. Por esos días, Lantaño tramitaba con el último la aceptación de un indulto general ofrecido por los jefes chilenos a todos los que abandonasen las guerrillas, y tras un armisticio, Bocardo, el más fuerte sostén de Pico, se rindió a los patriotas con gran número de oficiales, soldados, familias que les seguían, y entrega de material de guerra. Desamparado, Pico halló no obstante fuerzas con que atacar de nuevo a Lantaño y a Bulnes, y en las orillas del estero de Pile se consumó la última acción de aquella guerra y la derrota definitiva de Pico.

Poco a poco acabó de desgranarse la mazorca realista: el 2 de setiembre de 1824, traicionado por algunos secuaces, el cura Ferrebú fué capturado en un bosque en que dormía, y en seguida ajusticiado; Antonio Pincheira pereció en las vecindades de Linares. En un alarde final, Pico intentó juntarse con los restantes Pincheiras y sorprender la región central de la República, pero sus planes fracasaron. Hasta el denodado Mariluán dejó traslucir a Pico veleidades de acogerse al indulto; desaliento y traición rondaban, como siempre, en torno de la decadencia de los amos, al último jefe que enarboló en la Frontera con capacidades militares el estandarte del Rey.

Rondando sobre su presa, la traición cayó sobre ella: a fines de octubre de 1824, se presentaron en el campamento patriota dos hombres del coronel Pico, ansiosos de vengar en esa hora fácil una afrenta personal, y ofrecieron a un capitán chileno conducir en la noche a gente de confianza a la cabaña del coronel. Aceptó el capitán Salazar la ofrenda inesperada, y un grupo sigiloso de ejecutantes y escolta de resguardo partió a cargo del teniente Coronado. Entraron los ejecutantes en el recinto

donde Pico dormía con la sola compañía de su asistente y su perro; la escena fué rápida y a puñal; el perro enfurecido cayó el primero; Pico alcanzó a salir al campo, y a las voces la indiada se despertó; mientras los hombres de Coronado tocaban sus cornetas para simular la presencia de un ejército, Pico y Coronado luchaban en el campo cuerpo a cuerpo, hasta que el primero cayó exánime. Decapitado allí mismo, partió Coronado con el trofeo sangriento en sus alforjas; del campamento jubiloso fué la cabeza transportada a Concepción y expuesta por tres días en las puertas de la cárcel.

Y aquí terminó la guerra a muerte; lo que resta de la contienda con España es un último y apagado destello, sangriento todavía, pero ya en su esencia empresa de policía interna contra el bandolerismo disperso de las antiguas huestes realistas. No en todas las acciones de la guerra a muerte estuvo Bulnes presente, ni podía estar por doquiera en el territorio inmenso en donde la sangre corría simultáneamente de focos separados; pero su nombre no falta en ninguno de los encuentros que tuvieron en la guerra una influencia decisiva.

Los sucesos finales de la guerra a muerte están entrecortados en la historia por una trascendental mudanza en la vida de la nación, de la cual Bulnes se mantuvo ausente por propia voluntad.

Al ver acercarse la guerra a desenlace, las poblaciones del sur hicieron el balance de esos años de trastorno, del horrendo sacrificio de halagos, bienes y vidas que cada familia ofrendó a la causa nacional, como siempre les cupo en los siglos pasados; del escaso e intermitente apoyo que la capital pudo dispensar al resguardo de la Frontera; meditando en aquello y viendo reinar la miseria y el duelo en todos los hogares, talados los campos, perdidos los rebaños, carbonizadas las viviendas en aldeas y campos, brotó en el sur esa acusación precipitada pero inevitable

que, en todas las grandes crisis, busca una víctima a quien inmolar. El carácter vehemente del jefe del ejército del sur, el general Freire, acicateado por el abandono intencionado de que creía víctima a sus tropas de parte del gobierno nacional, no era extraño al descontento ni hacía nada por apagarlo. Expiraba el año 1822, y ya la revolución contra O'Higgins estaba en marcha, y ya era Freire su caudillo predestinado.

Las restantes provincias se sumaron al movimiento, porque la Expedición Libertadora del Perú tenía trastornada la economía fiscal y la privada, porque el ministro Rodríguez Aldea, brazo fuerte del Director Supremo, era blanco, por su carácter, de general odiosidad; porque, finalmente, la mal madurada Constitución Política de 1822 creó en las provincias susceptibilidades.

Cuando Freire resolvió poner sus tropas al servicio de la revolución, escribió a Bulnes atrayéndole a la empresa; pero el joven oficial repugnaba los motines internos cuando el régimen contra el cual se dirigían había buscado por sobre todo el bien de la colectividad, y declinó la invitación optando por continuar en su oscuro destacamento de Yumbel.

Y hay que anotar, en elogio de Freire, que esta actitud del subalterno no cambió su apreciación, pues a poco de asumir el mando, escogió su nombre como el más adecuado para asumir la gobernación de Talca y restablecer la tranquilidad de la región, asolada nuevamente por el bandolerismo.

En agosto de 1823, Freire ascendió a Bulnes a teniente coronel.

Al reanudar, tras este breve intervalo, los hechos del sur, los soldados chilenos se encuentran en persecución de las últimas partidas. Las encabezaban los tres Pincheiras sobrevivientes, antiguos campesinos del partido de Chillán, baquianos de sendas, ríos y pasos cordilleranos, jinetes que

apenas se desmontaban y en todas partes aparecían conduciendo sus huestes al saqueo y al incendio de las poblaciones. Fueron esos hombres el terror desde el Maule al Nuble, asolaron alguna vez en la provincia de Mendoza, y hasta se habían atrevido a mostrarse en San José de Maipo, en amenaza próxima a Santiago.

Nombrado en 1826 el general Borgoño para el comando del ejército del sur, y con instrucciones del gobierno de acabar con las bandas de los Pincheiras, hizo de su ejército tres divisiones y encomendó una de ellas al teniente coronel Bulnes; las tres divisiones, marchando por derroteros distintos, debían reunirse en la cordillera del Yeso. Bulnes cumplió con la cita en el día determinado, a pesar de los encuentros que hubo de sostener.

En 1828, una nueva expedición confiada por Borgoño a Bulnes, ahora coronel, cayó sobre el campamento de los Pincheiras con tal fortuna, que pudo regresar llevando consigo trescientas personas libertadas del cautiverio.

Y finalmente, Bulnes, ya general, aparece en 1831 nuevamente en los campos del sur y logra sorprender a los caudillos mismos de las guerrillas en su campamento de Pulanquén, y coge y fusila a Pablo Pincheira, penúltimo de los cuatro hermanos. El último sobreviviente, José Antonio, se presentó poco después en Chillán al general, obtuvo su perdón y su retiro a la vida privada. En Pulanquén alcanzaron la libertad mil mujeres que habían permanecido en cautiverio lascivo.

Así desaparecieron de Chile, arrebatados por manos de militares profesionales, los jirones restantes del poder español que, al través de los años, pasó de manos tan dignas como las de sus adversarios, a otras cada vez más envilecidas.

Para hacer más sensible la personalidad total de Bulnes, de quien en este período sólo hemos conocido las empresas militares, cabe aquí reproducir el retrato que de él hace Barros Arana:

“Aunque amistoso con muchos de sus compañeros de armas, residiendo casi siempre en los campos, y por tanto, privado de las distracciones sociales de las ciudades, Bulnes no había tomado los hábitos, o si se quiere, los vicios de la vida militar en aquellos años. No bebía, ni jugaba, ni nunca tomó parte en tumultos ni desórdenes de cuartel, señalándose, por el contrario, por su apego a la subordinación y la disciplina.

“En los libros de la tesorería general hemos visto un dato que constituye un elogio de ese oficial. Bulnes no recibía en el sur más que la mitad de su sueldo, que no era crecido, para que la otra mitad se pagara a su madre, doña Carmen Prieto, hermana del General que fué Presidente de la República. Esta señora había quedado en Chile en cierto desamparo, por cuanto su marido había partido al Perú con otros jefes realistas, y muerto allí, dejando sin esclarecer sus derechos a ciertos bienes hereditarios en la provincia de Concepción.”

IV

ESPADA DEL ORDEN POLÍTICO Y DE LA SEGURIDAD EXTERIOR

CONCEPCIÓN no podía entender la evolución política del país desde que O'Higgins dejó el mando. Ni siquiera le habían mostrado los dirigentes del juego santiaguino, en los seis años corridos hasta 1829, una forma madura y definitivamente concebida en reemplazo de aquella mantenida por O'Higgins en los seis años anteriores. Lo que los dirigentes de Santiago, apoyados en la indisciplinada guarnición de la capital, habían impuesto al país desde 1823 era una sucesión de ensayos contradictorios y efímeros que Concepción toleraba con asombro. Con asombro y con esa vacilación supersticiosa que los amantes del orden tradicional experimentan ante los programas renovadores y ante los tribunos de verba caldeada. Porque Santiago era un areópago en que se barajaban con soltura ideas de reciente data y ejemplos de pueblos avanzados en este o en otro continente, y Concepción seguía siendo la agrupación disciplinada, el campo de trabajo rudo y el hogar de familias que, en mérito del orden aceptado, gozaban de libertad hasta donde les era apetecible.

Algunas de las formas de gobierno ensayadas por la capital con esplendor ideológico tenían que ser gratas a provincianos: el intento federalista de 1826, que cercenaba la prepotencia de Santiago; el liberalismo de 1828, que dejaba en pie instituciones creadas por la tendencia federal malograda.

Otros fenómenos debían repugnarle: la anarquía militar que a trechos levantó caudillos, los cuartelazos movidos por la infiltración de la política personalista en las filas.

Pero éstos y aquélla dejaban en Concepción sabor de desaliento; no era para eso que se había vertido a torrentes la sangre en la Frontera; no se merecían ser precio de experimentos los bienes y los hogares del sur. No había para qué prestar de base regímenes adventicios a una sociedad moldeada en viejas costumbres propias. Alguna culpa en el desquiciamiento espiritual se reconocía Concepción, y O'Higgins no habría sido obligado a la renuncia a no mediar el concurso dado a Freire por el ejército del sur. Y aun así, no era esto que pasaba en Santiago lo que Concepción entendía.

El divorcio ideológico entre la ciudad cabecera del sur y la capital de la República había hallado estímulo constante en el abandono del ejército de la Frontera por parte del gobierno, de que se quejaron una y otra vez los sucesivos jefes militares; desde Freire, el más impaciente, cuyos oficios solían olvidar el tono usual del subalterno, hasta Prieto, que hacía presente, en las vísperas del conflicto que va a ocuparnos, el atraso de ocho meses en el pago de los sueldos, el clamor se repite.

Y hay que advertir, para apreciar el estado de ánimo general de Concepción con respecto a Santiago, que el retardo en pagos y remesas no sólo afectaba a los hogares de los servidores del Estado, sino que repercutía gravemente en todo el vecindario civil: la riqueza particular estaba arrasada por la guerra sin término, y el comercio vivía de los sueldos de los funcionarios y del rancho de las tropas.

Los gobernantes de la capital habrían podido exhibir en su defensa los trágicos balances del erario fiscal, pero esa excusa palidecía ante el cargo de anarquía política y de incapacidad de manejo que las provincias formulaban

a los dirigentes sucesores de O'Higgins. La vida de Santiago, mirada desde Concepción, era una orgía de irresponsabilidad, y la orgía pareció culminar en 1829.

Los liberales, dueños del poder y resueltos a perpetuarse en él, violaron ese año la Constitución que acababan de promulgar; a lo menos aplicaron en el silencio de la letra un espíritu que no era el de ella: haciendo a su amaño el escrutinio de la elección de vicepresidente de la República —la de presidente no admitía dudas y favorecía a los liberales— y desconociendo las mayores cuotas de votos de otros candidatos favorecidos en las urnas provinciales, ungieron vicepresidente de la República al más desfavorecido en las listas, que era uno de los suyos.

Ese Congreso, del cual se había apoderado la facción más audaz y desmoralizada de los partidos avanzados, atropelló también los fueros de Concepción, rechazando por una triquiñuela legal, y con el fin de restar votos a la oposición, los poderes del senador elegido en esa ciudad. Era esto avivar los leños chisporroteantes.

Y no pueden tildarse de argucias de la oposición las infracciones constitucionales de que se acusaba a los poderes públicos santiaguinos: el propio presidente recién elegido, el general don Francisco Antonio Pinto, liberal de filiación indiscutible, ilustrado como ninguno, honesto y de largos servicios a la República, repudió el cargo mal nacido, y conminado por el Congreso a asumir sus funciones, dijo a los legisladores estas palabras que eran la más alta acusación:

“No insisto en mis enfermedades habituales. No invoco el principio incontestable de que toda grave responsabilidad debe ser voluntariamente contraída. En otras circunstancias, habría renunciado gustoso este derecho. Motivos de un orden superior me hacen imposible hacerlo. Algunas de las primeras operaciones del Congreso adolecen en mi concepto de un vicio de legalidad que, extendiéndose necesariamente a la administración que obrase en

virtud de ellas, o que pareciese reconocerlas, la haría vacilar desde sus primeros pasos y la despojaría de la confianza pública. No me erijo en juez del Congreso. Lo respeto sobremanera. La inteligencia que doy a la Carta Constitucional será tal vez errónea, pero basta que en un punto de tanta importancia difieran mis opiniones de las del Congreso, basta que entre los principios que la dirigen y los míos no exista aquella armonía sin la cual no concibo que ninguna administración pueda ser útil; basta sobre todo la imposibilidad de aceptar la Presidencia sin aparecer partícipe en actos que no juzgo conforme a la ley, para que me sea lícito, si no obligatorio, el renunciarla.”

Santiago había desatado la revolución.

Las autoridades de Concepción declararon nulos todos los actos del Congreso, y el ejército de la Frontera, desde su cuartel general de Chillán, en deliberación de sus jefes superiores, y entre ellos Prieto, Cruz y Bulnes, ofreció el apoyo de la fuerza armada al acuerdo de las autoridades civiles.

El 25 de octubre de 1829 salía de Chillán la vanguardia de caballería, comandada por el coronel Bulnes, en dirección a Santiago.

Las fuerzas del gobierno, muy superiores en número y en armamentos a las que componían el ejército del sur, sufrían el contagio de la anarquía ambiente. Los grupos revolucionarios de Santiago, que eran muchos y con hábiles caudillos civiles —Rodríguez Aldea, Meneses, Benavente, Gandarillas, fogueados todos en la vida política, y un improvisado caudillo máximo, don Diego Portales—, ayudaban a mantener la confusión de generales, jefes y oficialidad ajenos al movimiento de las tropas del sur. Gobierno y comités revolucionarios explotaban a la par el nombre de Freire, y atraían al general de uno a otro bando halagando su patriotismo y su ambición. Se produjo al fin en Santiago pluralidad de gobiernos y también pluralidad de jefaturas militares, mientras la vanguardia

de Bulnes se acercaba a la capital seguida del grueso del ejército, y mientras la revolución santiaguina tomaba enlace, personificada ya en Portales, con la revolución del sur.

Cabe en este punto un paréntesis aclaratorio de algo que ciertos publicistas liberales han solido recoger y que arroja sombras sobre el ejército revolucionario, y muy en especial sobre el nombre del jefe de la vanguardia, tan a cubierto en el sentir unánime de cargos de atropellos al derecho privado.

Floreció en comentarios campesinos y trascendió a las poblaciones, y de ellas a la capital, y del comentario verbal al escrito, la leyenda odiosa de "la Partida del Alba". Se decía que la vanguardia del ejército del sur traía a su servicio, para requisar ganados, frutos y provisiones, una banda de forajidos reclutados en Curicó, muchos de ellos salteadores profesionales de la muy mal afamada comarca de los Cerrillos de Teno; y se atribuían a esta banda, que incursionaba al término de la noche, no sólo tales requisamientos, sino también saqueos y asesinatos.

Barros Arana recogió también el tenebroso episodio de la "Partida del Alba", pero hombre ponderado y sagaz, entrevió lo que de cierto había en la leyenda. Dice:

"Encargada de adelantar los reconocimientos sobre las posiciones de las tropas enemigas, y de procurar víveres y forrajes para la vanguardia que mandaba el Coronel Bulnes, la partida del alba, que adquirió este nombre por la práctica de dar sus asaltos al venir el día, cometió excesos deplorables en el desempeño de esa comisión, y dió origen a que se le atribuyeran las fechorías de bandas de desalmados y malhechores que, aprovechándose de la perturbación consiguiente a ese estado de cosas, se entregaban al vandalaje en los campos y hasta en los mismos pueblos."

La verdad de los hechos de la partida del alba, que alcanzó a entrever Barros Arana, consta del siguiente ofi-

cio de Bulnes dirigido al subinspector de Guardias Nacionales, que era el propio intendente de Santiago, autoridad máxima residente en la capital en ese momento de acefalía de gobierno:

"Campamento y Noviembre 17 de 1829. El Jefe de la vanguardia del ejército protector de la Constitución y de la libertad no tiene en la división de su mando partida alguna con el nombre de el Alba; tampoco tiene noticia de que se haya atacado la propiedad de ciudadano alguno por las partidas volantes, y observa tanto celo en esto, que hizo devolver seis caballos tomados sin su orden. Lo que únicamente ha hecho hasta ahora, con no poco dolor, es tomar chacras para alojamiento, y algunos animales vacunos para el rancho de la vanguardia; por práctica lo mismo la División situada en Ochagavía, y tendrá que continuar así mientras tiene alojamiento en la Capital, y los sueldos que le corresponden, de cuyos fondos pagará a su tiempo. Si se le especificase cuáles son esos ataques a la propiedad, lo averiguaría y contestaría sobre ello: entiende que sea una voz vaga, como tantas que se fraguan para trabajar en vano contra el crédito, objetos y buena comportación de esta vanguardia, a quien de un modo jamás visto en un Gobierno Republicano se ha atacado la propiedad más sagrada, la base de todas las garantías, la libertad de publicar sus pensamientos por la imprenta, pues le es trascendental la prohibición que se ha hecho en la Capital por los que la gobiernan de hecho; y todavía ha suspendido el juicio el Jefe de esta vanguardia para no dar crédito a los que aseguran que el señor Intendente fué ejecutor de esa orden, cuando la Constitución le prohíbe cumplir las que se opongan a ella.

"El que suscribe deja contestada la honorable nota del señor Intendente. Sub-Inspector de Guardias Nacionales, y lo saluda cordialmente.

"MANUEL BULNES."

El 14 de Diciembre el ejército de Prieto se trabó en combate, a las puertas de Santiago, en los terrenos de Ochagavía, con las fuerzas del gobierno, que mandaba en

jefe el General de la Lastra. A pesar de la superioridad del segundo, una carga de caballería de los Granaderos de Bulnes decidió las expectativas de victoria para las tropas del sur; el combate inconcluso tuvo el más extraño de los desenlaces, y en este punto oscuro de la historia cabe hacer otra rectificación.

Es afirmación corriente de los publicistas refractarios a los principios de la revolución de 1829 que, aprovechando el éxito de la caballería de Bulnes, Prieto inició un avenimiento con el General adversario y, aceptada por éste la proposición, se reunieron ambos en las casas de Ochagavía, y en medio de la conversación, Prieto ordenó el apresamiento de los jefes liberales; mediante esa traición o violencia se habría concertado el armisticio y quedaron aceptadas las proposiciones de Prieto. ¡La explicación arroja vergüenza sobre uno y otro bandos!

Un testimonio directo, no publicado aún, traslada de Prieto a los adversarios el cargo que ha quedado estampado o latente muchas veces sobre aquél. En unas Observaciones privadas del distinguido político don Enrique Tocornal a la obra "Portales" de don Carlos Walker Martínez, manuscrito que guarda el eminente hombre público don Juan Enrique Tocornal, se critica que el biógrafo haya acogido también la falsa leyenda, y dice:

"Pregunté yo una vez al General Bulnes que me explicara los sucesos de Ochagavía, y me los refirió del modo siguiente:

"En Ochagavía, yo casi fui víctima de la mayor de las infamias. No le diré el nombre del traidor, porque todavía vive y no quiero que se conozca. Entonces era un Capitán; ahora figura en grado más elevado y yo jamás he tomado venganza de él.

"En Ochagavía, di yo una carga y derroté las tropas de Lastra que encontré en mi camino. Desorganizadas las tropas que mandaba Lastra, el General Prieto, para evitar la efusión de sangre, provocó el armisticio; se hizo el tratado; pasó Lastra a visitar al General Prieto en las casas de Ochagavía; los de Lastra nos gri-

tan: vengan, que todos somos amigos; nos acercamos, y cuando estábamos a quemarropa, el Capitán cuyo nombre no quiero revelar mandó hacer una descarga sobre nosotros. Salvamos milagrosamente; al ruido de los tiros vienen nuestros soldados, yo les contuve para que no rajaran al infame que ordenó la descarga, y corrí a dar parte al General Prieto.

"General, le dije, estos infames han querido asesinarme; nos llaman como a amigos, nos acercamos con sable envainado y cuando estábamos a quemarropa nos han hecho una descarga. ¿Qué confianza podemos tener en estos traidores?

"El General Prieto interrogó a Lastra sobre esto; Lastra le respondió que nada sabía, y entonces fué cuando Prieto le dijo: General, Ud. queda como mi prisionero...

"Lastra no aprobó la infamia...

"Cuando el General Bulnes hacía la relación de su carga de caballería en Ochagavía, D. José Antonio Alemparte que se encontraba presente, interrumpió: Yo te acompañé en la carga...

"Alemparte confirmó la infame traición cometida con Bulnes. Prieto, agregó, no pudo entregar el mando del ejército porque habría sido como vender a todos los que le acompañábamos. Lo que hicieron con Manuel lo habrían repetido con cada uno de nosotros..."

Por el convenio suscrito en Ochagavía, Freire quedó encargado del mando político interino de la República, con encargo de convocar a elección de una Junta Gubernativa cuyos miembros diesen garantía a todos los bandos, y que llamase a elecciones de un Congreso de Plenipotenciarios. Freire asumió el mando, decretó la disolución de las fuerzas en armas y designó una Junta que presidiera, en reemplazo de él, la jornada electoral. Pero los liberales quedaron descontentos de la composición de la Junta, y Freire citó a elección al vecindario, el cual, con la abstención del liberalismo, varió algunos de los nombres componentes de la Junta.

La guerra civil se reinició entonces por el otro bando.

Freire, disgustado ya con los liberales, se disgustó también con Prieto y con la Junta. Era de nuevo el caos. El 17 de Enero de 1830 el ejército de Prieto ocupó a Santiago, y habiendo Freire intentado quitar el mando a aquél, Prieto se apoderó del cuartel de artillería de la capital, y Freire debió abandonar la ciudad.

En los dos últimos días de Enero, Freire se embarcó con las tropas gubernistas rumbo a Coquimbo, y de allá regresó a mediados de Febrero para emprender las operaciones por el sur.

Entretanto, la Junta de Gobierno tenía nombrado a Prieto general en jefe del ejército nacional, y había reunido un Congreso de Plenipotenciarios; el Congreso declaró nula la elección presidencial de 1829, que fué la causa inmediata de la guerra civil, y designó Presidente a don Francisco Ruiz Tagle y Vicepresidente a don José Tomás Ovalle, en calidad de transitorios y con cargo de convocar a elecciones definitivas el año siguiente. Pero Ruiz Tagle creyó pronto oportuno entrar en tratos de conciliación con Freire, y disgustado Portales, que salía cada vez más a la cabeza de los acontecimientos, empujó a Ruiz Tagle a la renuncia, y así el mando quedó en el Vicepresidente Ovalle.

A mediados de Abril, los dos ejércitos se encontraron frente a frente en Lircay, en las vecindades de Talca, y como tantas otras veces, la carga de la caballería de Bulnes sobre las tropas de Viel decidió la acción.

Lircay marca el punto de partida de la evolución más trascendental en la historia de la República de Chile: el fin de la larga anarquía ideológica, el comienzo del orden conservador, la autoridad creadora del Ministro Portales, la Constitución de 1833 que rigió casi un siglo, la ejemplar sucesión de quinquenios presidenciales durante sesenta años, la vuelta del ejército a los cuarteles, la administración austera de una hacienda pública mejorada, la excepción de una democracia orgánica chilena en el amor-

fismo sangriento sudamericano, la capacidad de derribar un imperialismo amenazante al otro lado de las fronteras nacionales.

Lo que Lircay establece es el espíritu sensato de Concepción, genialmente impulsado por la máxima figura de estadista de nuestra historia, que ascendió de la revolución santiaguina.

Hemos dicho que Lircay marca el comienzo del orden conservador, y se hace menester aclarar el concepto, pues hemos de llamar también orden conservador el mantenido por Bulnes en su decenio. El conservatismo de entonces no corresponde exactamente al programa de ningún partido político que, antes o ahora, se haya dado el nombre de conservador. La oposición de entonces tildó a los hombres del nuevo régimen de pelucones, para desprestigiarlos ante la masa tosca con un epíteto que, evocando las clases sociales de la Colonia, les marcaba de retrógrados. En nada inspiraban a los hombres del nuevo régimen los prejuicios vetustos. El conservatismo de 1829 a 1851, que es la época que a este libro interesa, era una reacción mecánica de defensa del cuerpo social ante ideólogos y demagogos, una concentración de sensatez y moderación del más variado contenido humano. Abonan esta aclaración las palabras de un crítico macizo de la historia política chilena, don Alberto Edwards:

“Por conservador no se entendía entonces «clerical» ni siquiera «católico». Muchos de los pelucones eran indiferentes en religión o librepensadores francos: su tendencia esencial era el respeto por la Constitución de 1833 y por el orden de cosas creado por la reacción aristocrática y autoritaria de 1830. La palabra «liberal» sólo muy rara vez se empleaba entonces para designar a los pipiolo. En cambio, aun los conservadores más ultras solían decirse liberales, esto es, «hombres respetuosos de las leyes y tolerantes con sus adversarios»; era más bien una cualidad moral que un principio político.”

La guerra civil de 1829 y 1830 es un paréntesis de la vida de Bulnes en sus campañas de la Frontera, paréntesis que quedó abierto en el capítulo anterior como hechos pertenecientes a otra etapa que se inicia en su existencia y que había de llevarle a empresas superiores. Después de Lircay, vuelve Bulnes a la Frontera, y allí desarrolla las operaciones que terminaron con los Pincheiras, materia del capítulo precedente.

Tiempo después, el 8 de Febrero de 1838, el Presidente Prieto, que regía constitucionalmente desde 1831, nombró a Bulnes General en Jefe de la Expedición Restauradora del Perú. Era la misma empresa encargada a Vidaurre anteriormente y echada a tierra por la traición; de su éxito dependía ahora como entonces la seguridad de la nación y en grado mayor todavía dependía el progreso alcanzado en siete años de gobierno eficaz.

En breves líneas, fueron éstos los acontecimientos generadores de la campaña. El 28 de Octubre de 1836 un hábil mestizo boliviano, el Mariscal don Andrés Santa Cruz, declaró oficialmente establecida una nueva entidad política sudamericana, con el nombre de Confederación Perú-Boliviana, cuya cabida encerraba dos repúblicas independientes hasta entonces: Perú y Bolivia, fronteriza una de Chile y vecina inmediata la otra. Era una construcción nacida de la ambición personalista del caudillo, forjada por la intriga paciente en los dos pueblos, en uno de los cuales tenía su patria de origen y a cuya independencia se excusó de servir, y en otro en que actuó en las campañas de su independencia; la construcción se había levantado de los campos de batalla en que Santa Cruz venció a los generales peruanos que se disputaban el poder en la patria que era de ellos.

Lo que Santa Cruz aprovechó, considerado el aspecto más profundo de estos sucesos, fué el amorfismo político en que el Perú y Bolivia quedaron al lograr la independencia. El Alto Perú no era una entidad claramente autó-

noma en el régimen colonial; la gobernaba una Real Audiencia, excepcionalmente brillante entre las del continente, pero en lo político estaba el Alto Perú subordinado a uno y más tarde al otro de los Virreinos vecinos. Por su parte, el Perú hubo de ser independizado por libertadores forasteros, y terminada la liberación, el país que había disfrutado del mayor esplendor bajo el régimen monárquico tardó más que ninguno en acomodarse al destino alcanzado; era el fenómeno obligado para la porción continental que menos quejas tenía contra el régimen sustituido y en donde menos había podido prepararse una nueva clase dirigente.

Los sueños imperialistas de Santa Cruz tendían, ayudados por el amorfismo subsistente, a la recomposición del antiguo Virreinato, cuyo espíritu latía aún en las poblaciones, de suyo rutinarias, y tendían también a la absorción de otras porciones vecinas, y a la anulación o al debilitamiento de aquéllas que no pudiese absorber. Le era necesario, para afianzar la construcción enorme, arrebatarse a Chile el predominio comercial del Pacífico, que Portales había logrado atribuirle con el impulso dado al puerto de Valparaíso; recargando en aduanas peruanas las mercaderías chilenas, y quitando a Valparaíso la centralización del comercio de tránsito europeo, que era desde aquí redistribuido a los puertos occidentales de América, todo el progreso forjado en Chile por Portales quedaba detenido. Y ésa fué la política de Santa Cruz.

“¡Este cholo nos va a dar mucho que hacer!”, fué el escueto comentario de Portales al recibir la noticia de que Santa Cruz había derrotado en Socabaya al último jefe nacionalista peruano, y desde ese momento preparó la agresión militar contra la Confederación, secundado y urgido por peruanos eminentes expatriados en Chile y humillados por el yugo extranjero del Perú.

Le dió que hacer al gobierno chileno Santa Cruz, en realidad, y su mano estuvo a la vista en el fracasado in-

tento de perturbación constitucional del General Freire que, expatriado desde 1830 en el Perú, escuchó las voces de sirena de Santa Cruz y sus secuaces peruanos y se embarcó hacia Chile en dos buques armados en guerra con el apoyo del caudillo vecino. Malbaratada la empresa y enjuiciado el prócer revolucionario, la intervención de Santa Cruz se agregó a las cuentas pendientes que imponían la guerra.

La resolución era temeraria: un país de un millón de habitantes acometería a dos países que sumaban cuatro millones; con un presupuesto fiscal de dos millones de pesos se atendería una guerra ofensiva en territorio de dos países que disponían de siete millones de entradas fiscales; con un ejército de tres mil plazas de dotación normal, se haría una campaña en contra de fuerzas que en tiempo de paz sumaban once mil hombres; y finalmente, una escuadra compuesta de un bergantín y una goleta se mediría con la de ocho naves que movilizaba el Protector.

Así y todo, anulando previamente la desproporción de la escuadra por métodos irregulares, que debieron originar la declaración de guerra por parte de Santa Cruz y no la originaron, Portales preparó la expedición militar desde el mismo año 1836.

Al fin, el 2 de Junio de 1837 Portales subió al birlocho que le conducía a revistar las tropas expedicionarias acantonadas en Quillota. La guerra estaba declarada por Chile desde el 26 de Diciembre anterior; la escuadra obedecía a las órdenes del Almirante Blanco Encalada, y las tropas se embarcarían, pasada la revista, a las órdenes del Coronel Vidaurre.

Al elegir a este jefe, Portales desató el más horrendo crimen que registra nuestra historia: era Vidaurre de pasta de traidor, discolo y revolucionario inveterado, mirado con recelo por los elementos sanos y disciplinados del ejército, que bien le conocían. Al subir Portales al bir-

locho, los rumores de traición inminente circulaban doquiera; Bulnes mismo, que no se contaba entre los íntimos del Ministro, a pesar de las elogiosas referencias que de él se encuentran en las cartas de aquél, previno a Portales, en las vísperas de partir a Quillota, el destino que se preparaba. Pero Portales tenía fe en sí mismo y en su conocimiento de los hombres, y aunque no bien seguro esta vez al parecer, se negó a retroceder en el camino empezado.

La traición se consumó, y el 6 de Junio un pelotón de desalmados terminó en las alturas de Valparaíso con la vida del organizador de la República.

Pasada la conmoción de la tragedia, el gobierno de Prieto llevó adelante la tarea interrumpida, y en Setiembre del mismo año partió de Valparaíso la expedición mandada por el Almirante Blanco Encalada, que llevaba de asesor al talentoso y pérfido guatemalteco Irisarri.

A los veinte días de navegación, la escuadra tocó en el puerto peruano de Quilca, y desembarcado el ejército, empezó el avance hacia Arequipa. Fué una marcha penosa por médanos y arenales, y un mes duró la inacción en la blanca ciudad, sin asomos del enemigo. En vez de tropas, aparecieron al fin parlamentarios, y Blanco Encalada, débil numéricamente ante las cifras de tropas fantasmas que le anunciaban en marcha y podían cercarle si llegaban, faltó de colaboración de elementos peruanos con que creía contar a su sola aproximación, trabajado por las argucias de un mentor amigo de Santa Cruz, como era Irisarri, dejó a un lado las instrucciones terminantes que llevaba de su gobierno y aceptó la celebración de un armisticio de una guerra no empezada.

Así se llegó al tratado de paz de Paucarpata, solución irrisoria de un conflicto vital para el porvenir de Chile: por sus cláusulas, se permitía al ejército chileno reembarcarse sin haber peleado, a los dos meses de partir de Valparaíso; se dejaba intacta la Confederación, y más fir-

me sobre ella el Protectorado personal de Santa Cruz, reconocido ahora con la firma del plenipotenciario chileno en el tratado.

El 15 de Diciembre de 1837 llegó a Valparaíso la noticia del convenio, y el 16 otro barco trajo al Almirante, quien pudo advertir al punto la indignación unánime del vecindario y de la prensa, y el clamor popular que pedía la reiniciación inmediata de la guerra. Dos días después, el Presidente Prieto declaró, por decreto supremo, nulo el tratado y anunció la pronta reanudación de las hostilidades. Blanco Encalada redactó en un folleto su Defensa y ofreció someterse a un Consejo de Guerra; por muy ilustre que fuese el Almirante, y por más que se añadiese al recuerdo de sus glorias navales el de haber desempeñado la Presidencia de la República, el gobierno se vió obligado a entregar a la justicia militar la apreciación de su conducta; el Consejo de Guerra y la Corte Marcial absolvieron al prócer infortunado.

En cuanto a Irisarri, prefirió no regresar a Chile; no se sentía ciudadano obligado de esta patria, dentro de la cual había servido las más altas funciones hasta la de Director Supremo, él que se proclamaba ciudadano de América; y ya que Santa Cruz no podía sino estar mucho más grato que Blanco Encalada a su intervención en el conflicto, optó por allegar su futuro a la sombra de Santa Cruz y por echar a correr su pluma en planfletos y periódicos difamadores de Chile. Fué aquí acusado ante la Corte Suprema y condenado en rebeldía a "las penas de la ley", expresión genérica desusada en los tribunales, vacía por no determinar cuáles eran las penas aplicables en este caso, y adecuada por su infinitud a la burla inmensa de la confianza de Chile y del Almirante depositadas en él.

Volviendo el relato biográfico de Bulnes al orden cronológico, vimos que el 8 de Febrero de 1838 llamó el gobierno de Prieto al joven General al mando en jefe de una nueva Expedición Restauradora que lograrse los fines.

No repetiremos el relato de la campaña que terminó con la victoria de Yungay y con la destrucción definitiva del Protectorado, con la restauración del Perú soberano y el confinamiento de Bolivia a sus antiguos límites; todo esto es materia de trabajos históricos especiales y ampliamente conocidos; hay otro aspecto de la empresa mucho más honroso aún para la nación chilena y para el jefe que la representó.

De la campaña diremos solamente que el gobierno de Chile levantó un ejército de 5.400 hombres; que se alistaron nuevamente bajo banderas chilenas los próceres peruanos refugiados en Chile desde el sojuzgamiento de su patria, aquel don Ramón Castilla entre ellos que fué en la juventud socio del joven Bulnes en Talcahuano, y el Mariscal Gamarra, que en esos días de partir la Expedición había llegado a Chile desde su anterior asilo en el Ecuador; que el 6 de Julio se embarcaron en Valparaíso con rumbo al Perú las últimas tropas que conducía un convoy de veintiséis transportes; que el 7 de Agosto desembarcó la Expedición en la costa norte del Perú, en el puerto de Ancón, y que el 21 de Agosto las tropas chilenas, después de breve combate con tropas peruanas, hicieron su entrada en Lima, y que inmediatamente y por ser de un bando peruano sumiso al Protector los prisioneros y no del ejército del Protector mismo, el General chileno los puso en libertad. En Lima permaneció el ejército expedicionario sin avistar la presencia del enemigo, que se mantenía en el interior del territorio; eso sí, rodeado de fuerzas hostiles simpatizantes con Orbegoso, que era el mandatario peruano que en 1833, y para triunfar de otros caudillos compatriotas rivales, introdujo a Santa Cruz en la anarquía peruana y le facilitó el logro de su ambición sojuzgadora; las tropas de Orbegoso consideraban mayores enemigos a Chile y a Gamarra que al amo Santa Cruz. Agregaremos que el 8 de Noviembre, cansado de una inacción desmoralizadora, Bulnes sacó al ejército de la

capital para internarse con él audazmente en la sierra peruana, en el imponente Callejón de Huaylas que tan bellamente describe nuestro historiador Sotomayor Valdés:

“Es éste un valle profundo que, encajonado entre la Cordillera de la Costa o Montañas Negras al occidente y la Cordillera de los Andes al este, atraviesa de sur a norte, por espacio de más de sesenta leguas, todo el territorio del departamento de Huaylas (hoy de Ancachs). Según se aproximan o apartan estas dos cordilleras, el valle se estrecha o se ensancha en la escala de dos hasta ocho leguas. A lo largo de este valle corre el río Santa, formado y sustentado de las numerosas vertientes que bajan por las quebradas de los Andes. A entrambas márgenes de este río, están situados diversos pueblos que disfrutan de un clima benigno y de una naturaleza pródiga, entre los cuales sobresale Huaraz, capital del departamento, asentada en la margen derecha; y siguen en esta misma hacia el norte Carhuás, Yungay y Caraz, guardando entre sí distancias cortas y proporcionales (tres a seis leguas) . . . Al sudeste de Huaraz se halla el pueblo de Recuay, y quince leguas hacia el oriente de este lugar el pueblo de Chiquián, que domina y defiende la entrada sur del Callejón de Huaylas. La multitud de cerros, contrafuertes que se desprenden de las dos cordilleras mencionadas, forman a los costados del Callejón un dilatado laberinto, que ofrece a la elección de un ejército numerosas posiciones estratégicas, sobre todo para la defensa.”

Por esa entrada sur del Callejón, penetró Bulnes con su Ejército Unido Restaurador, y en el interior de ese largo recinto montañoso se cumplieron los movimientos militares que terminaron con la victoria de Yungay. Porque una vez que el Ejército Unido abandonó a Lima, ocupó la capital Santa Cruz, y tras cierta demora, partió de mala gana al encuentro del enemigo, internándose también en el Callejón con una fuerza próxima a los siete mil hombres. Fingió Bulnes retirarse hacia el norte a lo largo de la quebrada y estudiando entretanto el terreno para elegir el sitio del encuentro; estimuló así a Santa

Cruz a una persecución, y habiendo fracasado el Protector en una nueva proposición de negociaciones dirigida a Bulnes, se dió la batalla en Yungay el 20 de Enero de 1839. Pelearon en la acción 5.267 chilenos y peruanos contra una fuerza de seis mil hombres, hábilmente parapetada en posiciones que podían llamarse inexpugnables, y al término del día, quedó destruída la Confederación y prófugo el Protector.

Pero si son memorables los hechos militares de la campaña, alcanza categoría ejemplar el tono cívico y democrático de los documentos suscritos, desde el comienzo de las operaciones, por el General chileno, y la digna altivez con que Bulnes afrontó las difíciles contingencias políticas y jurídicas surgidas a cada instante de la anarquía peruana, del ambiente protectoral y hasta de los representantes diplomáticos extranjeros, adictos al Protector más que al Perú.

El 5 de Julio de 1838, al embarcarse las tropas en Valparaíso, Bulnes les dirigió una proclama en que decía:

“Digamos un adiós a las costas de Chile, y no volvamos a acordarnos de nuestros hogares, ni de nuestros hijos, ni de nuestras esposas, sino para honrarlos con la vista de nuestros laureles...”

Y a los peruanos cuyo territorio iba a invadir para atacar al usurpador de su soberanía, dijo en otra proclama:

“La independenciam de vuestro hermoso país es el único objeto de nuestras aspiraciones, y vuestra inalterable amistad el único galardón con que queremos coronar nuestras fatigas. Lejos de nosotros la idea de exigir, en cambio de este servicio, que os sometáis a nuestra intervención, que aceptéis un caudillo dado por nosotros, que padezcáis el más ligero menoscabo en vuestra soberanía. No: la imparcialidad en vuestros negocios interiores guiará constantemente la conducta del ejército restaurador, que no quiere

cifrar su gloria en ejercer un reprobado imperio sobre vuestra voluntad, sino en conquistar con su moderación vuestra gratitud y vuestra benevolencia.”

Al desembarcar en tierra peruana, el ejército chileno se encontró ante una situación política imprevista: por aquellos mismos días, el General Orbegoso, que mantenía aún la autoridad subordinada a Santa Cruz sobre el Estado Nor-Peruano, uno de los dos en que el Protector logró partir la unidad nacional para alcanzar el Protectorado, promovió la revolución contra Santa Cruz y la declaración de independencia de ese Estado. El ejército chileno se encontró así ocupando un territorio de apariencia independiente y neutral, contra el cual no regían las hostilidades declaradas por Chile. No habría tenido más que sumar sus fuerzas y recursos Orbegoso al Ejército Restaurador, si efectivamente quería obtener la independencia, ya que solo era impotente contra el Protector. Pero Orbegoso protestó de la ocupación chilena, y se desató en injurias contra éste su aliado natural. Bulnes intentó una y otra vez llamarle a avenimiento; aunque sus instrucciones oficiales le prohibían intervenir en actos de política interna, llegó a ofrecerle, de acuerdo con Gamarra, conservarle en la Presidencia de la República, sacrificándose así las innatas ambiciones de este último. Todo fué en vano; Orbegoso proclamó la guerra contra Chile, en el gesto absurdo de quien se crea un segundo enemigo. En el curso de estas incidencias ocurridas junto con su desembarco, y cuando ya Bulnes hubo de resignarse a no traer a términos de sensatez al General peruano, dijo al gobierno de Orbegoso en comunicación oficial:

“¿Podía yo presumir que cuando una nación amiga concede a otra el tránsito inocente, negarían las costas del Perú su hospitalidad a los amigos entusiastas de sus derechos?... ¿Podía yo presumir que el enemigo del opresor de la República Peruana fuese jamás considerado como el enemigo de la República Perua-

na? Confieso a US. que no alcanzo a percibir los motivos ni la tendencia de esta política.”

Sobrevino un ultimátum de Orbegoso, y entonces Bulnes, fatigado de temporizaciones que impedían a su ejército avanzar en el territorio, contestó declarando su imposibilidad de reembarcarse y de atacar en otra zona a Santa Cruz, por no exponerse al fracaso de la expedición y por no exponer al Estado mismo Nor-Peruano a su recuperación por el Protectorado, y afirmó su resolución diciendo al gobierno de Orbegoso:

“Todo lo que puedo y debo hacer con el gobierno de V.E. es combinar el modo de llevar al cabo la independencia del Perú, que él proclama y que yo defiendo, no por arrogarme la custodia y defensa del pueblo peruano, sino por poner a cubierto la seguridad de Chile.”

Y para no deponer, ni en el momento de las notificaciones irrevocables, el ánimo de sana restauración que inspiraba la campaña, agregó Bulnes:

“Sin esta solución, señor Ministro, la América va a ser testigo de un escándalo, y los pueblos víctimas de unas calamidades de que ciertamente no será responsable quien, como yo, ha agotado hasta la exageración los medios conciliatorios y fraternales, y quien no se ha cansado de repetirse constantemente el amigo del Perú, tanto por su propia inclinación, cuanto por realizar completamente la política de su gobierno... Hablo de este modo conciliatorio y amistoso, al contestar la nota de US., que seguramente no tiene ese carácter, porque quien sepa que tengo a mis órdenes triple fuerza de la que puede oponérseme, no equivocaría con una pusilanimidad degradante el noble principio que guía mi conducta.”

Pero Orbegoso, violento tal vez por la presencia de su viejo adversario Gamarra en el ejército invasor, se negó a toda reflexión sensata, y el 14 de Agosto declaró rotas las hostilidades.

Había que poner orden y jerarquía peruana en el Perú ante tal desquiciamiento, y la fuerza ocupante de la capital garantizó la libre elección que efectuase el vecindario; éste designó a Gamarra Presidente Provisional de la República. Antes de procederse a la elección, Bulnes dirigió al pueblo de Lima una proclama que decía:

"Limeños: habéis presenciado la conducta de mis soldados en los momentos del triunfo; habéis visto a esos mismos soldados, que la impostura os pintaba como una horda de frenéticos bandidos. Os protesto solemnemente que no tendré la menor intervención en vuestros destinos. Sois libres de elegir vuestros gobernantes.

"Limeños: tranquilizaos, volved a vuestras ordinarias ocupaciones, y estad seguros que el ejército de Chile será el sostenedor más firme del orden, y yo el primero en respetar las leyes e instituciones peruanas."

Mientras las tropas chilenas penetraban en Lima, la guerra civil prendió entre los peruanos, y a poco tuvo que afrontar Bulnes otra situación delicadísima: los representantes diplomáticos extranjeros estaban todos de parte de Santa Cruz, pues los gobiernos europeos, a quienes importaba secundariamente la autonomía de cada nacionalidad, dispensaban consideraciones al caudillo boliviano que había convertido en orden la larga anarquía interna del Perú. Hechos pequeños de policía, ocurridos en la capital, o en que intervino por azar gente de tropa, ocasionaban airadas protestas de los representantes europeos al General chileno, y en cuanto al bloqueo del Callao, decretado por él por derecho de guerra, fué desconocido y violentado por barcos ingleses. A una de tales protestas, la del Cónsul francés, motivada por actos del gobierno peruano de Gamarra, Bulnes contestó:

"Yo no puedo, señor Cónsul, concebir bajo qué principios, según qué doctrinas, se dirige una protesta al general de un ejército por las medidas que una autoridad suprema y completamente

independiente del ejército y su jefe, haya dictado, y mucho menos creo que pueda tener apoyo alguno el aserto de que las que se han tomado sin el consentimiento mío, como debe ser, recaigan sobre mí, y por consecuencia sobre el país a que yo pertenezco, por sólo la razón de que mi ejército ocupa la capital."

Cuando los barcos británicos violentaron el bloqueo del Callao, y llegaron hasta a atracar a los barcos chilenos para impedirles movimientos, Bulnes dió la orden al Almirante García del Postigo, que comandaba la flota bloqueadora, de repeler a cañonazos a los ingleses, y si no había otro recurso, de hacer estallar la santabárbara de los buques chilenos. Al ver tal decisión, el representante diplomático de Gran Bretaña optó por procedimientos más respetuosos.

Llegó el momento en que el Ejército Unido Restaurador elegía el sitio de la futura batalla en el Callejón de Huaylas, y es digna también de citarse la proclama de Bulnes a sus soldados al saber que se aproximaba el ejército del Protector, catorce días antes de Yungay:

"Os anuncio un próximo triunfo; él será grande y glorioso, como lo es vuestro valor. Otro esfuerzo más de vuestra parte, y desaparecerá de este precioso suelo la detestada Confederación. Sabéis que he participado siempre de vuestras privaciones, y os daré como hasta aquí el ejemplo, conduciéndoos a la victoria."

Y la victoria quedó lograda; tal cual el General la prometía. Una hora antes de decidirse, ya Santa Cruz abandonó el campo de batalla, y apartándose del Callejón fatídico, tomó rumbo a la costa y se embarcó hacia el sur. Pero su edificio político caía en todas partes, y en la propia Bolivia y en el Estado Sud-Peruano se escuchaban rumores de alzamientos. El 19 de Febrero, un mes después de Yungay, en la misma Arequipa donde empezó su ascensión mediante las logias que iniciaron el desmembramiento del Perú, firmó Santa Cruz su renuncia a la

Presidencia de Bolivia y al Protectorado de la Confederación, y salió rumbo al extranjero.

La vuelta del Ejército Restaurador a Lima lo envolvió en una ola de popularidad y alegría, y pronto empezaron los preparativos de regreso a Chile. Al embarcarse la Primera División, en Junio de 1839, Bulnes la despidió en una proclama:

“¡Soldados! Vais a dejar las playas de un país restituído por vuestro valor al ser y a la dignidad, y vais también los primeros a volver al vuestro gloriosos y triunfantes: todos nuestros votos se hallan realizados...

”¡Soldados! Os debo un testimonio de aprobación y reconocimiento. Llevadle en vuestra noble y generosa conducta, en vuestra unión y constancia, en vuestra moderación, en esas virtudes raras de que habéis dado tantas pruebas, y en esas hazañas que admiran vuestros enemigos, sorprenden a los extraños y llenan de entusiasmo a vuestros conciudadanos.

”¡Compañeros! Para moderar el sentimiento que me queda al separarme de vosotros, aunque por poco, ¡un recuerdo para vuestro general al saludar las playas de la patria!”

El 19 de Octubre el ejército chileno, acompañado de las autoridades y del pueblo de la capital, se embarcó en el Callao, y al partir, se despedía Bulnes, honrado por el gobierno peruano con el título de Gran Mariscal de Ancachs que le incorporó al escalafón de la República vecina, diciendo a los peruanos:

“Las promesas de Chile y las mías se hallan cumplidas y satisfechas. El Presidente de mi República os había dicho: Caigan para siempre los usurpadores americanos, y vuelvan a sus hogares los soldados de Chile, sin dejar en vuestro suelo más recuerdos de la guerra que la amistad que hayan estrechado con vosotros, y el desinterés con que os hayan dejado en el libre ejercicio de vuestra soberanía. Y yo, al pisar las playas de Ancón, os aseguré que venía como el restaurador de vuestra independencia, y como el amigo

más sincero y desinteresado de la nación peruana. Sabéis que he hecho todo lo que he podido para merecer este doble título, y sólo me resta despedirme de vosotros. Unido en adelante al Perú con los vínculos más sagrados, séame permitido hablar de paz y orden en el momento solemne de dejarlo. Sí, amigos, la ausencia de estos preciosos bienes ha causado todas vuestras pasadas desgracias; ellos deben cicatrizar ahora las heridas de la patria, y ser como la base de la nueva sociedad peruana que renace a su sombra; ellos y vuestro patriotismo os llevarán en breve, por el camino de los sólidos adelantamientos y mejoras sociales, a aquel alto grado de prosperidad a que es llamado naturalmente este precioso suelo. Tales son al menos mis vivos deseos.”

Como una síntesis de todo cuanto aquí se ha dicho para exponer el criterio que inspiró a Chile al declarar y llevar adelante la guerra contra la Confederación, reproducimos una carta particular dirigida por Bulnes al General O’Higgins el 20 de Noviembre de 1838, desde Huacho. Ningún otro testimonio alcanza la fuerza probatoria de este documento: a O’Higgins, chileno ilustre, amigo reconocido de la tierra peruana en que vivía su ostracismo, interesado por concertar los términos de un avenimiento antes de llegar a un choque sangriento del grueso de las fuerzas de ambos ejércitos, caudillo a quien Bulnes fué siempre leal, no podía escribirle sino vaciando su más íntimo pensamiento. Dice la carta:

“Mi respetable General y amigo de todo mi aprecio: La paz es un bien tan importante sobre todo para pueblos que se hallan en las circunstancias en que están Chile y el Perú, que es imposible no desearla ardientemente. El Gobierno de Chile la ha querido siempre y la quiere hoy lo mismo, así como sus agentes que satisfacemos en esto no sólo sus instrucciones, sino también a los votos de nuestro corazón; pero hay distintas clases de paz, y cuando se atraviesan intereses vitales para un pueblo, no puede desearse otra paz que la que asegure la existencia y el honor nacional.

“Chile no tiene pretensiones exageradas, y defiende una causa

eminentemente justa, cual es la de su independencia y seguridad, causa que arrastra la simpatía de todos los pueblos americanos, para quienes no hay esperanzas de seguridad, tranquilidad e independencia, si se tolerase la conquista de los Estados vecinos y se reconociese el derecho de irlos, a mano armada o bajo cualquiera pretexto o con cualquier nombre, incorporándolos a un solo Estado.

"Nunca había creído que estábamos más cerca de terminar nuestra contienda por un avenimiento que en las circunstancias actuales. Una sola cuestión grave podía alejar la paz, y ésta parecía terminada desde que el General Santa Cruz había ofrecido pública y solemnemente no violentar a los pueblos del Perú para que adoptasen la Confederación, sino por el contrario dejarlos en completa libertad para decidir de su suerte. Aprovechando esta feliz oportunidad, se ha propuesto por parte del Gobierno de Chile un medio de concluir inmediatamente la guerra admitiendo la misma promesa de aquel jefe; pero he recibido el triste desengaño de ver que un ofrecimiento tan explícito y notificado al universo en los papeles oficiales del Gobierno Protectoral, no debía entenderse en su sentido obvio y como suena, sino de un modo que, en último resultado, significase que los pueblos del Perú habían de querer precisamente Confederación.

"Tomar por base de un avenimiento la promesa formal de que el Perú había de decidir en absoluta libertad de su suerte, y convenirse en que esta decisión emanada de Congresos reunidos por el mismo General Santa Cruz, o lo que es lo mismo, por los jefes que él nombrase, sería una burla indigna de la justicia y circunspección con que debe procederse cuando se trata de la suerte de las naciones. Más justo, y sobre todo más sensato, sería suscribir el reconocimiento liso y llano de la Confederación Perú-Boliviana, que fundar este reconocimiento en una manifiesta ilusión.

"Por parte del Gobierno de Chile, se ha propuesto, para terminar la guerra, el medio de dejar al Perú en libertad retirándose de su territorio los ejércitos beligerantes, y quedando el país bajo la autoridad nacional que debe regirlo, según la Constitución Política que existía antes de lo que se llama Confederación. Dese-

chado este arbitrio, no habrá embarazo por nuestra parte en admitir otro que se le sustituya, y que concilie los intereses esenciales y el honor de ambas naciones.

"Cuál sea éste no se me ocurre por ahora, porque en el que he propuesto sólo encuentro conseguidos estos objetos. Vuelvo a repetir que nos animan los más sinceros y ardientes deseos de paz, y que en cualquiera circunstancia me encontrará usted dispuesto a admitir toda proposición que se me haga sobre este particular, siempre que, como dejo expuesto, sea compatible con los intereses esenciales que Chile no puede abandonar..."

Del modo expuesto en el curso de este capítulo, quedó cumplida por Bulnes la empresa iniciada por Portales, y es prueba del orden introducido en la administración por la revolución conservadora que, fuera de un modestísimo empréstito voluntario y de un arreglo con los deudores morosos, la guerra se costó con las rentas ordinarias de la nación. Los sueldos del Ejército Restaurador y los gastos de su transporte fueron de cargo al Perú, en el interés de cuya soberanía incidía la campaña, y cuyo pago hizo tardío e incompleto el desorden de las finanzas y de la economía privada peruanas.

"Apenas puede ser creído, dijo al Congreso Chileno el Ministro de Hacienda don Joaquín Tocornal. Las rentas nacionales, repito con placer, han bastado para todo... Ellas están libres y descargadas de toda obligación en el interior de la República, de manera que, después de haber desplegado recursos suficientes en una larga y porfiada lucha, la paz vuelve y nos encuentra intactos, y en todo el vigor de nuestras fuerzas."

Y AHORA LA PAZ FECUNDA

EN 1841, terminado su segundo quinquenio constitucional en el cargo de Presidente de la República, entregó el General Prieto en orden y en legalidad orgánica un país anteriormente desquiciado por la inexperiencia gubernativa y por la exaltación ideológica. Debíase la ordenación a ese General enérgico, prudente y sagaz, inspirado en el bien colectivo; a las geniales facultades de su Ministro Portales, y a la elección que ambos hicieron de colaboradores capacitados, por competencia y por ponderación, para conformar una democracia soberana, y entre ellos Rengifo, Egaña, Bello, Tocornal.

El decenio de Prieto dejaba una alta lección política: primer gobierno sustentado por los grupos conservadores, supo mantenerse equidistante de dos extremos del conservatismo a que la época podía inclinar: el militarismo y el clericalismo. El ejército, salvo el paréntesis de la guerra extranjera, vivió consagrado dentro de sus cuarteles al resguardo de la seguridad interna, la de las vidas y las propiedades; frente a la Iglesia, el Estado desarrolló una política regalista, celosa de las prerrogativas tradicionales de Patrono de que el Rey de España gozaba en la administración religiosa de estas tierras.

Aquel heterogéneo conglomerado político que la historia denomina gobierno conservador implantó, pues, un régimen de centro, de autoridad basada en la competencia profesional, en el equilibrio sano de ideales y realidad.

Al acercarse la época de las elecciones presidenciales, fueron perfilándose las candidaturas gratas a cada corriente partidista. La extrema conservadora se agrupó en torno del Ministro don Joaquín Tocornal, y el liberalismo desplazado durante el decenio levantó otra vez el nombre de un respetable adepto del pasado, el General don Francisco Antonio Pinto. Quedó así sin personero el campo central de la opinión ciudadana, justamente de la opinión que aspiró a interpretar el gobierno de Prieto.

El Presidente saliente y su círculo inmediato destacaron entonces ante el país un nombre, el del General Bulnes, que debía atraer la adhesión casi unánime de los hombres de trabajo esparcidos en el ámbito nacional, para quienes la lucha de los partidos era un intrascendente o si no pernicioso fenómeno santiaguino; el nombre de Bulnes recordaba a esos hombres no más que servicios ininterrumpidos en contra de huestes bandoleras, y recientes glorias en tierra extranjera. Se lanzó desde la casa de gobierno la candidatura de Bulnes como un anticipo de la voz ciudadana.

Muchas objeciones, válidas algunas, de mera dialéctica electoral las otras, se esgrimieron contra la nueva candidatura. Fué la primera el parentesco inmediato del presunto sucesor con el mandatario saliente, la apariencia de nepotismo; a esto era fácil dar respuesta con el balance moral de diez años de administración limpios de tal tendencia, e importaba injusticia en una democracia la exclusión del que se consideraba el más adecuado continuador de la obra consumada con aplauso ya general, por la sola existencia de vínculos de sangre con el hombre a quien sucedería. Se dieron también por establecidas la inexperiencia y la falta de ilustración, consiguientes a la vida ruda de campamentos, del hombre de guerra propuesto para candidato; bien le conocerían los hombres que le proponían, ya que la acción de Bulnes en el dece-

nio siguiente demostró la futilidad o el ardid mezquino de tal propaganda. Fué otro de los cargos lanzados contra él el de haber contribuído con su voto de Consejero de Estado, corporación de que entró a formar parte en 1839, a la declaración de estado de sitio de la provincia de Santiago en vísperas de las elecciones parlamentarias de 1840, precursoras e influyentes en la próxima elección presidencial; si hubo error político del gobierno —y hace presumirlo el que la ecuanimidad del propio presidente Prieto vaciló ante la adopción de la medida que iba en defensa suya— excusan al gobierno de entonces la grave indisciplina social y la licencia de prensa reinantes en Santiago, y le excusó posteriormente la regularidad legal con que se verificaron las elecciones, en especial la presidencial, cuyo resultado nadie intentó rectificar siquiera.

La voz liberal de Barros Arana dice de la elección de Bulnes:

“Ante la ley, el triunfo de éste era irreprochable, y casi correspondía a la unanimidad de sufragios, constituyendo al parecer la muestra más brillante y más honrosa de aplauso y de adhesión que un hombre ilustre podía recibir de sus conciudadanos. De los 168 individuos que debían componer los nueve colegios electorales de la República, 154 votaron por el General Bulnes, y esta cifra se estimará mucho más recordando que entre esos electores se contaban muchos, por no decir la mayoría, de los hombres más notables y más prestigiosos del país por sus fortunas, sus antecedentes y sus servicios. El General Bulnes fué, pues, proclamado en el Congreso y aceptado casi en todas las ciudades y campos en medio de fiestas. La elección presidencial, según las palabras de “El Araucano”, había tenido desde sus primeros pasos las condiciones de popularidad que podían darle el carácter de una aclamación popular.”

En la fecha de la transmisión del mando, escribía don Andrés Bello:

“En él (el aniversario patrio de 1841) se va a ver por primera

vez en la América del Sur el espectáculo de un Presidente que, después de dos períodos constitucionales de orden y arreglo, después de haber establecido el imperio de la ley, sometiéndose el primero a este imperio, baja del más alto puesto para cederlo al elegido del pueblo, confundirse entre los ciudadanos o hacerse notar únicamente por el digno y glorioso ejemplo del respeto a las instituciones nacidas y afianzadas bajo su próspero gobierno."

Finalmente, para abonar con otro alto testimonio, venido de campo distinto, la corrección de las elecciones de 1841, cabe recordar el texto de una carta dirigida desde Chile por el general Zenteno a San Martín, en Francia; Zenteno, forjador hábil de las primeras armas que dieron Independencia a Chile, secretario del Libertador en Mendoza, se mantenía alejado por principios de los rumbos del gobierno de Prieto, y no obstante, decía:

"Usted nos felicita porque, despreciando teorías irrealizables, damos ejemplo de orden y de verdadero civismo a todos los demás Estados hispano-americanos. ¿Qué habría dicho usted si hubiera presenciado nuestras recientes elecciones de Presidente de la República? Tres partidos políticos, no facciones, sostuvieron la ley electoral. Pero ¡con qué franqueza, urbanidad y decoro! Nada de coacción, nada de disturbios, ni violencias. La autoridad pública parecía impasible... Hoy mismo ha dado el gobierno la mejor prueba de la marcha conciliadora y franca que se ha propuesto, preparando una ley de absoluta amnistía para todos los que se hallaren expatriados, prófugos o de cualquier modo perseguidos por causa de opiniones políticas. Va a pasar a las Cámaras y su sanción es un hecho."

Esta carta está fechada un mes después de iniciado el gobierno de Bulnes.

Flotaba complacencia, flotaba un espíritu de paz fraterna, en el cual se borraban las enconadas controversias políticas del pasado, juntamente las de la era liberal y las del régimen inflexible de Portales; que si éstas no salieron

a luz pública mientras vivió el omnipotente ministro, se infiltraron muy hondo en los corrillos clandestinos. Quedaban ya pocos recalitrantes a la evidencia del progreso alcanzado por la República mediante la acción ordenadora de Portales; y la reacción ante la traición que le hizo víctima, la explosión de júbilo colectivo por la victoria de las armas chilenas en Yungay, la política conciliadora del presidente Prieto, y la reincorporación a la jerarquía militar de los más meritorios de entre los jefes liberales dados de baja al triunfar la revolución del sur, atraieron en torno del nuevo mandatario la adhesión casi unánime del país. Y Bulnes supo acrecentar la confianza desde su entrada en el gobierno.

Tenía algo de patriarcal la sociedad chilena de la época, y por esta característica, el matrimonio del general Bulnes, concertado y celebrado en las vísperas de su ascensión al poder, trascendió a la nación como una nueva garantía.

Llegó con él a compartir las atenciones sociales de la casa de gobierno la hija mayor del general don Francisco Antonio Pinto, último presidente de la era liberal y candidato que la oposición llevó a las urnas en la elección recién verificada.

La joven doña Enriqueta Pinto Garmendia había visto la luz en Tucumán, de cuya alta sociedad procedía su madre, doña Luisa Garmendia y Alurralde. El hábito de la lectura, que Bulnes no pudo adquirir en los campamentos, enriqueció los años juveniles de la consorte, y le era facilitado por el conocimiento de idiomas extranjeros, escaso en aquellos años. Era el suyo un temperamento austero, reflexivo, independiente, y ameno en el trato social; ya en los salones oficiales, dispensó amistad personal preferente a los sabios o a los hombres de ideas, en misión o de paso en el país; en su archivo particular, conservó hasta sus últimos años correspondencia numerosa de Gay, de Domeyko, de Bello, y guardaba un recuerdo conmovido

de don José Joaquín de Mora, de Mitre, de Pissis; cerca de ella, en la sala de recogimiento de la mansión señorial construída por su marido y que habitó hasta la muerte, se alineaban en estantería volúmenes de las literaturas de Francia y de Inglaterra, y entrada en la ancianidad, hacían tema favorito de su conversación los últimos números de la "Revue des Deux Mondes", que leía con avidez. De estatura pequeña y escasa carnadura, se habían borrado al final los rasgos agraciadísimos de la juventud que aparecen en el óleo magnífico de Monvoisin; la fuerza del espíritu y del carácter se concentró en los ojos de agudo mirar. Cerca de cuarenta años sobrevivió a su marido, y al morir en 1904, los editoriales de la prensa santiaguina se descubrieron ante "la última pipiola", porque en ella se conciliaron siempre los hombres y los principios de la era lejana de su padre, la época liberal o pipiola, sin cesión de prestigio, con los hombres y los principios de la era, lejana ya también, de su marido.

En la selección del personal superior llamado a constituir su gobierno, reveló Bulnes las normas que habían de inspirarle en él. Fué el primero don Manuel Rengifo, liberal moderado, adversario del régimen utópico y demagógico del período de anarquía, revolucionario y dirigente del golpe militar de 1829, amigo y colaborador de Portales en los primeros años de omnipotencia del ministro, de Hacienda él mismo y habilísimo creador de las finanzas nacionales junto a Portales, opositor "filopolita" de éste al extremarse su dictadura. Al llamado de Bulnes, que de nuevo le encargaba la Secretaría de Hacienda, contestó Rengifo en una carta que constituye otro juicio sobre ese momento de la vida chilena:

"Puede decirse que desde el principio de la revolución hasta nuestros días, jamás ha habido un período de orden, de calma y de esperanzas como el que actualmente disfrutamos. Por una feliz

combinación de circunstancias, los partidos en que antes se dividía el país han depuesto su animosidad recíproca y todos esperan de usted seguridad y protección. Mas, a pesar de esto, se alucinaría mucho el que creyese consolidada la obra de la unión, y extinguidas de raíz las viejas antipatías. Sólo al nuevo gobierno está reservada la misión de realizar esta halagüeña perspectiva."

Y enumeraba en seguida las medidas de conciliación necesarias para una obra eficaz de gobierno; los ideales de Rengifo concordaron con los del futuro presidente, y todos se cumplieron.

Con una rara intuición de las mareas sociales, en un hombre de cuarenta años vividos en tiendas de campaña, Bulnes entendió que el período que se abría no presentaría la paz inerte del auspicioso avenimiento general que flotaba, y era de presumir la inevitable germinación, dentro de la paz, de alardes de libertad individual creciente, y por consiguiente, la tendencia al debilitamiento de una autoridad conservadora. Se preparó entonces para regular el equilibrio justo, según las cambiantes circunstancias, entre la forma extrema creada por Portales y Prieto, y las nuevas tendencias que apuntaban en la juventud. Para ello, llamó al Ministerio del Interior y Relaciones Exteriores y al Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública a dos hombres que encarnaban por temperamento dos sectores opuestos de la mayoría política dominante desde 1829: don Ramón Luis Irrarrázaval y don Manuel Montt. Con Irrarrázaval quedaba representada la alta aristocracia venida de la Colonia, eso sí en un vástago suyo desnudo de prejuicios y amante de progreso; con Montt, que ya había probado dotes excepcionales de estadista en el gobierno de Prieto, entraba un elemento ciudadano respetable, pero en trance todavía de crearse por un rudo trabajo intelectual la propia posición. Como antítesis curiosa, el funcionario pobre, nacido en provincia, sostenía enfrente de Irrarrázaval los métodos de autoritario

conservatismo que la aristócrata santiaguino repugnaban. Entre ambos colaboradores inmediatos, quedaba para el presidente la zona de decisión en las divergencias de pareceres que forzosamente ocurrirían, y que de hecho y con frecuencia ocurrieron. De modo tan levantado fué cumplida la misión presidencial, que ambos ministros convivieron casi todo el primer quinquenio en sus tareas.

De la Secretaría de Guerra y Marina encargó Bulnes a su primo el general don José María de la Cruz, jefe suyo en las campañas de la guerra a muerte, compañero en la revolución de 1829, subalterno en la Expedición Restauradora del Perú, hijo como Bulnes de Concepción. Cruz, esquivo a aquellas tareas, fué sustituido en ellas, sin haberse hecho cargo, por el general don José Santiago Aldunate, profesional prestigioso.

En conjunto, el personal gubernativo elegido por el presidente confería preponderancia al elemento civil, a la política de centro, a las libertades públicas, a la concepción ilustrada y técnica de los problemas, al respeto y al perfeccionamiento de la estructura legal ya alcanzada, y dentro del ejército, a la porción profesional que, desde 1829, tenía desplazada a la otra politiquera y levantisca.

La extensión uniforme de las biografías incluidas en la colección de que ésta forma parte, y el hecho de que la labor legislativa y administrativa del gobierno de Bulnes haya sido repetidamente expuesta y divulgada, aconsejan enfocar aquí esa labor sólo en sus rasgos más salientes.

Dice de su primer quinquenio constitucional el elocuente tribuno liberal don Isidro Errázuriz, en la inconclusa parte preliminar de su no comenzada *Historia de la Administración Errázuriz*, páginas que son uno de los más notables esfuerzos críticos de nuestra literatura histórica:

“Es difícil que pudiera encontrarse en los anales administrativos de nuestro país una época en que la actividad administrativa fuera más sostenida, más acertada y más fecunda que en los cuatro primeros años de la Presidencia de don Manuel Bulnes. Es innegable que las circunstancias exteriores prestaban estímulo y favor a la tarea de hombres de Estado inteligentes y bien intencionados...”

Hagamos, con el historiador liberal, una separación de los cuatro primeros años y del último de ese quinquenio, para ver lo que en aquéllos se realizó.

Ante todo, en el orden de las reparaciones históricas y en el de la conciliación nacional, la ley de amnistía general, dictada a raíz de asumir Bulnes el mando; por ella se abrían de nuevo las puertas del país a viejos servidores ilustres que pagaban errores en el ostracismo, como Freire; tan cabal fué la amnistía, que cinco años después la oposición presentaba a las urnas el nombre de ese caudillo, a disputar la reelección de Bulnes.

Juntamente con la amnistía, obtuvo el gobierno dos leyes del Parlamento: por una, se rehabilitó en sus grados y empleos a todos los generales, jefes y oficiales dados de baja en 1830 como afectos a la causa liberal vencida, y que sufrían once años de penuria; por la otra, se concedía derecho a montepío a las familias de aquellos militares dados de baja y que, por fallecimiento, no alcanzarían ya a gozar los beneficios de la ley reparadora.

En cuanto a los dos proscritos más ilustres, uno de su patria chilena, el otro de su patria argentina y de América, O'Higgins y San Martín, dispusieron leyes especiales de esos mismos días que entrarían a gozar a perpetuidad el sueldo íntegro correspondiente a su jerarquía anteriormente abolida. El primero apenas sobrevivió al acto tardío de justicia; el segundo alcanzó a percibir en Europa el auxilio de Chile.

Finalmente, a otro gran libertador, el almirante Coch-

rane, una ley de 1845 le hizo abonar en Europa seis mil libras esterlinas por servicios no compensados, y estableció su derecho a sueldo íntegro a perpetuidad como vicealmirante de la Armada.

Para tales cargas nuevas sobre el erario fiscal, y para las creadas por las numerosas iniciativas de progreso de todo orden, desplegó su talento el ministro Rengifo. Su política tendió a aumentar el volumen del comercio, y a sacar del volumen aumentado y no del recargo de derechos aduaneros las rentas, primordialmente necesarias, de las aduanas; en 1842, promulgó el gobierno un verdadero código del servicio aduanero, que fué un modelo de organización minuciosa y controlada; juntamente dispuso el ministro las normas estrictas de la administración de fondos públicos, y el régimen de contabilidad de Entradas y Gastos de la Nación. Para la más útil circulación de la riqueza privada, y para reprimir la usura particular que impedía la difusión del crédito, se echaron las bases del primer banco chileno y de la primera caja de ahorros, proyectos que no hallaron todavía el ambiente maduro. Los resultados de la acción de Rengifo fueron que las rentas fiscales aumentaron en el primer quinquenio, sin mayores gravámenes, en más de un treinta por ciento. Se había reanudado también el servicio de la deuda pública contraída en 1823 en Londres, y tan rápidamente se asentó en el exterior el crédito de Chile, que ya en 1844 los bonos chilenos se cotizaban en aquella plaza europea de 103 a 105 por ciento.

Bajo la competente dirección de un educador profesional como el ministro Montt, se fundaron en esos años los establecimientos básicos de la cultura. En 1843, abrió sus puertas la Universidad de Chile, confiada al rectorado del más insigne humanista del continente, don Andrés Bello, venezolano que había hecho de Chile su patria de adopción. A la sombra de Bello, las disciplinas del pensamiento especulativo y el cultivo de la forma literaria

prendieron como amor; desde la creación del establecimiento, que reemplazó a la vieja Universidad colonial puesta bajo la advocación de San Felipe, un movimiento promisorio de los espíritus tomó forma en una Sociedad Literaria; los hombres jóvenes que la constituyeron lanzaron a la circulación en ese mismo año 1842 un órgano periódico de sus producciones, "El Semanario de Santiago"; y Sociedad, Universidad y Semanario acreditaron los nombres de pensadores, ensayistas, historiadores y poetas, como Tocornal, García Reyes, Lastarria, Sanfuentes y Jotabeche, el castizo costumbrista Vallejo que se ocultaba bajo este seudónimo. También salieron a luz por esos días obras largo tiempo esperadas, como el inventario zoológico, botánico, geográfico e histórico de la República, elaborado con sabiduría paciente por el francés Gay.

El mismo año 1842 instaló el gobierno la primera Escuela Normal de Preceptores creada en el continente, para dotar a la enseñanza primaria de maestros capacitados que reemplazasen a los incultos y a veces moralmente descalificados profesores de entonces. Supo encontrar el gobierno, para dirigir el nuevo establecimiento, otro extranjero eminente refugiado en Chile, el argentino don Domingo Faustino Sarmiento.

Y para completar el ciclo de la enseñanza, en 1843 se dictó el plan orgánico renovado de los estudios de enseñanza secundaria. Conjuntamente aparecieron textos de enseñanza primaria, secundaria y superior, que reflejaban los ideales de mejoramiento.

Para esparcir la cultura en las generaciones ya alejadas de los estudios formales, otorgó el gobierno subvenciones a la prensa periódica, y gracias a esto vió la luz la primera hoja diaria santiaguina, "El Progreso", cuyo espíritu avanzado movió a las autoridades eclesiásticas a levantar su tribuna en un órgano propio, "La Revista Católica".

Con las colecciones reunidas por Gay, nació por esos

días el Museo Nacional de Historia Natural. Y es menester agregar en este inventario de adelantos la reapertura de la Escuela Militar, la creación de la Escuela Naval, la construcción de un edificio adecuado para el funcionamiento del Instituto Nacional.

En el orden de la administración interna, el ministro Irarrázaval puso su firma en la primera y bien estudiada Ley del Régimen Interior, que señaló y deslindó las atribuciones de los agentes del Ejecutivo; se creó la Oficina Central de Estadística, para recoger los datos necesarios a toda investigación de la realidad social y al estudio de reformas; se organizaron los primeros mataderos municipales, que permitieron el control sanitario de los consumos; se dictó la primera ley de Colonización, por la cual se ofrecieron terrenos del Estado a la inmigración extranjera.

De ésta o las otras secretarías de gobierno salieron la primera ley de Caminos; la fundación de una Penitenciaría, para suprimir los perniciosos efectos de las cárceles ambulantes; la instalación de un alumbrado público en la capital, en sustitución del escaso alumbrado de fachadas por los propietarios; los estudios para un ferrocarril entre Santiago y Valparaíso; la iniciación del primer ferrocarril existente en Sudamérica, que pronto unió a Caldera con Copiapó; la prolongación hasta Panamá de la línea transatlántica de vapores establecida por Wheelwright en el decenio anterior; la proposición de supresión de los fueros particulares, que sustraían de la justicia ordinaria, en asuntos de derecho común, a eclesiásticos y militares; la redacción de una ley de Imprenta, rigurosa en sus procedimientos, pero inspirada en la comprensión del rol social de la idea impresa.

Una definición geográfica de atrevido alcance para los destinos futuros de la República fué la ocupación, en 1843, del lejano Estrecho de Magallanes, y la fundación en sus márgenes de una población permanente que acre-

ditase ante los pabellones navegantes el dominio que a Chile le atribuían los títulos históricos sobre el más vasto paso continental del globo. Había que invocar esos títulos y marcar la posesión, ya que los mapas geográficos elaborados en Europa limitaban entonces el territorio chileno en el archipiélago de Chiloé, y el argentino en el río Negro.

Toda la extensa y profunda obra enumerada —a la cual podrían añadirse el reconocimiento legal de los matrimonios de disidentes verificados según sus ritos propios, que el gobierno dispuso y la autoridad religiosa aceptó con protestas como una peligrosa innovación; y también la fijación de límites de edad, determinados por la legislación civil, a los postulantes a órdenes religiosas en los conventos de regulares, con lo cual se iniciaba la reforma por el poder civil de la vida conventual relajada— pudo verificarse en un ambiente de paz ciudadana, en la cual habían desaparecido los procesos políticos y los poderes públicos seguían generándose en actos electorales correctos.

La República había alcanzado una estructura orgánica, y la propia metrópoli española de los pasados siglos hubo de allanarse, en 1844, a dar el tardío y muchas veces negado o esquivado reconocimiento formal de Independencia; con el tratado bilateral suscrito en ese año, Chile entró a gozar, sin discusión posible de ajenas potencias, de personalidad internacional.

Se advierte en el comentario histórico de don Isidoro Errázuriz sobre el primer quinquenio de Bulnes una separación estimativa de los cuatro años iniciales y del año final, y conviene establecer la raíz política de ese criterio muy generalizado en el campo liberal.

De septiembre de 1844 a marzo de 1845, ejerció el mando supremo, por delegación del presidente fundada en razón de enfermedad, el ministro Irarrázaval, y la labor

administrativa de este intervalo, a cargo del abierto juicio del ministro, pertenece de hecho a la era no discutida.

En abril de 1845, un año antes de las elecciones que renovarían todos los poderes públicos, por esa alta marea política que siempre precede a las elecciones, y también sin duda por haberse acentuado dentro del gobierno las divergencias ideológicas de Irrarrázaval y de Montt, aceptó Bulnes el retiro del primero y reorganizó el ministerio. Había muerto Rengifo. Pasó a la jefatura del gabinete, como ministro del Interior, don Manuel Montt; un joven de grandes capacidades y enamorado como Montt de la enseñanza, don Antonio Varas, destinado a formar con aquél un poderoso binomio político, le sucedió en la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública; la de Hacienda fué entregada a un hombre nuevo también, don José Joaquín Pérez, futuro sucesor de Montt en la presidencia de la República. Merece subrayarse que en tres de los cinco hombres que en esa fecha integraban el personal superior del gobierno, estaban encarnados treinta años consecutivos de mando supremo del país: el decenio de Bulnes, el decenio de Montt, el decenio de Pérez.

La eliminación de Irrarrázaval y la ascensión de Montt a la jefatura del gabinete, así como la entrada de Varas, tiñeron de conservatismo la administración y dieron a los grupos políticos desplazados el lema de agitación popular que necesitaban para entablar la lucha de las urnas.

Bulnes ejecutó con la designación del nuevo ministerio uno de esos virajes políticos que los historiadores han anotado como un ritmo constante de su manejo y que le llevaban de la conciliación al iniciar períodos a la férrea salvaguardia del orden al terminarlo.

En realidad, el avance sano de ideas nuevas se había cumplido en los cuatro años anteriores no sólo sin restricción de parte de la autoridad, sino con el apoyo y la incesante iniciativa suya, lo que de sobra demuestra la labor legislativa ya enumerada. La conciencia liberal in-

dividualista podía estar ampliamente satisfecha, y lo estaba de verdad; pero junto a los espíritus serenos hay siempre en las sociedades un sector que pospone las realizaciones profundas a la pasión demagógica, a la crítica metódica de la autoridad existente, a los tópicos fáciles de formular aunque imposibles o dañosos en la práctica, al aplauso de la multitud sobornable por conceptos al alcance y al gusto de ella. Y todo ello, que es el giro propio de las mentalidades inscriptas en esos sectores, se convierte en técnica indispensable de la oposición para alcanzar en las urnas la mayoría política.

Bien entendieron el presidente y sus ministros que la agitación naciente desde 1845 y que en nuevos órganos de prensa desbordaba con acritud, era la vieja tramoya de ambiciones personalistas para disputar los sitios ocupados, y cuánta futilidad ideológica encerraba el romanticismo sociológico o religioso de don Pedro Félix Vicuña, de Francisco Bilbao, del inveterado periodista opositor don Juan Nicolás Alvarez, y de sus corifeos, y cuánto de revolucionario sistemático había en el coronel Godoy. Los ataques violentos no tocaban, por lo general, a la persona del presidente, e iban dirigidos al ministro Montt y a los funcionarios administrativos a cargo del orden.

En 1846 se extremó la agitación callejera y subió más alto el tono de la prensa; entonces el gobierno inició acusaciones judiciales, y la justicia redujo a prisión a algunos exaltados; en marzo de ese año fué sometida a estado de sitio la provincia de Santiago. Las elecciones de ese año, que renovaban las Municipalidades, la Cámara de Diputados, un tercio del Senado y la Presidencia de la República, se llevaron a cabo sin mayores incidencias, y en las primeras el triunfo de la corriente del gobierno fué avasallador. Para la más alta magistratura del Estado, levantó la oposición el nombre del general Freire, que ya no ambicionaba tales honores, y en declinación de salud, consintió mal de su grado en prestarle. Los 161 electores

de presidente triunfantes en las urnas designaron, según el mecanismo constitucional de elección indirecta entonces vigente, por la unanimidad de sus votos al general Bulnes.

En ese mismo año, tenía Bulnes trasladada la residencia de los Presidentes desde la antigua casa de gobierno, ubicada en la Plaza de Armas, al Palacio de la Moneda, sede antes de reparticiones administrativas.

El retrato de Bulnes, a estas alturas de su existencia, nos lo ha dejado un contemporáneo extranjero eminente, el doctor Alberdi:

“El General Bulnes es hombre de alta estatura y considerable corpulencia. Su aire es noble y abierto; sus maneras francas y afables. Tiene la mirada expresiva y penetrante alternativamente. Posee un tacto certero para descubrir los sentimientos de los hombres. Manda los asuntos sin rodeos ni circunloquios. Es lacónico y preciso en sentar la cuestión. Su recepción es digna e imponente. Lo blanco y rosado de su tez, junto con lo rubio de sus cabellos crespos, dan a su aire algo del exterior de un irlandés, analogía que hace más viva su afición decidida por la caza, en que es diestrísimo. No es amigo de los placeres ruidosos; gusta poco de las reuniones de salón. Sus mejores horas son las pasadas en sociedad con su espiritual, amable y distinguidísima consorte...”

En la elección del nuevo personal de secretarios de Estado, para acompañarle en el segundo quinquenio, demostró Bulnes que abría una nueva era de conciliación y daba por extinguida la transitoria política de represión. En reemplazo del ministerio tachado de autoritarismo, que cesó con él el 18 de septiembre de 1846, llamó a hombres ajenos a la anterior contienda, temperamentos moderados que, aunque afectos a la mayoría reinante, satisfacían a los círculos todavía desplazados del gobierno. Entró a presidir el ministerio, como ministro del Interior y ocupando en interinato el de Hacienda, un conservador de tendencia progresista, don Manuel Camilo Vial; del de

Justicia, Culto e Instrucción Pública, fué encargado don Salvador Sanfuentes, intelectual de prestigio, por esos días intendente de Valdivia; la cartera de Guerra y Marina tuvo por titular al caballeroso general Borgoño, cuyos largos y brillantes servicios a la Independencia estuvieron temporalmente cortados desde 1830 por su adhesión al liberalismo vencido en la revolución, ahora restituído a la jerarquía y adicto al régimen.

El nuevo ministerio aprovechó la paz interna restablecida para acometer otros progresos. Bajo este gabinete, Chile vió surgir o iniciarse obras algunas extraordinarias y que en conjunto importaban un plan armónico general de administración. Se mejoraron los caminos; se abrieron nuevas carreteras entre Santiago y Valparaíso y entre Santiago y Los Andes; se contrató la construcción del primer ferrocarril a vapor, dispuesto en el anterior quinquenio; se cambió el vetusto sistema colonial de pesas y medidas, con la adopción del sistema métrico decimal; fué comisionado el benemérito funcionario, de origen alemán, don Bernardo Philippi, para traer de Europa la primera inmigración en masa de industriales y agricultores, con el fin de explotar las extensas tierras despobladas del sur; atendió el gobierno, en difíciles gestiones internacionales, a definir los límites del territorio dejados imprecisos por la Independencia; se inició la construcción de un teatro capaz de dar espectáculos dignos de la cultura alcanzada por la capital; se compuso una nueva Canción Nacional, adecuada a una República que, por el reconocimiento explícito de su soberanía, dado por la antigua metrópoli, no tenía para qué seguir recordando los agravios pasados.

No obstante la agitación política renacida al acercarse las elecciones parlamentarias y municipales de 1849, y la aún más considerable que precedió a las presidenciales de 1851, ministros del gabinete posterior de este mismo quinquenio adoptaron mejoramientos y crearon establecimientos públicos dignos de aquellos enumerados en los

cinco primeros años de mando de Bulnes. Nacieron en este segundo período la Escuela de Bellas Artes, la Escuela de Arquitectura, la Escuela de Artes y Oficios para formar una clase media profesional, el Conservatorio de Música y el Observatorio Astronómico, todos ellos con personal extranjero contratado o con nacionales formados por extranjeros. Enviado en comisión a Europa y a los Estados Unidos el argentino Sarmiento, llamado a tan alta nombradía continental, sus informes completaron las bases ya preparadas de la primera ley orgánica de instrucción primaria. El geógrafo francés Pissis recibió el encargo de hacer el levantamiento geológico y geográfico del territorio nacional, parcial y defectuosamente conocido hasta entonces. Y en las postrimerías del decenio se otorgó la concesión para tender el primer telégrafo del país y del continente, entre Santiago y Valparaíso; se decretó la reforma postal, con los primeros sellos de correo; se instaló la nueva maquinaria de acuñación de monedas; se construyeron grandes almacenes de Aduana en Valparaíso, y tras la conmoción social causada por un gran incendio, se organizaron los primeros cuerpos de bomberos voluntarios.

Mucho más se habría ejecutado, a no mediar las convulsiones políticas de aquellos años; a las causas periódicas de agitación originada en sucesos propios, se agregó la repercusión de la gran crisis económica europea con la consiguiente revolución social de 1848, cuyos programas transcribió confusamente para Chile la oposición liberal.

Aquellas convulsiones, y los cambios de ministerios que ellas impusieron al presidente Bulnes, interesan no sólo por la trascendencia que ellos tuvieron sobre la marcha de la administración y sobre la suerte de los proyectos gubernativos que entonces se discutían. Considerados en su dinamismo, esas convulsiones y esos cambios iniciaron el advenimiento del régimen parlamentario en Chile, y en ellos se desdibuja lentamente el predominio del Poder

Ejecutivo, por más que el decenio siguiente intentó salvarlo con férreo autoritarismo.

Para que pueda comprenderse la historia posterior de las instituciones chilenas y el predominio que adquirirá el Parlamento en el manejo de todos los negocios pasado el decenio de Montt, que constituye un paréntesis, hay que registrar en estas páginas los incidentes del presidente Bulnes con la oposición, que finalizaron su decenio.

Al acercarse las elecciones de 1849, el ministerio Vial, modificado por el fallecimiento del general Borgoño y su reemplazo por el coronel Vidal; en interinato todavía la cartera de Hacienda, que seguía desempeñando el ministro del Interior, no reparó en los medios de llevar al Congreso y a las Municipalidades representantes adictos a la persona del primer ministro, ni de combatir aquellas candidaturas que, aunque de hombres integrantes de la mayoría que colaboraba con el presidente de la República, no contaban con las simpatías del ministro. El ministerio, por lo demás, había visto decaer rápidamente su prestigio en todos los círculos: se acusaba al ministro del Interior de improvisador de reformas no llevadas a término maduro, de nepotismo en la provisión de los cargos públicos, de atropellos a la libertad de prensa, de haber mantenido en perjudicial acefalía el despacho de la Hacienda Pública, y de haber presentado al Congreso, en cuanto encargado de ese despacho, balances erróneos del erario fiscal. El descontento era de todos, y hasta el propio presidente de la República, aunque solidario de Vial como siempre amparaba a todos los que elegía por ministros, terminó por distanciarse de él ante los manejos que hacían presumir miras personalistas de su parte hacia la sucesión presidencial.

Las elecciones parlamentarias de 1849 dieron a la política nacional el más extraño de los giros: la Cámara de Diputados, donde iba a concentrarse la lucha ardiente,

se componía de cincuenta miembros, y de ellos dos tercios o aún más eran fieles a Vial; sólo seis candidatos decididamente opositores a él lograron triunfar, y hay que recalcar que esos candidatos, combatidos por el ministro con no encubierta decisión, pertenecían a la corriente política que sustentó al presidente en el quinquenio anterior y seguían dispuestos a prestarle apoyo leal. Y eran figuras brillantes algunas en el campo literario y en el foro, y tres de ellos, don José Joaquín Pérez, don Manuel Antonio Tocornal y don Antonio García Reyes, pasarían muy pronto a ser ministros del mismo presidente.

Contando con esa aplastadora mayoría, el ministerio habría podido seguir una labor tranquila y eficaz; pero era evidente que la opinión pública estaba ya divorciada del ministerio, y que el presidente se hallaba perplejo ante ese divorcio anómalo entre el pueblo representado y los representantes recién elegidos por el pueblo mismo.

La situación confusa fué aclarándose por sucesos imprevisibles para el buen sentido, por maniobras mal concebidas para su propia suerte de la oposición al gobierno; de la oposición verdadera, la liberal, que resultó excluída totalmente del Congreso. Discurrieron esos liberales la creación de un partido nuevo, el reformista, y sedujeron al ministro Vial con la insinuación de hacerle cabeza del movimiento; era esto dividir al gobierno dentro del propio palacio gubernativo; y todavía, el ministerio intentó convencer al presidente de que sería oportuno incluir en el mensaje presidencial de rigor en la apertura del Congreso, una declaración de estímulo a la nueva agrupación política. Dió con esto el ministro al presidente la carta que faltaba para poner término inmediato a la partida, y habiéndose negado el mandatario a hacer la declaración inusitada, puso al ministerio en el trance de dimitir a los doce días de abierto un Congreso que sostenía al gabinete por enorme mayoría. Fué éste, sin duda, el más atrevido de los golpes políticos dados por Bulnes en su decenio.

Al escoger el nuevo personal de su despacho, tendió la mano el presidente a los elementos de oposición de la Cámara recién formada, sin apartarse con ello de la corriente que, desde 1841, venía apoyando su gobierno: confió el Ministerio del Interior al que había sido en su primer quinquenio ministro de Hacienda, el ponderado y conciliador don José Joaquín Pérez; los ministerios de Justicia y de Hacienda los puso a cargo de dos de aquellos candidatos más combatidos en las elecciones por el ministro Vial, don Manuel Antonio Tocornal y don Antonio García Reyes; el despacho de Guerra permaneció en manos del coronel Vidal.

Ante el nuevo ministerio de tinte más avanzado, cambiaron las anteriores posiciones: la opinión pública aplaudió; la Cámara se volvió opositora. Un incidente minúsculo para la marcha del país, la remoción de un funcionario de la Municipalidad de Santiago, acordada por la mayoría del Municipio simpatizante con Vial, y la negación por el gobierno de la facultad de remoción que la Municipalidad se atribuía, determinó a la mayoría de la Cámara a solidarizarse con el Municipio y a acusar al ministro del Interior por abuso de autoridad. Fué la primera de las imprudencias de aquella mayoría mal manejada que, por sus propios errores, iba rápidamente a anarquizarse. Una medida tan grave como la acusación al ministro por un asunto baladí, y en que asistía al ministro la razón legal, no podía congregarse todos los pareceres de la mayoría y conducía a votación dispersa; para paliar la situación, hubo la mayoría de retirar la acusación y de conformarse con un innocuo voto de aprobación al Municipio, para el cual contó apenas con veinte afirmativas y dieciséis negativas. Ahí mismo quedó deshecha la mayoría meteórica y se justificó el atrevido vuelco político dado por el presidente.

Y los errores siguieron y en creciente: no había por entonces todavía candidato presidencial para 1851; pero la oposición liberal excluida del Congreso daba por un

hecho que el presidente propiciaría la de don Manuel Montt. El presidente estaba hermético sobre su posible reemplazante, y hasta hoy no podría decirse cuáles fueron sus miras personales al respecto, si bien las apariencias inducen a creer que en 1849 deseaba algún sucesor de temple menos conservador que Montt y más grato a todas las corrientes, como don Ramón Luis Irrarrázaval o el general Aldunate, por ejemplo. El pensamiento íntimo de Bulnes seguirá hermético hasta las vísperas de la elección, hasta que la agitación reinante en 1851 le haga derivar, como solía, de la preferencia por la conciliación hacia la necesidad de salvar con Montt la autoridad futura.

Pero las suspicacias liberales madrugaron ya en 1849, y reconociendo su impotencia para levantar candidatura propia contra esa sombra de Montt que, a dos años plazo, se les aparecía en todo instante, buscaron en las filas conservadoras un hombre sin opción en sus filas y en quien presumían virtud de dividirlos; y así, en agosto de 1849, proclamaron al respetable y calmado patricio don Ramón Errázuriz candidato a la presidencia. La candidatura, como era de esperarse, no prosperó fuera del círculo restringido de sus inventores.

Ocurrió por fin el último y el más decisivo de los errores para la suerte de la oposición, que iba a arrastrar al país justamente hacia el hombre de quien la oposición intentaba apartarle y empezó a desquiciar las miras conciliadoras del presidente. Fermentaba por entonces en ideólogos y en malavenidos, como un eco de las tormentas políticas de Europa, la revolución social de 1848, con sus reivindicaciones proletarias y las prédicas en favor de una conciencia religiosa libérrima; Saint-Simon y Fourier, mal conocidos, poco estudiados y en nada adaptados a la realidad local chilena, encandilaban a la juventud rebelde, y los caudillos políticos de la oposición buscaron la alianza con esa juventud, con Bilbao, con Arcos, con Lillo, con Recabarren, con Vicuña Mackenna, y ayudándoles a crear

la Sociedad de la Igualdad y un órgano de prensa, "El Amigo del Pueblo", proclamaron la revolución social y declararon oficialmente el reto a la candidatura Montt. Dijo "El Amigo del Pueblo":

"Queremos que don Manuel Montt, fatal a las libertades públicas, fatal a la educación, fatal a la República, se anule para siempre."

¡Fatal a la educación! Ya hemos visto su obra en el decenio. ¡Fatal a la República! Ya pronto promulgaría la codificación del derecho privado, que Bello redactó con elegante sabiduría y que Montt impulsó en el decenio que tocaba a su fin.

Para secundar la agitación política, se intentó contra el gobierno, en la Cámara de Diputados, una medida revolucionaria; suspender la discusión de la Ley de Contribuciones para 1850, sin cuyas facultades quedaría paralizada por falta de recursos la administración; mal calculada la acogida de la iniciativa, fué ésta rechazada por veinticuatro votos contra dieciséis, ya entrado el mes de enero en que la ley debía encontrarse en vigencia. La intervención elocuentísima de don Manuel Montt en la Cámara provocó el triunfo del gobierno.

Esta intervención arrancó entre el aplauso general un comentario periodístico de don Bartolomé Mitre, asistente a la sesión, en "El Progreso" que él redactaba:

"El señor Montt es indudablemente un buen orador; y dejando a un lado las prevenciones de partido, hace honor a Chile tener hombres parlamentarios de ese temple, que, cualquiera que sea la bandera que sigan, pronuncian discursos elocuentes, dignos de ser oídos en cualquiera asamblea del mundo."

La incidencia violenta urgió a la opinión pública a pedir que se definiese el problema de la sucesión presidencial.

La correspondencia particular de los hombres de gobierno de la época revela que el ministerio Pérez se encontraba, ya en febrero de 1850, dividido por la próxima transmisión del mando supremo. Se trasluce en esas cartas que el presidente y el ministro del Interior querían la plena libertad del partido conservador para designar su candidato, y que no manifestaban preferencias personales al respecto, si bien no podía serle indiferente al presidente el nombre del continuador de su obra.

Ya en abril, la sucesión presidencial fué oficialmente considerada en la Moneda, en una reunión a que asistieron el presidente, los ministros y Montt. El ministro García Reyes propuso allí la proclamación por el partido conservador del general Aldunate; el ministro Tocornal y Montt apoyaron la indicación; el ministro Pérez se mantuvo en desacuerdo y propiciando la no ingerencia del gobierno y la libre elección del candidato por el partido; el presidente guardó silencio absoluto, pero los acontecimientos demostrarían que había pospuesto sus preferencias personales y estaba de acuerdo con el sano criterio de Pérez.

Manifiesta así la falta de unidad de pareceres dentro del ministerio, éste presentó su renuncia, y el presidente encargó al mismo ministro Pérez la reorganización del gabinete, lo que demuestra su inteligencia con él. Pérez no aceptó el encargo, sin embargo, y el 19 de abril extendió el presidente los nombramientos de sus nuevos secretarios. Fué otro gran vuelco político, orientado por las circunstancias, hacia el autoritarismo: se designó ministro del Interior al hombre de mayor confianza de Montt, don Antonio Varas; ministro de Hacienda, a don Jerónimo Urmeneta, amigo también de Montt; el despacho de Justicia quedó en interinato a cargo de Varas, y el de Guerra y Marina siguió atendiéndolo el coronel Vidal.

La agitación político-popular recrudeció ante los nombres integrantes del ministerio; los componentes de la

Sociedad de la Igualdad renovaron la prédica abierta del desorden, y Bilbao hizo aparecer en mayo los "Boletines del Espíritu", cuyas ideas vagas y exaltadas alarmaron a la conciencia religiosa y a los amantes del orden tradicional; la alarma llevó a apoyar a Montt a muchos que antes preferían un candidato avanzado. Bulnes mismo, que parece haber dejado en interinato la cartera de Hacienda en la esperanza de llevar al ministerio un hombre que, en momento oportuno, le diese la última oportunidad de ejercer contrapeso y de encaminar las cosas hacia una transacción, abdicó toda esperanza y confió la cartera a don Máximo Mujica, amigo también de Montt.

En agosto de 1850, un torpe e inútil asalto a la Sociedad de la Igualdad llevado a cabo por elementos particulares, agrió los ánimos y desaprobado por el propio Montt, le incitó a dar por retirado su nombre de una ya inminente proclamación.

Sobrevinieron otros sucesos peligrosos para la estabilidad nacional: la acusación del intendente de Aconcagua ante el Senado, la prisión de portadores de cartuchos en tránsito de Santiago a Aconcagua, la prohibición por la Intendencia de Santiago de reuniones públicas, la celebración no obstante de una reunión de la Sociedad de la Igualdad, el motín de San Felipe, la deposición del Intendente de Aconcagua por el pueblo; anuncios todos de una revuelta general preparada por la demagogia.

Con razón, hasta uno de los más agitados propagandistas con que contaba la juventud liberal, Vicuña Mackenna, reconoció más tarde:

"No fué precisamente el partido conservador, no fué ciertamente el Presidente Bulnes, el que impuso a todos los partidos la candidatura del señor Montt. Fueron precisamente dos hombres inconscientes pero peligrosos, inocente el uno como el candor, temerario el otro como el genio del mal. Estos dos hombres fueron Francisco

Bilbao y Santiago Arcos, y más bien fué su obra exclusiva denominada Sociedad de la Igualdad."

La consecuencia de tales agitaciones fué la proclamación, en octubre de 1850, de la candidatura Montt por sus antiguos adherentes, a los cuales la intemperancia ajena sumó nombres prestigiosos hasta entonces refractarios a la candidatura: Pérez, Tocornal, García Reyes, Vallejo.

Continuaron en la trinchera contraria Lastarria, don Federico Errázuriz, don Domingo Santa María. Éstos y sus prosélitos mantuvieron la beligerancia social en tal grado, que el gobierno hubo de declarar, en noviembre de 1850, en estado de sitio las provincias de Santiago y Aconcagua por el término de setenta días; pero antes de cumplirse el plazo, hizo cesar el gobierno la situación anormal; durante el estado de sitio, se clausuró la prensa de contienda, se decretó la suspensión de la Sociedad de la Igualdad y se hizo salir del país a algunos de los políticos agitadores, Errázuriz entre ellos. Volvió a la tranquilidad la opinión, y el Congreso despachó sin tropiezos, en enero de 1851, todas las iniciativas útiles del Ejecutivo.

En febrero de 1851, se encontraban propuestas al país dos candidaturas, ambas de conservadores, lanzada la primera por otros elementos, como vimos: la de don Ramón Errázuriz y la de Montt, sin prosélitos aquélla, con enconados adversarios la segunda. En ese mes, apareció una tercera, salida del mismo partido, pero con raigambre fuera de la capital. Fué ésta la sorpresivamente proclamada candidatura del General don José María de la Cruz, Intendente de Concepción, General en Jefe del Ejército de la Frontera, y primo hermano del Presidente.

Si oscuros son los orígenes formales de la candidatura Montt y el pensamiento de los hombres de gobierno ante ella, mucho más oscuros aparecen los de la otra candidatura surgida en el desconcierto del país. Si hermético se

había mostrado el Presidente ante los nombres lanzados en Santiago, mucho más difícil es rastrear su actitud íntima enfrente del tercer nombre propuesto. Recojamos aquí algunas circunstancias que pesarían en el ánimo de Bulnes al cavilar sobre los dos principales candidatos, y los pocos indicios que arrojan los documentos.

Respecto de Montt, el juicio del Presidente sobre sus aptitudes y méritos no podía ser otro que el juicio admirativo general en que envolvía a Montt la opinión ciudadana, salva la controversia sobre su tendencia autoritaria. Lo expresó Bulnes en una carta al Intendente suplente de Nuble:

“... mi principal recurso, mi consejero y mi más activo cooperador en todas las crisis o dificultades de gravedad sobrevenidas durante mi administración.”

Y mostraba además en esa carta su reconocimiento a la cooperación decidida prestada por Montt en la lucha electoral que llevó a Bulnes a la Presidencia.

No se advierte en esa carta ni en otra alguna un movimiento de simpatía personal que completase la admiración y el reconocimiento. Y no debe de haber existido la simpatía, que es siempre recíproca, ya que en una carta de Montt a Varas, de febrero de 1850, trata Montt de disuadir a éste de entrar en el Ministerio, con agrias referencias a un personaje no nombrado, que es el Presidente:

“Piénselo usted bien y vea la clase de hombres con quienes va a acometer una empresa ardua y difícil. El principal de ellos no puede inspirar confianza alguna, y al menor incidente será usted sacrificado sin provecho alguno para el país. Es tan larga, amigo, la experiencia que tengo de este hombre, que invoco toda la amistad de usted para que no contraiga compromiso ninguno.”

Eran dos temperamentos que podían colaborar muy útilmente para el bien colectivo, pero sin puntos de con-

tacto íntimo. Ningún otro ministro del decenio estampó frases tan duras sobre el Presidente. Verdad es que las combinaciones políticas son maridaje frío y de displicente convivencia, y que las cartas de Montt, por lo menos las que se han dado a conocer de aquel momento de su vida, acusan una sensibilidad refractaria a la efusión simpática y abundan en comentarios que van de la sequedad impertrurbable a la dureza, al referirse a los contemporáneos de su propia tienda.

En cuanto al proceso íntimo que en Bulnes suscitaba la persona del general Cruz, hay que pesar, para conocerlo, deducciones contradictorias sacadas de las vidas de ambos y también de su correspondencia. Eran productos los dos de un mismo ambiente original, nacidos y formados en Concepción y consanguíneos en la estirpe de los Prietos. Juntos estuvieron en innumerables episodios de la guerra a muerte, subalterno Bulnes de Cruz; juntos y bajo Prieto, llevaron a Santiago el ejército revolucionario de 1829. En la época de Portales, ni uno ni otro se contaron en el círculo íntimo del ministro, si bien Bulnes no tuvo rozamientos durables con él y trató de salvarle de la conspiración de Vidaurre, y Cruz estuvo temporalmente retirado de las filas por mal avenimiento con Portales. Juntos fueron al Perú en la Expedición Restauradora, subalterno Cruz de Bulnes. Al asumir éste la presidencia, en 1841, encargó a Cruz del ministerio de Guerra y Marina, del cual nunca se hizo cargo, por motivos de que no hay constancia. Al iniciar Bulnes su segundo quinquenio, confió a Cruz la Intendencia de Concepción, vacante por muerte de su hermano don Francisco, y también el mando en jefe del ejército de la Frontera, cargos en que descansaba la suerte de la capital. ¿Fue un quebrantamiento de antigua y larga cordialidad, de parte de Cruz, el que le impidió tomar posesión del Ministerio de Guerra? ¿O es que, actuando juntos al través de épocas y sucesos, ni el ambiente común de origen, ni la sangre común ni los hechos compartidos logra-

ron prevalecer sobre una desavenencia de temperamentos? No es dable resolver de modo cierto el problema.

Una carta de Cruz al coronel Godoy, revolucionario empedernido, de octubre de 1849, le muestra ya resentido del gobierno y cauteloso, aunque sirviendo a ese gobierno en los cargos importantísimos ya mencionados; por lo demás, se trasluce en esa carta que no le era ajeno el pensamiento de una futura ascensión al mando supremo. Y una carta muy anterior de Bulnes a Pradel, en 1840, permite traslucir una fría camaradería en las relaciones de ambos consanguíneos durante la guerra a muerte; dice Bulnes:

“Tenga usted entendido, Pradel, que yo no conocía el verdadero mérito del General Cruz, y sólo en la campaña del Perú me he formado una idea tan cierta de él...”

Ya en plena campaña electoral por la presidencia, pero antes de ser Cruz proclamado, escribía don Salvador Palma al ministro Varas:

“¿Qué debe esperarse en tal situación del General Cruz? Yo no tengo dudas para resolver el problema, y creo que él apoyará en el momento ese partido (el alzamiento contra la elección de Montt), porque de todos espera más que del General Bulnes, contra el cual abriga fuertes prevenciones, que creo están bien correspondidas.”

Sin embargo, en todo el sur se corría en 1851 que la candidatura Cruz contaba con el sincero beneplácito del presidente. ¿Qué pensar al cabo? Tanto más cuando hay cartas de Cruz y de amigos de Cruz que califican a Bulnes con rudeza.

En medio de tantas interrogantes, surge una última: ¿por qué el gobierno mantuvo al candidato Cruz en las peligrosas funciones que ejercía, a pesar de que una y otra vez solicitaron del sur su remoción los del bando contrario? ¿Y por qué el candidato no abandonó espontánea-

mente funciones incompatibles con el libre juego electoral? ¿Creyó el gobierno, el presidente más bien, en las promesas explícitas y reiteradas de Cruz, como aquella contenida en carta dirigida por él al presidente, en febrero de 1851, anunciándole la proclamación de su candidatura, carta de trabajada franqueza? O no creyéndolas, ¿no se atrevió a precipitar la revolución con una medida personal? Claro dicen las cartas de los partidarios de Cruz que ellos esperaban que su candidato no abandonase las fuerzas que iban a ser necesarias en el movimiento preparado por ellos y en el cual Cruz no consentía todavía.

La proclamación de Cruz en Concepción, en febrero de 1851, tomó como pretexto inmediato la difusión en provincias de las cartas en que el presidente recomendaba a los intendentes y a vecinos distinguidos la candidatura Montt que había al fin hecho suya, y también se fundó la proclamación en la impopularidad de Montt en las provincias del sur. La historia ha recogido algunas de aquellas cartas del presidente, y quedan otras inéditas; entre éstas, arroja mayor luz sobre el ánimo del presidente una que dirigió a don José Manuel Encinas con fecha posterior a la proclamación de Cruz; dice:

“Después de mucho tiempo de meditación sobre tan grave negocio, después de haber examinado detenidamente el estado de la opinión pública, y juzgado, con la mano en mi conciencia, a los hombres que se han presentado como candidatos, yo he debido al fin decidirme por el que ha proclamado el partido conservador, el señor D. Manuel Montt, pues interesado como estoy, en dejar afianzado el orden de cosas que ha caracterizado la política de mi larga administración, bajo cuya influencia el país ha marchado con paso firme en la vía del progreso y de la civilización, yo no he podido hacer otra cosa que no fuese contrariando la opinión de la parte más sensata de la nación, creando dificultades, dividiéndonos,

y hacer en fin ilusorios los bienes que hemos conquistado a fuerza de perseverancia y de sacrificios.

"Soy tal vez el primero en hacer la justicia que merecen los títulos que reúne el General Cruz para merecer el respeto de sus conciudadanos, conozco muy de cerca sus honrosos antecedentes, pero la proclamación que se ha hecho en Concepción de su persona para candidato a la Presidencia ha venido tan a destiempo que ya me era imposible ocuparme de ella de la manera libre imparcial que lo habría hecho antes que mi decisión hubiese sido pronunciada del modo definitivo que lo ha sido ya."

Fuese cual fuere la determinación personal de Cruz de mantener o quebrantar en caso dado su promesa de respeto al resultado de la elección, la juventud liberal que había levantado su nombre conservador a lo largo del país, como enseña de combate, se hallaba resuelta a la revolución. La primera chispa estalló en Santiago en la medianoche del 20 de abril; encabezó el movimiento el impenitente coronel Urriola, hombre de todos los motines; contaba para su éxito con el ejército proletario que prometía Bilbao, y con regimientos que decía tener comprometidos el propio Urriola. Las legiones proletarias no aparecieron; de los regimientos, sólo actuó el Valdivia.

Al borde de las cuarto de la mañana, un oficial del cuartel vecino a la Moneda fué a despertar al presidente con la noticia de la sublevación. Desde esa hora hasta pasado el mediodía, Bulnes, vuelto al mando de tropas, montado en el tordillo negro que Salgado, su ordenanza, ensilló, dispuso la defensa y, casi sin resguardo, recorrió los sitios amagados. Fué un episodio extraño: Urriola no quería derramamiento de sangre, sino una presión popular que determinase el cambio del ministerio y la eliminación del candidato Montt; el presidente no quería verter sangre tampoco, sino la sumisión de los rebelados por convicción de impotencia.

Pero la sangre corrió en el sector de la capital que

media entre el cerro del Huelén, hoy Santa Lucía, y el Palacio de la Moneda, y entre las víctimas del motín quedó su jefe, el coronel Urriola. El gobierno había conjurado la sorpresa, pero sabía ya a qué atenerse sobre los planes de la oposición.

Corrieron los meses, y a pesar de lo del 20 de abril, Cruz no retiraba su candidatura ni renunciaba a sus cargos, hasta que el 18 de julio el gobierno decretó su exoneración. El candidato Errázuriz presentó la renuncia de su candidatura tiempo antes, y con ello los elementos liberales que le proclamaron habían adherido libremente a Cruz.

Se realizaron las elecciones, y el 20 de agosto fueron dados a conocer oficialmente sus resultados: salvo 29 votos en favor de Cruz y 1 por Errázuriz, la casi unanimidad de 132 votos favorecían a Montt.

Se cierra con esto el decenio ordenado y progresista de Bulnes, y se abre el progresista y agitado decenio de Montt. Como última palabra sobre la revuelta política que ha quedado reseñada y sobre la actuación de Bulnes y sus ministros durante la tormenta, hay que citar una vez más a Barros Arana:

“Al recorrer los periódicos y las otras publicaciones de oposición de los últimos dieciocho meses del gobierno del General Bulnes, encontramos a cada paso estas o análogas palabras: “el despotismo de veinte años”, “los veinte años de tiranía y de oscurantismo”. Con ellas se representaban los veinte años de gobierno regular que Chile había disfrutado desde 1830, formando el más notable contraste con la anarquía reinante en ese mismo tiempo en las otras Repúblicas del propio origen.

”Estas palabras, inspiradas por la pasión de partido, eran evidentemente injustas. Si bien es cierto que durante esos veinte años hubo períodos de verdadera opresión (Barros Arana juzga tales algunos del decenio de Prieto), ésta tomó sólo en cortos intervalos los caracteres de un marcado despotismo. Pero la injusticia era más evidente al aplicar esos calificativos a los tiempos corridos

desde 1841 (el decenio de Bulnes). Como ha podido verse en esta historia ("Un Decenio de la Historia de Chile. 1841-1851"), el país había gozado de una apacible tranquilidad; y fuera de los deplorables acontecimientos de fines de 1845 y de los primeros meses de 1846 (período de elecciones que aquí se ha estudiado), había reinado siempre un régimen de tolerancia y de legalidad más o menos absolutas."

Completemos el juicio de un liberal con el de un hábil ensayista e historiador de afinidad conservadora, don Alberto Edwards:

"Los hombres de las nuevas generaciones que, sin conocimiento exacto de los hechos, ni aptitudes para investigarlos, han escrito sobre aquella época, reproducen muchas veces de buena fe, y como verdad inconcusa, lo que no tiene otro fundamento que las palabras sonoras y las declamaciones abstractas, propias de toda agitación política o electoral. Califican así de opresión y régimen restrictivo al más liberal que hasta entonces se hubiera ensayado en América, y que no merece otro cargo, hasta el día que la revolución estalló, que el de haber tolerado impasible lo que en aquel tiempo debió parecer una desenfrenada licencia."

La convicción del mandatario del decenio de haber cumplido su misión con el mejor esfuerzo, quedó expresada por él en las frases de su exposición a la Nación Chilena, bellamente labradas por el insigne Bello:

"Conciudadanos: Depongo la Autoridad Suprema con la conciencia de haber hecho, en el alto puesto a que me elevasteis, cuanto me era dado para corresponder a vuestra confianza.

"Un sencillo paralelo del estado de la República al principio de mi administración con el que hoy presenta; una rápida ojeada sobre el espacio recorrido, bastará sin duda para que reconozcáis que no han sido infructuosos en este período los trabajos del gobierno; que las instituciones se han afianzado; que la organización de los poderes públicos ha recibido mejoras; que la prosperidad del país (excepción no sé si digo solitaria entre las jóvenes repúbli-

cas que se alzaron al mismo tiempo que la nuestra sobre los dominios de España) ha hecho y hace cada día visibles progresos...”

Y concluye así la exposición prolija:

“Los atractivos del poder no han podido jamás fascinarme; he depuesto gustoso esta carga pesada de responsabilidades y cuidados, que no la popularidad efímera, cuyas caprichosas oscilaciones tengo tanto motivo de conocer, sino el testimonio de mi conciencia, el aprecio de mis contemporáneos desapasionados y de la imparcial posteridad podrán recompensar dignamente.

“El depósito sagrado de la Constitución, que os dignasteis confiarme, ha pasado a otras manos, puro, íntegro, más digno que nunca de vuestra veneración y amor. Con ella, lo espero confiadamente, atravesaréis los peligros de la presente crisis, sin que la prosperidad, el crédito, el buen nombre de Chile, conquista de tantos años de cordura, reciban heridas que no se cicatrizarían acaso en mucho tiempo; heridas tal vez incurables. ¡Quiera la Divina Providencia concedernos que no sea vana y estéril para el pueblo chileno la amarga experiencia de tantos otros!”

VI

FIN DE JORNADA

EL 18 de setiembre de 1851 tomó el mando de la República el ciudadano, por tantos títulos benemérito, cuya aproximación creciente al sillón presidencial tenía desatada, desde 1849, la amorfa y también creciente agitación del país. En aquella fecha, candidato y oposición llegaron casi conjuntamente a sus metas respectivas: aquél a la presidencia, ésta a la revolución.

Los hermosos conceptos de despedida del general Bulnes, que dejamos transcritos, contenían un anhelo personal y una esperanza de perduración de la armonía, si bien se advierte al leerlos que el anhelo y la esperanza flotaban trémulos sobre el oleaje de la crisis reinante y a la vista de las heridas graves y acaso definitivas que la República podía recibir. Albergaba la esperanza el hijo de Concepción, por ser la misma Concepción laboriosa, estoica y amante del orden quien tenía, en definitiva, el destino nacional en sus manos. No podía Bulnes admitir como irrevocable el trastorno inminente, cuando el jefe de cuya decisión dependía el trastorno era su coterráneo, su colaborador en funciones de responsabilidad en el decenio, hombre de firmes ideas conservadoras, uno de los que pusieron fin a la anarquía en 1829, uno que declaró y reiteró explícitamente, después de ungido el candidato, que nunca se alzaría contra los resultados de la elección, y que después de la elección seguía manteniéndose aparta-

do y recalcitrante a las instancias de la demagogia santiaguina.

Pero esperanza y anhelo naufragaron a merced del oleaje, y el día mismo de la transmisión del mando, en que Bulnes fechaba su exposición, ya la provincia de Coquimbo y también Concepción estaban en pronunciamiento, y ya el gobierno sabía las desgraciadas ocurrencias. El 13 de setiembre llegó a Santiago la noticia de la sublevación en el norte, y el 14 invistió el Congreso al nuevo presidente de facultades extraordinarias. No toca contar en este libro los sucesos del norte; en ellos Bulnes no intervino; pero deben contemplarse los del sur, porque allí vuelve a aparecer como el soldado al servicio de la ley.

El 13 de setiembre los elementos políticos de Concepción opositores al nuevo mandatario ejecutaron un acto formal de sedición, al nombrar jefe administrativo y militar de la provincia al general Cruz; ponían así al general en la disyuntiva de alzarse contra el gobierno, o de abandonar en favor de otro la causa de sus partidarios. Cruz vaciló; no eran sus miras el alzamiento, y sólo ocho días después cedió a la presión reinante.

El 19 llegaron a Santiago las primeras confusas noticias de los sucesos, y en ese mismo día el Presidente Montt requirió los servicios militares del general que veinticuatro horas antes le había entregado la banda presidencial para acogerse al bien ganado descanso. El 20 Bulnes fué nombrado general en jefe de los ejércitos de la República, y el 21 salía de Santiago con su secretario en campaña García Reyes, con don Manuel Antonio Tocornal y demás auxiliares, usando para esta operación de guerra los únicos lentos medios de transporte de aquellos tiempos, los birlochos; los movimientos comenzaban, pues, con holgado ritmo.

Al salir a campaña, el general dió a conocer a sus conciudadanos, en un manifiesto, la manera de apreciar su nueva misión:

“Después de haber ocupado todos los puestos de honor que la República ofrece en la carrera del mando, ninguna misión más lisonjera puede haber para mi corazón que constituirme en el campeón de las instituciones bajo las cuales solamente se disfruta de libertad y de progreso...”

Los movimientos de las fuerzas contendoras, desde setiembre a diciembre de 1851, se ejecutaron con el holgado ritmo que anunciaban los birlochos portadores de la plana mayor gubernista. Para llegar a definir la lucha en el campo de Loncomilla, tardaron dos meses y medio en avances, retrocesos y tanteos. Era que ni uno ni otro de los generales se resignaban a llegar al fratricidio, y que ambos esperaban de otros medios. Cruz intentó un avenimiento con concesiones mutuas; Bulnes quería el espontáneo desbande de las fuerzas revolucionarias, o la sumisión del general rebelde impuesta por la reflexión. A la propuesta de Cruz, que llevaba por base la revocación del acto electoral ya terminado, respondió Bulnes:

“Me es sensible tener que contestar a Us. que no invisto carácter ni facultad alguna, en virtud de la cual me sea dado revocar los actos políticos que ha ejercido la República recientemente, y que están consagrados por las fórmulas constitucionales de que Us. ha sido por largo tiempo celoso defensor, y por la autoridad del Congreso Nacional, cuyos actos ha acatado Us. del mismo modo que yo. Soldado del gobierno proclamado por el órgano competente, no puedo celebrar con Us. acto alguno valedero que tienda a revocar en nada la existencia de ese gobierno, y hacer pasar a la República por un nuevo período electoral, que ley alguna determina y que no tendría otro origen que la estipulación desautorizada de dos jefes militares, a quienes la Constitución impone por único deber la obediencia.”

Los dos ejércitos, fuertes de tres o cuatro mil hombres cada uno, más numeroso el de Cruz, se encontraron en el llano de Longomilla, que estrechan las barrancas del río

caudaloso, y después de siete horas y media de combate y de dejar tendidos en el campo o arrastrados por la corriente a más de la mitad de las fuerzas, decidieron la guerra civil con el triunfo de Bulnes y del gobierno.

Hasta octubre de 1863 conservó Bulnes su jefatura de operaciones del sur. Después, entró en la vida privada y en la vigilancia de sus extensas tierras agrícolas. De tarde en tarde, un suceso que conmovía a la nación removía también el rescoldo de los años de actividad; así la ocupación de las islas Chinchas por España y la invasión de Pareja; ofrecía entonces en las salas de gobierno desenvainar su espada. Interrumpieron también los quehaceres propios de estos años finales las labores de senador y de consejero de Estado.

En junio de 1866, expiraba el período presidencial de cinco años de don José Joaquín Pérez, sucesor del decenio de Montt, y el país caminaba directamente hacia la reelección del mandatario por un segundo quinquenio, como había ya ocurrido con Prieto, con Bulnes y con Montt. Bajo Pérez, los partidos políticos, nuevos algunos, alcanzaron mayor influencia en el manejo de los negocios, y el parlamento compitió con el ejecutivo; poco iba quedando, en verdad, de los decenios conservadores. La opinión pública estaba satisfecha de la paz reinante, en el orden interno, en el quinquenio; pero grandes y poderosos círculos manifestaban descontento por la debilidad del gobierno ante la agresión española al continente y ante el trastorno financiero y económico en que vivía la República. Esos grupos descontentos intentaban cerrar el paso a la reelección de Pérez, y en reunión de más de 1.500 personas de gran figuración, celebrada días antes de las elecciones, proclamaron la candidatura de Bulnes. Era un recurso a la desesperada: Bulnes se encontraba ya en los umbrales de la muerte, tenía deshecho el poderoso organismo, y así debieron comprenderlo don Manuel Montt y don José Tomás

de Urmeneta cuando se acercaron a comunicarle el acuerdo de sus conciudadanos. Pronunciar ante ese hombre el nombre de la patria le hacía olvidar todo lo suyo, y así volvió esta vez a ocurrir: Bulnes aceptó la candidatura y expuso en una carta pública sus ideas sobre el momento nacional, y en especial la de dar término enérgico y honroso al conflicto con España que el gobierno había dejado arrastrar.

Nada más pudo hacer: el mal continuó royendo su organismo, y el país se daba cuenta de que los que votasen por él crearían una próxima acefalía suprema. Las urnas le dieron apenas un tercio de los electores, y el 18 de octubre de ese mismo año 1866, al mes exacto de iniciar su segundo quinquenio el presidente Pérez, Bulnes falleció. La autopsia practicada por los médicos que le atendieron reveló que arterias, corazón y pulmones sustentaron deteriorados su vida hasta un límite casi milagroso.

En el lento crepúsculo primaveral del 19 de octubre, las campanas de los templos cercanos a la vivienda del general fallecido esparcían el tañido de sus dobles hasta barrios distantes de la ciudad entonces silenciosa, mientras un largo cortejo precedido de cirios encendidos llevaba los restos hasta la Catedral, donde a la mañana siguiente elevaría las preces funerales el arzobispo Valdivieso. Los diarios de la capital de aquellas fechas permiten sentir hasta hoy el estremecimiento de la alta sociedad, el de los hombres de armas y el del pueblo al paso de los restos de Bulnes; pero deja también su lectura un hálito de indiferencia de los hombres de gobierno, cuya palabra parece no haber resonado en el cementerio.

Es que los tiempos habían cambiado mucho; es que Bulnes permitió la presentación de su candidatura contra la del mandatario recién renovado; es que había fundado su aceptación en una crítica amarga del gobierno anterior del mismo presidente en el aspecto de la dignidad inter-

nacional de Chile; es que estaba reciente Longomilla, y vivos los resentimientos de la guerra civil; es que latían los odios del decenio de Montt, y el nombre de Bulnes seguía para algunos prendido al nombre de su inmediato sucesor. Y es, sobre todo, que las existencias brillantes tienen un brillo efímero en la memoria de los hombres cuando gira la rosa de los vientos políticos.

G L O S A

En la página final cabe hacerse una pregunta: ¿de quién es la vida aquí contada? ¿Es la de un hombre, servidor de su pueblo, o es la del pueblo que encontró en ese hombre el brazo ejecutor de sus mejores anhelos?

De tal modo se identifican los hechos del hombre con la causa del pueblo, durante medio siglo de actividad personal incesante, el mismo primer medio siglo de vida independiente de la nación, que no hay un día en que los hechos que el hombre realiza sean otros que los hechos constitutivos de la nacionalidad.

Bien puede, pues, decirse que la existencia aquí contada no es la de un chileno que se llamó don Manuel Bulnes, sino la de un país en trance de incorporarse primero e incorporado después a la sociedad soberana internacional; la historia de los primeros pasos de una agrupación humana austera, madura, viril, poseedora de virtudes domésticas y ciudadanas formadas en el trabajo difícil sobre un suelo en su entraña generoso y de horizontes recios.

De haberse prolongado la vida del abuelo montañés, venido de la villa de Potes, hasta las postrimerías aquí referidas de la existencia del nieto, habría entrañado don Toribio Alfonso el amor al solar peninsular en el de la nueva patria americana, tan semejante en sus rasgos geográficos y en el temple moral de la población de entonces a la región cantábrica, cercada de montañas y guardadora de su independencia.

Habría mirado don Toribio Alfonso, con orgullo de fundador de familia en estas tierras, cómo la sociedad chilena repetía, a pesar de la distancia, los rasgos profundos del alma española; cómo en el nieto levantado al primer plano de los acontecimientos nacionales no asomaron jamás una ambición personalista ni una excusa de responsabilidades que le eran requeridas.

Tipo sustentado por la sangre de esas comunidades agrícolas, pastoras y guerreras encerradas en la cordillera cantábrica, creyó Bulnes preferible seguir y después encabezar las aspiraciones de los grupos mejores, a imponer rumbos de arbitrio individual.

Y podemos pensar que ésta es su mejor lección.

Santiago, diciembre de 1944.

ICONOGRAFÍA DE BULNES



General Manuel Bulnes. Retrato al óleo ejecutado durante su presidencia, por Monvoisin. (En poder del autor de esta obra).



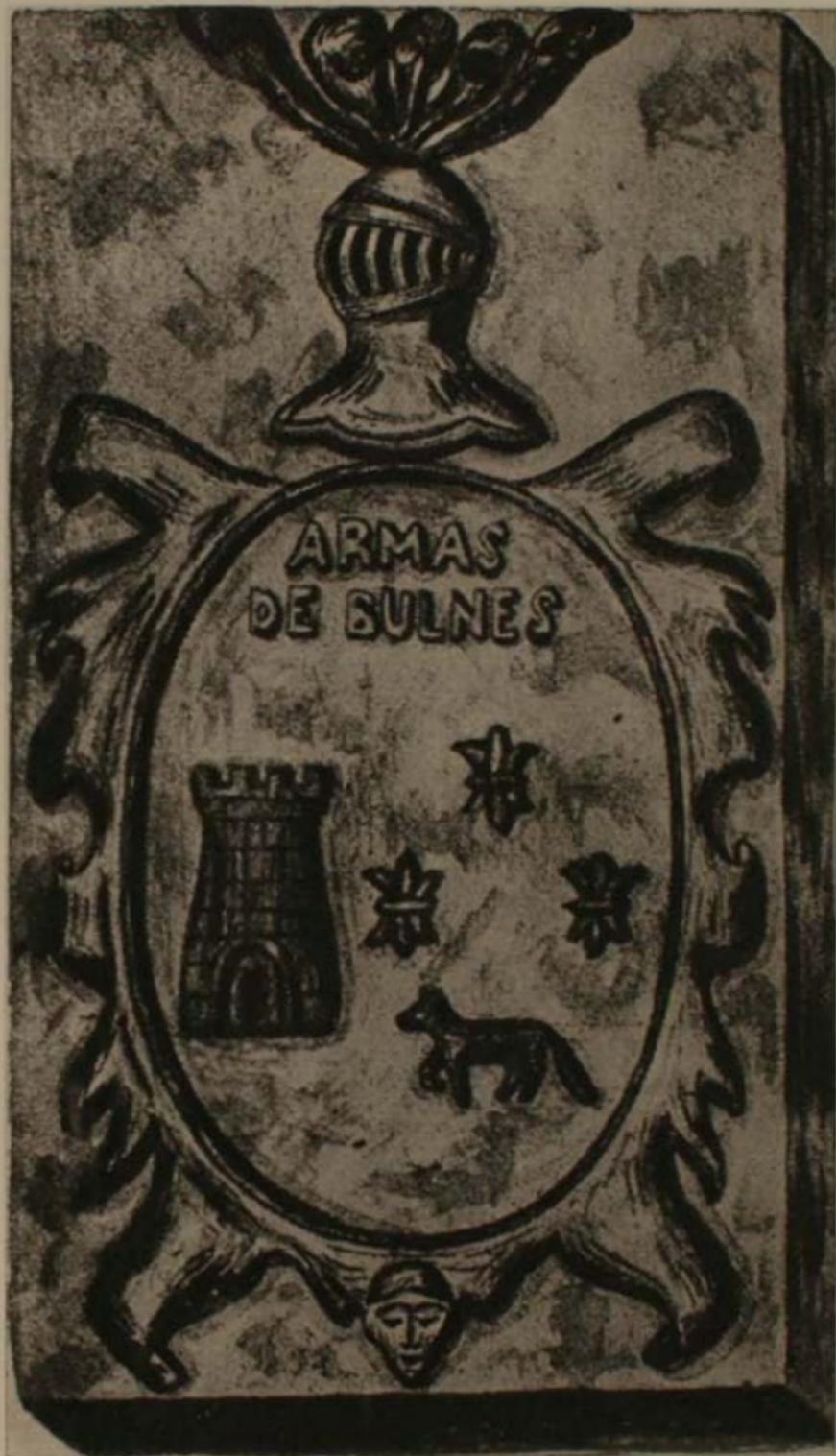
Plaza de Potes, antes de ser incendiada la Villa en 1937. La séptima casa, a partir de la derecha, es el solar de Bulnes



La Plaza de Potes, después de incendiada la Villa en 1937.



La casa solariega de Bulnes, en Potes, después del incendio de la Villa en 1937.



Escudo de la familia Bulnes en la casa solariega de Potes.



VIVA CHILE.

LOOR ETERNO A SUS VALIENTES DEFENSORES

EN LA GLORIOSA BATALLA DE YUNGAY.

PARTE OFICIAL

Del Jeneral en jefe del Ejército Unido Restaurador don Manuel Bulnes, dirigido al Sr. Ministro de Estado en el Departamento de la Guerra.

Cuartel jeneral en Huacúz á 23 de enero de 1839.

SEÑOR.

POR mis comunicaciones de 11 del corriente y por la que tuve la honra de dirijir á V. S. la vispera de mi movimiento de Campo San Miguel sobre el ~~camino de la batalla de Yungay~~ marcha del Ejército Restaurador desde Huacúz á dicho campo, en ejecucion de los planes de campaña dispuestos de antemano, de la interrupcion gloriosa del puente de Buiñ que detuvo la empeñosa marcha del enemigo; de su posicion y planes en Yungay; y finalmente de los motivos que me impelieron á buscarle á toda costa en este último punto.

En consecuencia, el 20 á las cinco de la mañana, de acuerdo con el Exmo. Señor Presidente de la República y acompañado de él, me puse en marcha con el Ejército en el orden siguiente— Cuatro compañías de cazadores á las órdenes del Comandante Valenzuela, otras cuatro á las del Coronel Lopera del ejército peruano, y un escuadrón de Cazadores á caballo, componian la vanguardia bajo el mando inmediato del valiente Jeneral Torrico. Los batallones Carapungue, Portales y Cazadores del Perú, con dos piezas de artillería, formaban la primera division á las órdenes del señor Jeneral de division del Perú don Juan Bautista Eléspuru. Coleguagua, Valparaíso, Huaila y seis piezas, componian la segunda, al mando del distinguido Jeneral de dicho ejército don Francisco

Vidal; y Valdivia, Santiago y Aconcagua hacian la tercera. La caballería formaba la cuarta al mando del bravo y distinguido Jeneral de Brigada del Perú don Ramon Castilla.

En tal disposicion avanzó nuestro ejército, habiendo hecho adelantar el batallón Aconcagua sobre nuestro flanco izquierdo, con la orden de que subiera á un cerro alto y escarpado, que dominaba el camino y principalmente la angostura que forma el terreno como á dos leguas de distancia, estrechándose entre la montaña y el rio Santa. Este batallón venció el obstáculo en el mejor orden y se reunió al ejército, que se hallaba ya situado fuera del destiladero sobre la hacienda de Panyan, sin contestar al fuego que le hacian cinco compañías de infantería boliviana situadas ventajosamente sobre la eminencia que domina todo el perímetro llamada Pan de Azúcar, cuya altura, de acceso casi perpendicular, y mixta entre las tierras de dicha hacienda y una cadena de montañas que se advierte al Este del terreno que ocupábamos, se levanta á vanguardia del punto de Anraich, y al flanco izquierdo del camino. Entónces los enemigos cubriéndose por la quebrada, que forma la serranía y el cerro anejo ya mencionado, destacaron dos compañías á tomar la altura por donde habia descendido el Aconcagua, para flanquear nuestra izquierda. Inmediatamente dispuse que el Teniente Coronel graduado Lopez con tres compañías de los batallones Portales, Valdivia y Huaila, se apoderase de la tuincu-



Retrato de Bulnes, dibujo de la época, por Mauricio Rugendas. (En poder del autor de esta obra).



Retrato al óleo de doña Carmen Prieto de Bulnes, madre del General, obra de autor desconocido. (En poder de doña Enriqueta Larrain Bulnes de Calvo).



Retrato al óleo de doña Enriqueta Pinto de Bulnes, esposa del General, pintado por Monvoisin. (En poder de doña Enriqueta Vergara Bulnes de Scroggie).



Medalla de oro y brillantes otorgada a Bulnes por el gobierno de Chile, como vencedor en Yungay. (En poder del autor).



Empuñadura de la espada de oro con brillantes, obsequiada por el gobierno de Chile al General Bulnes, en memoria de su triunfo en Yungay. (En poder del autor).



Medalla de oro con que la Provincia de Aconcagua votó por la reelección de Bulnes en 1846.

(En poder del autor).

Man. Bulnes

Firma autógrafo de Bulnes.



Mesa escritorio y escritorio de campaña del General, en poder del autor.



Fotografía de Bulnes, en sus últimos años.



Monumento a Bulnes, en la plaza de su nombre, frente al Palacio de la Moneda, en Santiago, ejecutado en Chile, de acuerdo en parte con el proyecto original del escultor español don Mariano Benlliure.

ÍNDICE

I. De montañeses a indianos	9
II. Concepción. Juventud	19
III. La guerra a muerte	31
IV. Espada del orden político y de la seguridad exterior	52
V. Y ahora la paz fecunda	78
VI. Fin de jornada	112
Glosa	119
<i>Iconografía de Bulnes</i>	121

Imágenes y espíritu de América

VIAJES Y CRÓNICAS

- 1.—Buenos Aires visto por viajeros ingleses, *prólogo de Sigfrido A. Ra-daelli*. (Nueva edición.)
- 5.—Estados Unidos, *por Domingo F. Sarmiento*. (2ª ed.)
- 7.—Viaje al Río de la Plata, *por Ulrico Schmidl*. (2ª ed.)
- 9.—Relación del primer viaje de Cristóbal Colón, *por Fray Bartolomé de las Casas*. (2ª ed.)
- 19.—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas, *por el P. Cris-tóbal de Acuña*.
- 22.—Aventuras de Jaime Rasquin, *por Enrique de Gandía*.
- 24.—Viaje por el Virreinato del Río de la Plata, *por Tadeo Haenke*.
- 28.—Tiahuanacu. *Selección y prólogo de Gustavo Adolfo Otero*.
- 51.—Viaje de Magallanes y de Sebastián de Elcano, *por Martín Fernández de Navarrete*.
- 57.—Los viajes de Cartier al Canadá. *Introducción y anotaciones de Julián Pedrero*.
- 60.—Los hermanos Pinzón en el descubrimiento de América, *por Cesáreo Fernández Duro*.
- 62.—La expedición de Malaspina, *por Héctor R. Ratto*.

POESÍA Y CANCIONEROS

- 2.—Cancionero del tiempo de Rosas. *Selección de José Luis Lanuza*. (2ª ed.)
- 8.—Lira romántica sudamericana. *Selección de Manuel Mujica Lainez*.
- 14.—Cancionero de Manuelita Rosas. *Selección y notas de Rodolfo Trostiné*.
- 16.—Cancionerillo de amor. *Selección y prólogo de Alberto Franco*. (2ª ed.)
- 17.—Retablo de Navidad. *Selección, prólogo y notas de Alberto Franco*. (2ª ed.)
- 30.—Poetas argentinos en Montevideo. *Selección y prólogo de Manuel Mujica Lainez*.

PAISAJES Y CIUDADES

- 3.—La Pampa. *Selección y prólogo de Miguel D. Etchebarne*. (Nueva edición.)

- 20.—El Norte. *Selección y prólogo de Bernardo Canal Feijoo.*
- 35.—La Asunción de antaño, *por R. de Lafuente Machain.*
- 38.—Antiguas ciudades de América. *Selección y prólogo de Emma Felce y León Benarós.*
- 40.—San José de Flores, *por Fernández Moreno.*
- 42.—Las dos fundaciones de Buenos Aires, *por Enrique Larreta.*
- 48.—Patagonia. *Selección y prólogo de Teodoro Caillet-Bois.*
- 58.—San Juan. Leyenda - Intimidación - Tragedia, *por Juan Pablo Echagüe.*
- 68.—Salta, *por Miguel Solá.*

MEMORIAS Y RECUERDOS

- 4.—Los Conversadores. *Selección y noticia de Luis M. Baudizzone.*
(2ª ed.)
- 34.—La patria desconocida, *por Fernández Moreno.*

LEYENDA Y FOLKLORE

- 6.—Música sudamericana, *por Carlos Vega.* (En prensa.)
- 11.—Alós afro-brasileños, *por Newton Freitas.*
- 15.—Mitos sobre el origen del fuego en América, *por Sir Georges James Frazer.*
- 18.—Médicos, magos y curanderos, *por Luis Gudiño Kramer.* (2ª ed.)
- 31.—Pueblos primitivos de Sudamérica. *Selección y prólogo de Armando Vivante.*
- 41.—Fábulas nativas, *por Joaquín V. González.*
- 43.—La ciudad encantada de la Patagonia, *por Ernesto Morales.*
- 46.—El Cielo en la mitología americana, *por Félix Molina-Téllez.*
- 47.—Voces de supervivencia indígena, *por Julio Aramburu.*
- 55.—Manual de la lengua pampa, *por Federico Barbará.*
- 64.—El Compadrito. Su destino, sus barrios, su música. *Selección de Sylvia Bullrich y Jorge Luis Borges.*
- 69.—Leyendas americanas, *por Fernán Silva Valdés.*
- 73.—El Popol-Vuh, *por Arturo Capdevila.*

TEMAS Y DOCUMENTOS DE HISTORIA

- 10.—Los Morenos. *Selección y noticia de José Luis Lanuza.*
- 21.—Instantáneas de historia, *por José Luis Lanuza.*
- 26.—Problemas indígenas americanos, *por Enrique de Gandía.*
- 29.—Iconografía argentina, *por Alejo B. González Garaño.*
- 39.—El amor en la Conquista, *por Federico Fernández de Castillejo.*

- 52.—La Campaña de los Andes, por *Carlos A. Pueyrredon*.
71.—El reino de la Araucanía y Patagonia, por *Armando Braun Menéndez*.

BIOGRAFÍAS

- 12.—Autobiografía de Manuel Belgrano. (2^ª ed.)
13.—O'Higgins, por *Enrique Campos Menéndez*. (2^ª ed.)
23.—Los Braganza, por *Newton Freitas*.
25.—Vida de San Martín, por *Eugenio Orrego Vicuña*. (2^ª ed.)
27.—El general Miranda, por *Carlos A. Pueyrredon*.
32.—Vida de Brown, por *Héctor R. Ratto*.
33.—Santa Rosa de Lima, por *Leopoldo Marechal*. (2^ª ed.)
36.—Simón Bolívar, por *Pablo Rojas Paz*. (En prensa.)
37.—Celebridades argentinas y americanas, por *Ricardo Levene*.
45.—Memoria autógrafa de Cornelio Saavedra.
49.—La Madrid, el valor legendario, por *José Gabriel*.
53.—Sor Juana Inés de la Cruz, por *Clara Campoamor*.
59.—Mitre en estampas, por *Adolfo Mitre*.
63.—Vasco Núñez de Balboa, por *M. J. Quintana*.
65.—Bernardino Rivadavia, por *Juan María Gutiérrez*.
66.—Lincoln, por *Enrique Campos Menéndez*.
70.—Martí, o el genio humilde, por *José María Capo*.

IMPRESIONES SOBRE AMÉRICA

- 44.—Julio Verne y América. Selección y glosas de *César Fernández Moreno*.
50.—Viaje a América, por el Vizconde de Chateaubriand. Selección de *Sigfrido A. Radaelli*.
56.—Impresiones sobre la Argentina, por *Edmundo de Amicis*.

TEATRO AMERICANO

- 54.—Locos de Verano, por *Gregorio de Laferrère*.
61.—Santa María del Buen Aire, por *Enrique Larreta*.

ARTE AMERICANO

- 67.—De la cabaña al rascacielos, por *Mario J. Buschiazzo*.
„.—From log cabins to Skycrapers, by *Mario J. Buschiazzo*. Versión inglesa por *Oswaldo Moyano*.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN BUENOS AIRES
EL 7 DE MARZO DE 1946
EN LOS TALLERES GRAFICOS
DE ALFONSO RUIZ & CIA.,
MÉXICO 667. - LAS ILUSTRA-
CIONES EN HUECOGRABADO
FUERON IMPRESAS EN LOS
TALLERES DE PLATT S. A.,
DEFENSA 633